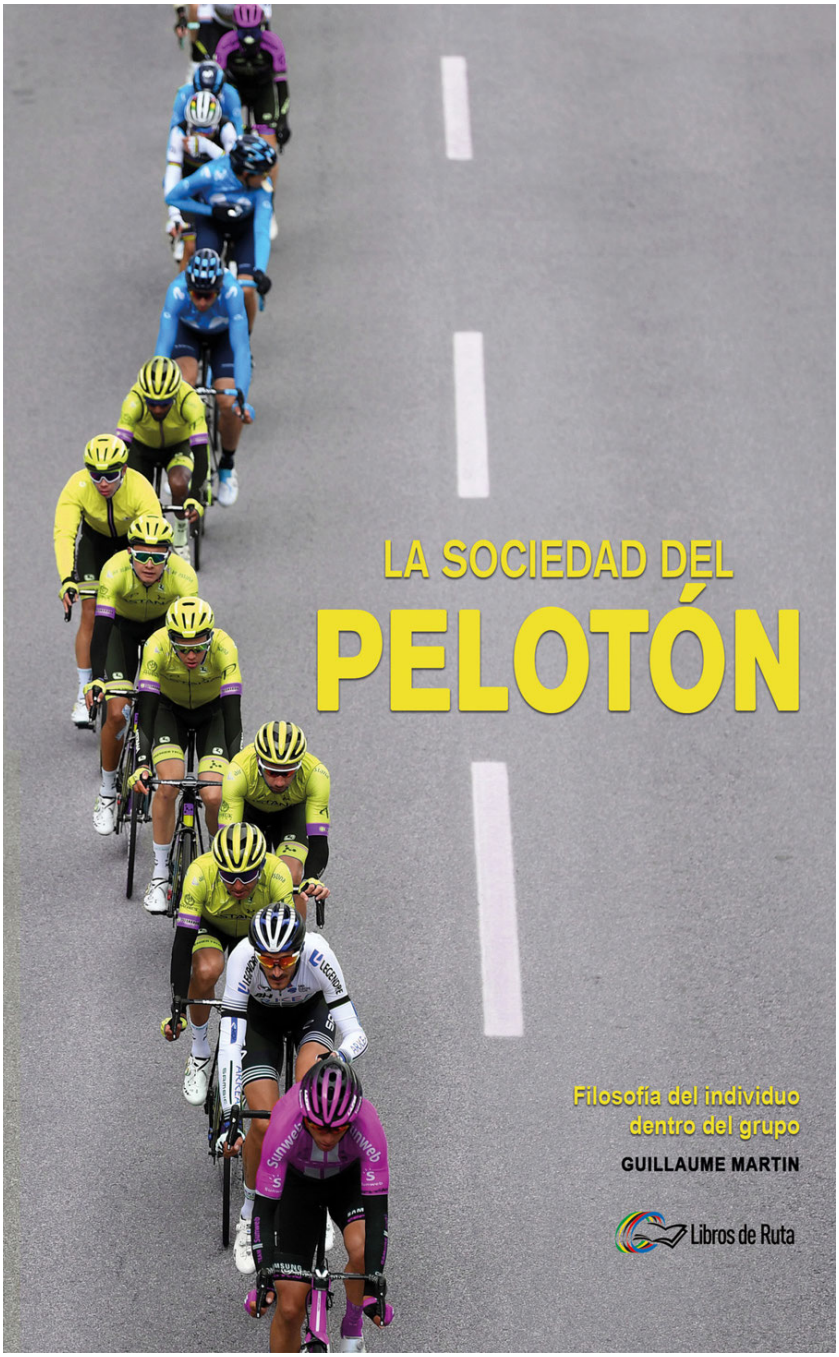
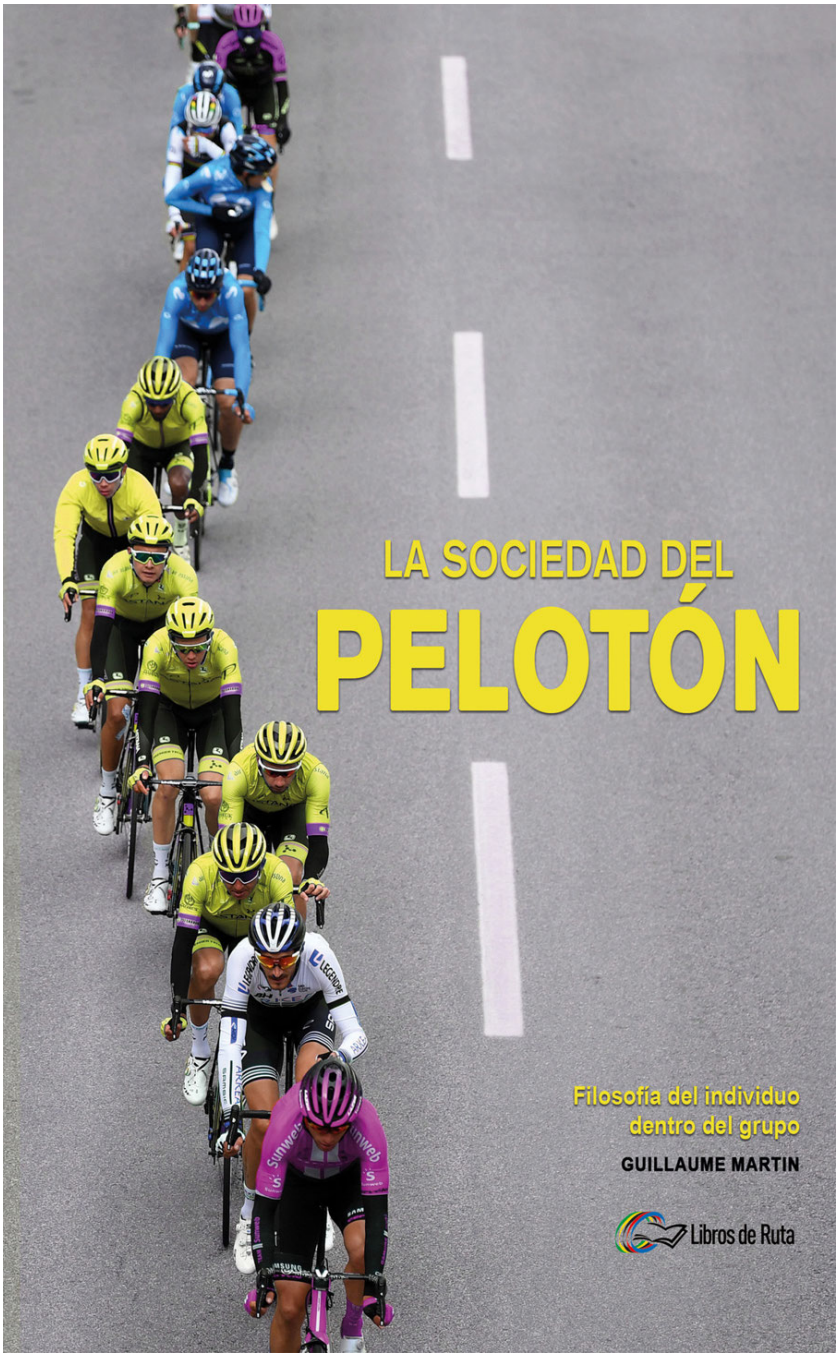


# LA SOCIEDAD DEL PELOTÓN

Filosofía del individuo dentro del grupo

GUILLAUME MARTIN

Libros de Ruta



# LA SOCIEDAD DEL PELOTÓN

Filosofía del individuo dentro del grupo

GUILLAUME MARTIN

Libros de Ruta

# LA SOCIEDAD

# DEL PELOTÓN

## FILOSOFÍA DEL INDIVIDUO DENTRO DEL GRUPO

**Guillaume Martin**

Libros de Ruta

**© Editions Grasset & Fasquelle, 2021, del texto original.**

Publicado originalmente bajo el título La société du peloton. Philosophie de l'individu dans le groupe.

**© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2022.**

Gordoniz 47B

48012 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

**Primera edición: mayo 2022**

**Autor: Guillaume Martin**

**Traductor: Marcos Pereda Herrera**

**Edición: Eneko Garate Iturralde**

**Foto portada: David Ramos/Getty Images**

**Diseño portada y maquetación: Amagoia Rekero García**

**ISBN: 978-84-123244-4-0**

**eISBN: 978-84-123244-5-7**

**Depósito legal: BI 679-2022**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación

pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# ÍNDICE

Antes de la carrera

Calentamiento

La salida - Cogiendo la escapada

Mitad de etapa - El pelotón controla

El final - Jugar para uno mismo, jugar con los otros

Reunión tras la carrera

Resumen de la carrera

# ANTES DE LA CARRERA

*El pelotón está compuesto por seres solitarios que no saben hacer otra cosa sino vivir juntos. Esta frase resume bastante bien el propósito de mi libro. La había pensado sobre la bici, en la Sierra Nevada española, a unos dos mil metros de altitud. Había rodado durante seis horas y cuarto, solo. Todavía me quedaba una treintena de minutos para llegar a mi alojamiento. Estamos en febrero. El cielo estaba completamente azul. A esta altitud todavía teníamos unos diez grados, lo que era muy agradable. Había hecho más de cuatro mil quinientos metros de desnivel durante mi entrenamiento, y quemé, aproximadamente, la misma cantidad de calorías. Escuchaba distraídamente un podcast sobre Bárbara[1] mientras admiraba, a un lado, la cumbre nevada del Pico Veleta, y al otro, más abajo, el valle de Granada. Me sentía maravillosamente bien. Las endorfinas generadas por el esfuerzo me permitieron alcanzar un estado de dulce contemplación que despertó en mí pensamientos que no habrían pasado por mi cabeza si me hubiese quedado en el escritorio, o si hubiese estado acompañado. Saboreé el momento, diciéndome que este día de soledad deportiva me había permitido tocar algo parecido a la gracia.*

Y me interrogué. En lugar de practicar el ciclismo de forma profesional, con las dificultades que ello implica, el entrenamiento supervisado y milimetrado, el imperativo de triunfar sobre la adversidad en la competición, ¿por qué no elegir un modo de vida donde pudiera acceder casi cotidianamente a este éxtasis egoísta, sin que persona alguna pudiera venir a romperlo? ¿Por qué no embarcarme en una vuelta al mundo donde no hubiera nadie más que yo y mi bicicleta?

A esas alturas de mi reflexión, me vino a la cabeza que estos pensamientos serían dignos de servir de exergo al libro que estaba terminando sobre «la sociedad del pelotón». Y me di cuenta, en cierto modo, que todas estas impresiones personales las quería, quizá incluso necesitaba, compartir[2]. Me di cuenta de que, por muy agradable que fuera esta experiencia, estaba hueca si continuaba siendo únicamente mía.

Cuando estoy con otras personas durante cierto tiempo, incluso con las más cercanas, llega un momento en el que tengo que apartarme de esa presencia humana. No puedo soportarlo más. Así que me alejo, durante unos minutos o unas horas, a un sitio aislado, o me voy unas semanas a una concentración individual. Sorprendentemente, siento pronto la necesidad de hablar sobre las aventuras o banalidades que vivo. Películas que me habrían aburrido de haberlas visto en compañía me fascinan ahora, y tengo un deseo casi imperioso de transmitir ese entusiasmo. Así que vuelvo a retomar el contacto con los otros, esos que hace unos momentos me exasperaban y ahora echo de menos. O escribo, que viene a ser lo mismo, ya que se trata, otra vez, de compartir lo que uno siente.

Esto que yo he descrito lo teorizó el filósofo alemán Immanuel Kant[3] en el siglo XVIII bajo el concepto de «insociable sociabilidad[4]». La idea puede ser resumida fácilmente: no podemos vivir con los demás, pero tampoco podemos vivir sin ellos. Creo que todos nosotros, a diferentes niveles, hemos experimentado esto. Somos seres solitarios que debemos vivir juntos.

Los ciclistas quizá cultivan esta paradoja un poco más que la media. Se dejan llevar por poderosos impulsos de autoafirmación. Se quieren imponer a los otros. Y, sin embargo, viven en comunidad, pasan dos terceras partes del año en una habitación con sus compañeros, están sometidos a las consignas de una dirección técnica y no tienen más remedio que colaborar en el seno de un equipo para triunfar sobre la adversidad en carrera. Deportistas con individualidad muy desarrollada, debemos continuamente lidiar con las limitaciones impuestas desde el exterior.

Sin embargo, esto no es nada comparado con la necesidad interior de establecer vínculos con los demás, a pesar de nuestra natural insociabilidad.

La verdad es que soy muy consciente de que me aburriría rápido si tuviera que dar la vuelta al mundo en solitario, si ya no pudiese saborear más la excitación de la lid, sonreír ante los halagos de los medios, trabajar en común para incrementar nuestro rendimiento o disfrutar del placer de ganar gracias a la ayuda de mis compañeros de equipo.

Si saboreo este momento de ingravidez y libertad, de focalización en mí mismo después de un largo entrenamiento en bicicleta allá arriba, sobre las laderas de Sierra Nevada, con auricular en una oreja, con los ojos y el espíritu bien abiertos, es porque, en el fondo, sé que unos días después volveré a encontrarme con mi equipo, mi staff y mis compañeros, y que el auricular se convertirá en un pinganillo, a través del cual una persona me hablará y al que yo podré responder. Puede que, incluso, me moleste estar tan teledirigido, coaccionado, frustrado en mi deseo de independencia. Pero al menos tendré la oportunidad de encontrar a alguien con quien enfadarme. Incluso si son conflictivas, tendré interacciones. Una existencia sin coexistencia sería la peor de las cosas. Porque entonces resultaría imposible soñar con el placer que obtenemos al aislarnos de nuevo.

Mi vida cotidiana como ciclista es esto, esta gran discrepancia entre la necesidad de asociarse y la utopía de una vida ermitaña; me parece que, también, se acerca bastante a lo que cada uno de nosotros experimenta dentro del gran pelotón que llamamos sociedad.

[1]Poema del escritor galo Jacques Prévert. Cercano al surrealismo, algunos de sus trabajos se popularizaron gracias a la musicalización de artistas como Édith Piaf, Yves Montand o Juliette Gréco. N del T.

[2]Todas las cursivas son del autor. N. del T.

[3]Immanuel Kant (1724-1804), filósofo prusiano, una de las figuras clave de la Ilustración. N. del T.

[4]En su libro Ideas para una historia universal en clave cosmopolita, 1784.

# CALENTAMIENTO

Tres escapados luchan al final de una prueba ciclista para resistir el empuje del pelotón. Se aproxima peligrosamente, los fugados llevan en cabeza desde el inicio de la etapa, ciento ochenta kilómetros antes. A unos kilómetros de meta no les quedan más que treinta segundos de ventaja. ¡Pueden lograrlo! Siempre que se entiendan.

Los tres corredores saben que deben unir sus fuerzas para confiar en disputarse la victoria. Su salvación pasa por colaborar perfectamente hasta los últimos cientos de metros. Después llegará el momento de pensar en ganar la etapa, de explicarse «con las piernas» para designar el vencedor. La condición previa, necesaria, es llegar en posiciones para poder ganar.

Y, sin embargo, contra toda lógica, cada uno guarda un poco bajo el pedal, atento, esperando beneficiarse del trabajo de los otros y sacar las castañas del fuego al final. La incomprensión llega, el grupo en cabeza empieza a desunirse, pierde eficacia; inevitablemente son atrapados a falta de tres kilómetros. Todos han perdido todo.

¿No somos nosotros mismos, miembros de una sociedad que se enfrenta al mayor reto de su historia (el calentamiento global), igual que esos corredores que saben cómo comportarse y, sin embargo, actúan de forma diferente? «Veo el bien, lo apruebo, y hago el mal», escribió Ovidio[5] hace dos milenios. Debemos creer que la contradicción entre lo que manda la razón y nuestros actos actúa en todo momento. Por muy poderoso y amplio que sea el campo del conocimiento, se derrumba ante la debilidad de la voluntad, las tentaciones de la vida cotidiana, el apetito inmediato del individuo comprometido con el mundo.

Este misterio (¿por qué los comportamientos humanos toman a veces un camino radicalmente opuesto al indicado por las reglas de la lógica?) me fascina. A lo largo de mi carrera ciclista me he enfrentado a él en varias ocasiones, lo que no dejó de ser fuente de desilusión. Anticipé ciertas elecciones estratégicas de mis adversarios; me dije a mí mismo que, en vista de la situación de la

carrera, el pelotón no podía comportarse de manera distinta a lo que yo imaginaba; establecí mi táctica en función de estas predicciones. A menudo me decepcionaba, desengañado por movimientos que resultaban ser aleatorios, endiabladamente incoherentes.

Hace unos años, me escapé al final de una carrera en Bretaña con otros siete u ocho corredores, entre ellos dos del mismo equipo, y apliqué la lógica pensando que uno se sacrificaría por el otro. Alguien atacó, miré a los dos compañeros, esperando que uno de ellos hiciera el esfuerzo. Nadie hizo nada. Sin duda había una rivalidad interna entre ellos, o quizás el director del equipo no estaba haciendo su trabajo. La cuestión es que, en última instancia, fui derrotado y no pude hacer otra cosa sino enfurecerme al ver que el futuro vencedor se alejaba mientras nosotros nos enterrábamos tontamente.

En varias ocasiones me sorprendí a mí mismo actuando a destiempo respecto a cualquier conocimiento ciclista, atacando con todo cuando era necesario mantener la calma, o, por el contrario, esperando despreocupadamente cuando era necesario actuar, como si el fragor de la carrera me distrajese, me construyese un doble de movimientos incontrolables. Seguía siendo el mismo corredor, solo que este tenía dos voces disonantes que no podía hacer coincidir. La contradicción se había apoderado de mí. Ello me hizo perder varias victorias.

A menudo se habla de corredores que manejan «la ciencia de correr». La expresión está mal elegida. Sería más apropiado decir, como Louis Nucéra[6] en Mes rayons de soleil[7], que se tiene «sentido de la bicicleta, como se tiene oído musical». Una competición deportiva, y esto es lo que la hace tan encantadora, no obedece a leyes universales. No es solo cuestión de cifras, de ecuaciones, de data.

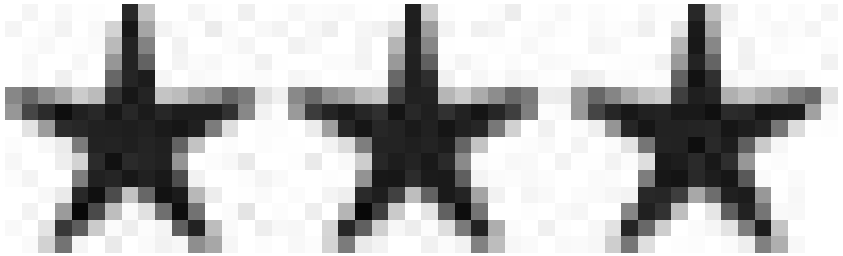
Es cierto que la ciencia se ha introducido de forma enorme en el ámbito del deporte durante las últimas décadas. Los equipos ciclistas se rodean de académicos que asesoran desde un punto de vista teórico sobre todos los aspectos del rendimiento. Trabajamos con potenciómetros, cuyos datos brutos permiten, a menudo, predecir las clasificaciones de las llegadas en alto, dividiendo los

vatios que se desarrollan entre el peso de los ciclistas. De igual modo, la posición sobre la bici, el material, la ropa… todo ello está estudiado y optimizado. Las estrategias en carrera (colectivas, gestión del esfuerzo, nutricionales) son también anticipadas.

Pero, en medio de este océano de control y medición, una gota de locura se niega a ser integrada en la masa. Se llama instinto, inteligencia práctica, una cualidad que solemos atribuir a los atletas franceses (el famoso «french flair»), pero que está presente en todos los grandes deportistas, capaces de jugarse, en pocos segundos, meses de meticulosa preparación con un lanzamiento irracional de dados. En el ciclismo el equipo británico Sky ha sido acusado a menudo de matar el Tour de Francia con su enfoque excesivamente analítico de la prueba. En 2016, sin embargo, fue gracias a dos golpes de locura (un descenso agresivo del col de Peyresourde, y un ataque en una etapa llana azotada por el viento) como su líder, Christopher Froome, ganó el tercero de sus cuatro Tours. El gusto por el riesgo le había ganado a la voluntad de control; el cuerpo superó a la mente. Y tuvo éxito.

Una lectura matemática no es suficiente para hablar sobre el deporte. Necesitas más. Ese algo más se llama lo humano. Es lo que provoca giros tan emocionantes como improbables, lo que decide el destino de una carrera, más allá de las instrucciones, de las cifras, de los estudios… Es el elemento humano lo que explica, en un contexto más serio, nuestra incapacidad para actuar colectivamente frente a la creciente amenaza ecológica, aunque ahora estemos todos, o casi todos, terriblemente alerta ante esta sombra que nos acecha.

Conozco el mundo que se está formando, lo desapruebo y, sin embargo, participo en su construcción: esta es la tragedia del hombre moderno, perdido entre la búsqueda de su bien personal inmediato y la conciencia de los males que esa búsqueda acabará generando al final, desgarrado entre el sentido de la responsabilidad por el futuro de sus hijos, de su especie, y las limitaciones de una única vida. ¿Cómo conciliar el fin de mes y el fin del mundo, el pensamiento individual y el colectivo?



Es ilusorio creer que podemos estudiar estas cuestiones desde un punto de vista únicamente teórico. Los individuos no evolucionan en burbujas, están cruzados por sentimientos y emociones, reaccionan a los hechos, se dejan llevar por las intuiciones. La vida y el mundo son asuntos concretos: es así como debemos aprehenderlos. El escritor nunca es un demiurgo que domina su creación, sino siempre un ser de carne y hueso, en movimiento, que piensa a partir de lo que conoce, de lo que él es, de lo que le anima. En lo que me concierne, debo decir que el ciclismo me mantuvo muy ocupado y me enseñó mucho en estos últimos años. Aunque mis comentarios puedan parecer a veces abstractos, siempre es la carretera y lo que he vivido allí aquello que los inspira.

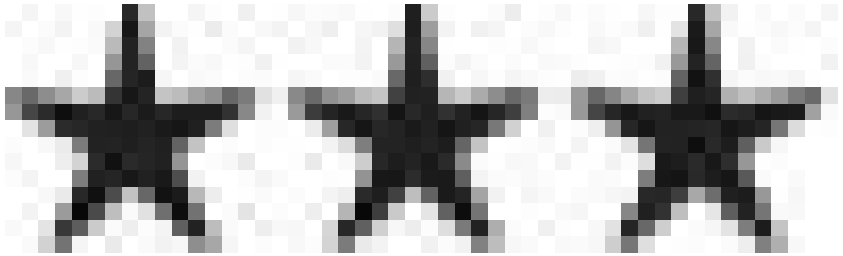
Platón[8], en los orígenes de la filosofía, se había propuesto definir lo Justo, la Idea misma de justicia. Se dio cuenta de que el solo análisis especulativo se revelaba impotente ante un proyecto tan grande. Era necesario partir del mundo tal como lo conocemos y preguntarnos qué es un comportamiento justo, un hombre justo, una ciudad justa. En definitiva, era necesario enfrentarse a lo sensitivo para poder aspirar al logro que desea el filósofo: la sabiduría.

Al estudiar la sociedad ciclista, tengo como ambición decir algo sobre la sociedad en general. El microcosmos es a veces más fácil de deconstruir que el macrocosmos, del cual es réplica en miniatura. El deporte en particular, extremo por naturaleza, actúa como una lupa. Es metafórico y revela los puntos más destacados de la especie humana. Fuera caretas: en el esfuerzo hacemos muecas, nos quitamos la máscara. La adrenalina generada por la carrera desinhibe y desvela, nos hace actuar instintivamente, sin prestar atención en todo momento a las reglas del decoro. Yo no soy el

mismo con un dorsal que en la vida civil, ni mucho menos. Una vez puesto el coulotte, bajada la bandera, el hombre sereno que soy, reflexivo y más bien introvertido, da paso a su doble oculto, ni Mr. Hyde, ni Hulk, ni Superman, sino alguien endiabladamente virulento, pendenciero y gruñón, alguien que vitupera y se exaspera, que engaña y se lanza a escaramuzas. La actividad física revela a las personas en su versión más animal y más compleja.

El ciclismo, concretamente, tiene esto de especial porque enfrenta, sin escapatoria posible, ese problema aparentemente irresoluble: conciliar lo singular y lo colectivo. «Deporte individual practicado en equipo», la pequeña reina[9] no corona más que a un único ganador, quien no podrá triunfar sin la ayuda de sus coé quipiers, sin una formación estructurada que lo apoye y eleve. El corredor habitualmente se enfrentar a un dilema: juega su carta personal haciendo caso omiso de las instrucciones del equipo, de las estrategias colectivas (pero entonces sus posibilidades de éxito, debido al aislamiento, son escasas, y se arriesga, además, a ser merecedor del oprobio por parte de su director y sus colegas); o bien se presta a un juego grupal, se pone a ello si le piden que se inmole[10] por su líder al principio de la carrera (sacrificando así todas sus posibilidades de hacerlo bien, todas sus ambiciones, silenciando sus legítimos deseos de afirmación). La elección es imposible. Cada ciclista se debate entre varios planos, igual que el ciudadano de nuestras sociedades democráticas, desgarrado entre aquello a lo que le empuja su instinto y aquello que la ley, la moral o lo políticamente correcto dicta.

Estas exigencias contradictorias que inundan, de hecho, toda nuestra vida y podemos ver de forma ejemplar en el ciclismo, solo pueden conducir a incoherencias. Son la base de las crisis que atraviesan nuestro mundo.



Observo principalmente tres. La primera es estructural. Se trata de la crisis que atraviesa el propio modelo democrático, simbolizada por las elecciones de Trump y Bolsonaro, o por el voto a favor del Brexit. A través de estos acontecimientos hemos descubierto, o redescubierto, que el démos[11] no es un ente superior dotado de razón, capaz de analizar las cosas con desapego y discernimiento. Por el contrario, «el pueblo» (si es que este término tiene algún significado, pues los acontecimientos actuales nos muestran, cada vez más claramente, nuestra incapacidad para «hacer causa común», para aceptar la idea misma de una «voluntad general») se deja guiar por la emoción, las news[12], las imágenes. Poco importa si todo es cierto o fake[13], lo que cuenta es que hace ruido. El gobierno del pueblo se ha convertido en un gobierno del populismo. ¿Alguna vez fue diferente? Me parece que el espíritu mismo de la democracia está viciado desde el principio, en tanto que supone capacidad del individuo para desprenderse de su persona y asumir una posición neutra de voladizo, juez de los deseos mundanos capaz de abstraerse sobre el reino de las contingencias. Esto es, evidentemente, imposible: no somos dioses, sino humanos, singularidades comprometidas en una existencia siempre particular, donde domina la ilusión y donde las voluntades de muchos suelen ser incompatibles entre sí. El ciclista que se compromete plenamente con su carrera no puede pensar en la organización del pelotón como un todo; él quiere completar su recorrido lo mejor posible y, si es posible, triunfar sobre los otros.

La reciente crisis vinculada al virus COVID-19, aunque esta vez no sea estructural sino coyuntural, es también emblemática de nuestros errores, de nuestras incoherencias, de nuestra incapacidad para abordar una situación crítica con calma sin dejarnos guiar por miedos y pasiones propios. Muchas cosas se han dicho sobre estos

meses de confinamiento y reconfinamiento, aceptados en nombre del nuevo valor supremo: la Seguridad. Todos nos dejamos atrapar en la trampa de las grandes esperanzas (un tratamiento eficaz, el desarrollo de una vacuna, etcétera), verdades consideradas apodícticas una tarde y desacreditadas a la mañana siguiente, abandonadas, sin que ninguna persona parezca recordar la fe casi mística que hace tan poco tiempo juró a los vendedores de milagros. Hemos seguido escuchando cada noche en la televisión, fríamente, esos recuentos morbosos, esas cifras de personas hospitalizadas, fallecidas, y, mientras nuestra sociedad se jacta de considerar la «vida» como el más precioso bien, aceptamos que devenga en matemático.

Al confrontarnos con nuestras contradicciones, la COVID-19 nos recordó la enseñanza de Sócrates[14]: «Solo sé que no sé nada»[15]. Sin embargo, la especificidad de la modernidad es que desde esta observación de la ignorancia, e incluso al amparo de ella, nos sentimos autorizados a decir todo, sin importar el qué. La ciencia ha mostrado sus límites. Incluso el ámbito de la razón, de lo verificable, de lo demostrable, se ha revelado incapaz de mantener una línea clara y recta, los estudios se contradicen los unos a los otros, los especialistas oscilan entre posiciones diametralmente opuestas. Nuestros dirigentes, los expertos, los conocedores, finalmente debieron admitirlo: no sabían, y tuvieron que decidir desde esta posición de ignorancia. Así es como lo hacían, aunque fingían lo contrario, se mostraban confiados… y nosotros les creíamos. Ahora esto es imposible. Nos enfrentamos a un mundo desprovisto de puntos de referencia, sin boyas, donde el individuo se ahoga más que nunca. Así que, en lugar de suspender el juicio como dictaría el sentido común, cada persona tiene su pequeña teoría, su «yo no soy médico, pero…», o incluso su comentario de barra de bar sobre la estrategia que este o aquel corredor debería haber adoptado. «¡Pero por qué no ataca, por Dios! Ah, si estuviera sobre la bici con veinte años menos, ya te digo yo que…». A falta de información, nos abruman las opiniones, que nosotros mismos emitimos en un tono docto y falsamente seguro.

La tercera crisis a la que se enfrenta nuestra sociedad, finalmente, después de la democrática y la del conocimiento puesta en evidencia por esta COVID-19, es la más importante de todas, porque

nos amenaza directamente, en nuestra carne. El calentamiento global, que es de lo que estamos hablando, conducirá en pocas décadas a un deterioro de nuestras condiciones de vida (el proceso ya está muy avanzado), e incluso, con el tiempo, a la extinción de la vida humana. Esta crisis es a un tiempo coyuntural y estructural: coyuntural en la medida en que está ligada al desarrollo del capitalismo que, desde hace al menos dos siglos y sin poner límite alguno al progreso económico, exige a la Tierra más recursos de los que puede producir; estructural porque el movimiento humano no puede tomar otra dirección que la de esta carrera mortal hacia adelante. Nuestro software no tiene un botón de «rebobinado». Como el ciclista que a veces pedalea sin sentido hacia el agotamiento, demasiado concentrado en la carrera para pensar en la comida, o con demasiado frío como para tener la audacia de ponerse un chubasquero, avanzamos con anteojeras puestas en pos de nuestro bien inmediato, participando sin darnos cuenta en la creación de lo que nos va a destruir. Lo lamentable es que nos es imposible hacer otra cosa: el individuo, por naturaleza, no puede ver a través de los ojos del grupo, por necesidad debe privilegiarse a sí mismo.

De ahí los conflictos entre un conocimiento colectivo que ya no podemos negar dignamente (el planeta se está calentando, y esto es un peligro para nuestra especie), y las acciones individuales que, continuamente, siguen su curso. El conocimiento (y por eso está en crisis) ya no es performativo, no conduce a un cambio profundo de nuestro comportamiento. Observamos los problemas cotidianos, aunque mínimos y fútiles, a través de un prisma distorsionador que los hace parecer colosales y nos impone consagrarles toda nuestra energía. Por el contrario el riesgo climático, tormenta titánica que se cierne sobre nosotros, nos parece una mera nube en la distancia, apenas digna de nuestra atención.

Las evoluciones de la sociedad que acompañan a la crisis del COVID-19 son indicativas de nuestra incapacidad para no dejarnos influir por las emociones del momento. Este virus, por terrible y mortal que sea, no es más que un suceso que sabemos pasará. Sin embargo, ha desencadenado profundos cambios en nuestro estilo de vida, que van en contra de lo que se propugnaba apenas unos meses antes. Se nos dijo que dejáramos de utilizar los envases de plástico,

esos que, por razones supuestamente sanitarias, han visto aumentar enormemente su consumo en la sociedad posCOVID. Nos recomendaron que optásemos preferentemente por los modos de transporte «seguros»; el vehículo individual retornó con fuerza, al mismo tiempo que nuestros gobiernos desplegaban paquetes de rescate por miles de millones de euros para preservar industrias que sabemos intrínsecamente contaminantes.

En resumen, somos incapaces de jerarquizar los problemas. Donde deberíamos pensar de forma colectiva, racional y a largo plazo, nos dejamos gobernar por la tiranía de lo inmediato, obnubilados por el mosquito que zumba ante nuestros ojos… mientras un elefante amenaza con aplastarnos.

Enfadarse por este estado de cosas, criticar la «estupidez humana» a solas en el salón de nuestra casa, en posición de ciega santidad (desde el comienzo de la crisis de COVID-19, ¿cuántos de nosotros nos hemos quejado seriamente de que «la gente no respeta las normas sanitarias», sin preguntarnos si actuábamos de forma irreprochable?) no mejorará en nada las cosas. No es diciéndote a ti mismo «si la carrera hubiera ido así, habría ganado…» como se construye un palmarés. No, hay que aceptar los movimientos del pelotón como son, arbitrarios e incoherentes, y lidiar con ellos, adaptarse.

Si el ejemplo del deporte es útil, es precisamente porque no hay una cuestión de moralidad, sino pragmática. No existe una manera «correcta» de ganar, sino aquella que lleva a la victoria. «Lo importante son los tres puntos», «lo que cuenta es cruzar la línea primero»: estas frases baratas siguen conservando su pertinencia. El resultado no debe buscarse, sin embargo, a cualquier precio, de lo contrario la contradicción sería tal que mataría la idea misma de deporte, y haría que la victoria careciera definitivamente de sentido. Así las cosas, mientras uno se mantenga dentro del marco institucional regulado de la competición… es decir, y para ser claros, mientras uno descarte la tentación de hacer trampa, todos los golpes están permitidos. El fin justifica los medios. En este sentido, en la medida en que exige que uno revise su juicio y sus directrices en cualquier momento según la situación, el deporte es esencialmente una cuestión de ética.

¿Cómo puede un individuo gobernarse a sí mismo ante un mundo absurdo, ante una sociedad inconsecuente, en permanente recomposición, a la que construye tanto como combate? Es el tema de este ensayo, que se leerá a través de los ojos de un ciclista, buscando incansablemente escapar de un pelotón al que está inextricablemente ligado, porque lo representa.

[5]Publio Ovidio Nasón (43 a.C.-17 d.C.), poeta latino, autor de Las metamorfosis. N. del T.

[6]Escritor francés, nacido en 1928 y muerto en el año 2000. Mes rayons de soleil, publicada en 1987, es una de sus obras más conocidas, y un clásico de la «literatura ciclista gala». Se narra allí la epopeya del narrador, que reproduce con su bici el recorrido del Tour de 1949, vencido por Fausto Coppi. N.del T.

[7]Louis Nucéra, Mes rayons de soleil, Grasset, 1987.

[8]Platón (427-347 a. C.), filósofo griego, discípulo de Sócrates, maestro de Aristóteles, y uno de los más influyentes de la historia. N. del T.

[9]Petite reine, en el original. Sobrenombre de la bicicleta en Francia. Utilizado, por extensión, para todo el deporte ciclista. N. de T.

[10]«Se mettre à plat ventre», en el original. N. del T.

[11]El démos era un barrio o distrito en Atenas y otras ciudades-

estado durante la Antigua Grecia. Al ser algo parecido a nuestras modernas circunscripciones electorales se toma como metáfora de sujeto elector. También significa pueblo. Aquí hace referencia, precisamente, al «pueblo» en «democracia». N. del T.

[12]En inglés en el original. N. del T.

[13]En inglés en el original. N. del T.

[14]Sócrates (470-399 a. C.), filósofo griego, uno de los fundadores del pensamiento occidental. N. del T.

[15]«Je ne sais qu´une chose, c´este que je ne sais rien», en el original. Se ha optado por utilizar la versión más conocida de la frase en castellano. N. del T.

## LA SALIDA-COGIENDO LA ESCAPADA

*La inteligencia colectiva es un esfuerzo sobrehumano.*

**Louis-Ferdinand Céline[16].**

La ruta comienza con lo que un filósofo llamaría «experimento mental». Se está celebrando una carrera importante, el Gran Premio de la Abnegación[17], por ejemplo, en la ciudad de Buridan, o alguna otra de ese estilo. La batalla empieza al principio para entrar en la escapada. Los ataques se suceden. Situación descontrolada. Nadie quiere llevar el peso de la carrera en solitario.

Finalmente, dos ciclistas se destacan. Pertenecen al mismo equipo, digamos que son amigos. Ambos son los más fuertes de la carrera. Se dirigen a la victoria, a costa de un esfuerzo conjunto tan hermoso como violento. La línea de meta se acerca. Los dos individuos tienen fuerzas estrictamente iguales. No hay ninguna razón para que uno cruce la línea antes que el otro. No van a luchar por la victoria en un esprint, como si fuesen adversarios. ¡Qué imagen daría! Entre dos compañeros de equipo eso no se hace. No, tienes que decidir quién va a ganar, quién se va a llevar los honores. ¿Qué pasa por la cabeza de estos ciclistas que ahora unen sus fuerzas, sabiendo que en pocos cientos de metros solo uno de ellos tendrá derecho a los laureles? Aunque pertenecen al mismo equipo, y a pesar de su fuerte amistad, cada uno piensa obviamente en la victoria, en el placer que le daría cruzar la línea el primero.

No hay nada de malo en ello.

Al final, bien por oscuras razones que el director del equipo haya decidido, o bien porque el azar ha hecho su trabajo (escapado en un campeonato del Franco Condado hace unos años con dos compañeros de equipo, fue un piedra-papel-tijera sobre la bici lo

que decidió nuestro orden en meta), uno de los ciclistas termina delante del otro. Así es la carrera, no puede haber dos primeros.

Se produce entonces un fenómeno extraño: esta jerarquía arbitrariamente decidida se encuentra sorprendentemente autorealizada. El primero en meta recibirá todos los honores, experimentará las alegrías del podio, su palmarés se verá engrosado ad vitam aeternam, la confianza en sí mismo aumentará, su vida, por así decirlo, cambiará. Mientras, el segundo corredor, tras responder a las preguntas de algunos periodistas (que, es cierto, subrayarán la magnífica actuación colectiva, pero… ¿nos acordamos de un artículo en prensa?), se contentará con volver a subir al autobús de su equipo, y retomará el curso de su existencia, seguramente con la sensación del deber cumplido, feliz incluso por su compañero y amigo, pero con un toque de amargura en el fondo de sí mismo.

Esta amargura no reconocida, esta melancolía latente, es el egoísmo. Y con esta palabra no me refiero a ese supuesto carácter malsano que las moralejas reprueban. Es, para mí, el instinto natural de privilegiar siempre nuestro destino personal al del otro, por mucho que lo queramos, porque se trata de nuestra supervivencia y, aún más, de nuestra afirmación como individuos. Si nuestro desafortunado subcampeón está amargado, y le durará mucho tiempo, aunque la carrera sea de poca importancia, aunque sepa que tiene el mismo valor que el primero, es porque siente que le han tocado su propio ser. Percibe que una derrota de un día, aunque sea contingente, puede ser maldición eterna. Y el ego no quiere esto, porque es ego, es decir, uno. Esta unidad elemental, indivisible, irrompible, fundamental… es nuestro punto de partida.

Que quede claro: el egoísmo no es bueno ni malo. Es amoral, humano, simplemente humano. En palabras de Spinoza[18], es ese esfuerzo inscrito en cualquier cosa para perseverar en su ser, esa divina (es decir, natural) fuerza de vida (aquello que el filósofo holandés llama conatus).

Si «el deseo es la esencia misma del hombre», el egoísmo, considerado como afirmación de este deseo, es nuestro instinto primario. Lo que estaría «mal», en cierto sentido, sería ir en contra, guiarse por afectos engañosos, perjudiciales para la conservación de

nuestra persona, proveedores de tristeza. Sería mortificarse con una actitud excesivamente altruista, olvidarse de sí mismo, «relajarse» cuando uno está en condiciones de ganar y dejar que el otro se adelante, o dejarse devorar por los remordimientos una vez que la acción se ha completado. Si dos compañeros de igual fuerza se ven obligados a competir por la victoria es natural que quien cruce la meta en segundo lugar se sienta decepcionado. Sin embargo, la «sociedad del pelotón» y su ideología le ordenan celebrar el éxito de su compañero como si fuera suyo[19], aprisionándolo así en pasiones contrarias, en un entrelazamiento de diversas determinaciones. He aquí mi confesión: estos discursos políticamente correctos que cantan las alabanzas del colectivo suenan falsos a mis oídos; al placer de la victoria por delegación yo preferiré siempre el placer solitario de levantar los brazos por mí mismo.

Que el ser humano sea por naturaleza egoísta es una verdad que molesta, porque parece entrar en conflicto con otra de nuestras tendencias naturales, como es la búsqueda de asociación, el deseo de comunidad (de nuevo, originalmente, por cuestiones de supervivencia y poder). Nuestras grandes instituciones son ejemplos de este segundo tipo de instinto que, paradójicamente, fomenta el olvido a preservarse a sí mismo.

Iglesias, Estados, escuela, ejército… tantas entidades que no existen más que a través de lo que oprimen: lo singular. Estos cuerpos sociales tienen la vocación de unir a las personas, de hacer que se encuentren (el término «religión», etimológicamente, viene de re-ligere, «conectar» en latín). Se trata de comprometerse con alguna cosa que nos rebase, con una causa superior que justifique dar la vida para servirla. Es fácil entender que cualquier iniciativa personal se perciba como una amenaza para estos programas. Sobre todo, no debemos arriesgarnos a romper el famoso «vivir-unidos[20]».

El deporte, en su versión moderna, puede incluirse sin duda en la lista de instituciones que valoran la omnipotencia del colectivo y denigran al individuo. A menudo me ha sorprendido esta paradoja: en todas partes se elogia a los campeones como seres excepcionales, se les presenta como «stars», y, al mismo tiempo, se repite un discurso según el cual el equipo, el esfuerzo en común, la ayuda mutua entre compañeros o incluso entre adversarios son mucho más

esenciales que la acción decisiva del vencedor, como si nos avergonzáramos de que hubiera un primero, como si el hiperindividualismo vehiculado por el deporte moderno no fuera más que una fachada enmascarando una profunda negación del ego.

Entonces surge la pregunta: ¿la institución deportiva no es la forma más reciente y más insidiosa que la sociedad ha encontrado para extinguir el egoísmo? ¿Quiere el pelotón ver a un corredor escaparse?

Igual que la religión, de la que es una forma secularizada, el deporte es un lugar de culto, de fervor y de intercambio, como se puede ver en los estadios o en las cunetas, donde cánticos casi litúrgicos son entonados mientras que los atletas son aclamados como si fuesen semidioses. Pero ellos, detrás de la aparente veneración de la que son objeto, realmente no importan. Lo que importa es lo que representan, que a través de ellos uno puede identificarse con un equipo, una nación o unos colores. En el olimpismo moderno el rendimiento fuera de lo común, el ser excepcional, tienen poco interés. No son más que los medios que permiten alcanzar una forma de éxtasis colectivo, una gracia de comunión atlética. Solo ella es verdaderamente digna, y por eso se pide a los competidores que se aparten ante ella.

Un atleta debe defender su bandera y correr por su país antes que por sí mismo. La gloria personal no es más que transitoria, y debe permitir reflexionar sobre su pueblo, que la adula y sirve para cimentar.

Se diga lo que se diga, el deporte moderno está inserto en un marco político. Los Juegos Olímpicos no son, desde hace tiempo, oportunidad para una tregua. Al contrario, continúan los conflictos en un plano ideológico. Uno piensa en la Guerra Fría, donde las dos superpotencias rusa y americana, no pudiendo competir en el campo de batalla, lucharon por la supremacía simbólica en los estadios. Los Juegos de 1980 en Moscú fueron boicoteados por Estados Unidos, y los de 1984 en Los Ángeles por la URSS, lo que demuestra que las pruebas atléticas no son en absoluto eventos santificados. Otras ediciones (Berlín en 1936, Ciudad de México en 1968, Pekín en 2008, etcétera) fueron igualmente muy marcadas por el contexto político. Instrumento de soft power, oportunidad de

chantaje diplomático, lugar de revuelta, el deporte moderno está ciertamente ligado a los problemas del mundo. No es de extrañar que los estados lo utilicen para defender sus intereses.

Es por eso por lo que el deporte forma parte de nuestro programa escolar. Desde el siglo XIX, primero en las public schools inglesas y luego en Francia siguiendo a Pierre de Coubertin, se ha desarrollado como herramienta educativa, como vehículo de elevación moral. Para el barón, si buscamos «desarrollar las cualidades físicas, [es] para servir al bienestar colectivo[21]». El iniciador de los Juegos Olímpicos modernos fue ante todo un pedagogo y un demócrata. Lógicamente, ayudó a construir un deporte «funcional», una «gimnasia utilitaria[22]», «una especie de escuela preparatoria a la Democracia[23]», donde el rendimiento en sí mismo y el deseo de victoria estaban subordinados a los fines previstos: crear un espíritu de camaradería, cantar las alabanzas del colectivo, inculcar un cierto número de valores comunes (coraje, voluntad, juego limpio, ayuda, compartir, el olvido de uno mismo, etcétera).

En suma, la ideología del deporte, tal y como se ha desarrollado en los dos últimos siglos, se basa en un discurso de sometimiento del individuo al grupo (que solo algunas personalidades especialmente fuertes, los verdaderos campeones como Mohamed Ali, Usain Bolt…, han podido superar). El resultado es secundario; lo que cuenta es la manera, la «belleza del gesto», la capacidad de unirse con los compañeros, con los seguidores, e incluso con el adversario, cuya alteridad fundamental queda oculta por el significado literal del término competición: «buscar juntos» (cum-petere).

¿Quién gana? Una cuestión trivial, en realidad, indigna de los bellos valores del «espíritu deportivo», como el altruismo y el sacrificio. No importa cuál de los dos compañeros de equipo franquee la línea primero, ni siquiera importa que haya un vencedor: habrá espacio para todos en el podio, tiene que haberlo.

Este tipo de discursos siempre me han incomodado. Imágenes de atletas animándose mutuamente al final de un decatlón, o de navegantes felicitándose al final de una larga carrera oceánica, pareciendo olvidar la rivalidad que les animaba unos momentos antes, me parecen prefabricadas, en profundo desacuerdo con lo que para mí es la esencia misma del deporte. No tengo ningún

problema con la idea de simpatizar con mis competidores al margen de la competición, bien al contrario. Simplemente creo que es vital mantener la dimensión agonística durante la carrera, sin la cual esta actividad se desacraliza, y deviene insensata.

Debo admitir que todos los años la última etapa del Tour de Francia es difícil para mí. Hasta llegar a los Campos Elíseos, se resume en una larga procesión festiva, el maillot amarillo bebiendo champán en la bicicleta con su «delfín», cada corredor charlando amablemente con aquellos a quienes la víspera no dudaba en empujar. Estas escenas tienen el valor simbólico de confirmar la idea de que el enfrentamiento deportivo es algo accesorio, trivial, «no esencial», por utilizar una clasificación en boga durante estos tiempos de COVID-19 y confinamientos. Tienen el efecto de ponerme melancólico: ¿qué pasa, todos esos esfuerzos, estas tres semanas de sufrimiento, no sirvieron para nada? Soy nostálgico de una época en la que el Tour aún podía jugarse en la última etapa, cuando la carrera estaba rodeada de una mística que la hacía imposible de neutralizar, en la que el carácter superfluo de la confrontación era precisamente aquello que la hizo esencial. Pero se trata, sin duda, de la consideración de un antiguo: el deporte posee hoy una función a la que debe someterse, tiene que hacer valer la fuerza del colectivo y silenciar aspiraciones singulares. Después de todo, es bien sabido, como repiten habitualmente los directores deportivos de alto nivel o los formadores de chavales en los pequeños clubs, que «en solitario no somos nada; juntos podemos levantar montañas».

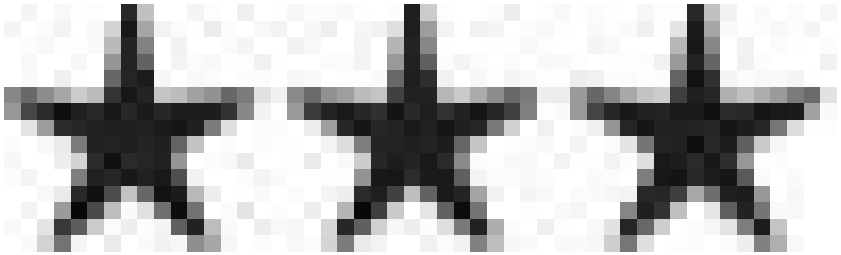
Recuerdo un campamento[24] de fútbol en Alsacia, donde participé a la edad de ocho o nueve años durante las vacaciones estivales. Me comporté bastante bien, jugué como me pidieron, respeté las consignas. Esto me valió, en mi diploma al final del curso, un comentario que todavía recuerdo: «Bonito espíritu de abnegación». En ese momento no percibí todo el significado de estas palabras más bien convencionales. Más tarde, me incliné sobre el diccionario: ab-négation, literalmente «negación de sí mismo». La violencia de la fórmula se descubría. El deporte, tal y como está concebido, alabado y asimilado en nuestros días, tiene miras insidiosas hacia la aniquilación del individuo.

Matar el yo que no se ve (o, más bien, no matarlo, anestesiarlo lentamente): este es el lema de la cultura moderna, del que bebemos a diario, desde muy pequeños, a través del discurso deportivo que alaba la fuerza del colectivo y la belleza del compartir, o incluso mediante producciones de entretenimiento a las que asistimos inocentemente sin sospechar que son verdaderos instrumentos de la ideología dominante. Las películas de Disney, por ejemplo, que todo el mundo conoce y aprecia, presentan la marginalidad, la opción de recorrer tu propio camino individualmente (los deseos originales de Mowgli, Simba y otros), como recreaciones temporales en el mejor de los casos, en ningún momento caminos de vida respetables. Deben dar paso al sentido de la responsabilidad, a la inscripción en una tradición fabricada por padres y compañeros, el retorno al orden, los ritos de paso a la edad adulta. Los dibujos animados no son actividades de ocio, son programas educativos, del mismo modo que lo son muchas «escuelas» deportivas.

Uno no puede evitar preguntarse: ¿creen realmente en sus mitos todos estos portadores del discurso oficial? El profesor cuando explica que el trabajo conjunto produce mejores resultados no puede desconocer, en el fondo, que los grandes descubrimientos fueron obra de individuos geniales, no de una reflexión colectiva organizada como tal. El maestro de la táctica, especialista en fútbol, debe ver que cada gol surge de una inspiración singular, y que la estrategia minuciosamente elaborada durante sesiones de vídeo es solo requisito previo, necesario, por supuesto, pero ciertamente no suficiente. Y el jugador de rugby que acaba de ser elegido «hombre del partido» cuando explica ante los periodistas, en contra de las propias palabras, que esa distinción es para él anecdótica, que lo importante es el buen rendimiento del conjunto, ¿es completamente honesto consigo mismo? ¿No hay en él ningún indicio de orgullo personal?

No podemos evitar que ese ciclista, el que ha terminado segundo en el GP de Buridán después de haber dejado triunfar a su coéquipier, albergue secretamente un punto de frustración. ¿Debemos culparlo por eso? La ambición personal tiene sus virtudes, es natural en el ser humano.

Pero la sociedad del pelotón es una superpotencia que, para existir, debe aplastar las particularidades de los miembros que la componen.



Habrá objeciones. En primer lugar, ¿qué pasa con los deportes de equipo? ¿Y el placer que sienten los ciclistas, por ejemplo, cuando ganan una crono por equipos, que es «una sensación más fuerte que triunfar a título individual»? El propósito subyacente es que lo importante no es la victoria en sí, ni la competición deportiva como tal, sino la aventura humana que se construye a través de ella.

Yo mismo llego, por supuesto, a entusiasmarme con la victoria de un coéquipier o a emocionarme con una acción colectiva brillantemente ejecutada. No soy un velocista, pero encuentro placer al integrarme lo mejor posible en el «treno» que se encarga de lanzar a nuestro esprínter en caso de llegada en pelotón. Cuando todo sale como lo imaginamos durante la reunión previa a la carrera, cuando cada uno cumple su papel a la perfección y se logra el objetivo anunciado… entonces la satisfacción de haber conseguido algo juntos es real. En este mes de mayo de 2021, con mi equipo Cofidis, hemos ganado la «Mercan´Tour Classic» al término de una prueba controlada de principio a fin. Digo «que hemos ganado» porque, aunque fui yo quien levantó los brazos, todos (staff y ciclistas) habían contribuido brillantemente a la edificación de este éxito. Me sentí sinceramente en deuda con mis compañeros y feliz por el grupo.

Pero debo admitir que esta experiencia de alegría colectiva no equivale a las sensaciones que siento cuando cruzo la meta en primer lugar, esta descarga de adrenalina bruta, idiota, absoluta.

Sin duda deberíamos preguntarnos si quienes afirman preferir la victoria del equipo al éxito personal no se inscriben en una forma de conformidad, quizá interiorizada, con la ideología dominante. El deseo de integrarse es un sentimiento muy poderoso. Más aún en el mundo del deporte, que es estructuralmente una actividad de grupo. Este deseo empuja a muchos deportistas a negarse a sí mismos, a adoptar posturas o apoyar declaraciones que no son las suyas. El pelotón tolera mal a quienes quieren escapar de él. Existe el miedo a ser excluido, descartado. ¿Cómo explicar el número casi infinitesimal de deportistas homosexuales que se reivindican como tal, sobre todo en ciertas disciplinas como el fútbol, el ciclismo o el rugby, si no es por el miedo a afirmarse tal y como son, por el miedo a quedar marginados socialmente o incluso deportivamente? De la misma manera, enunciar algo que va en contra del discurso mainstream es arriesgarse a ser rechazado, de ahí una cierta reserva por parte de los deportistas a la hora de expresar sus ambiciones personales.

Yo mismo, lo confieso, ante periodistas o en una conversación mundana, me encuentro repitiendo lo que me han enseñado, borrándome tras «la fuerza del colectivo». Es mucho más fácil permanecer en lo políticamente correcto, mucho más confortable, por utilizar la fórmula de Descartes[25], «presentarse disfrazado», plegándose a costumbres y normas del entorno y de la época. Al menos soy consciente de mi hipocresía. En lo más profundo de mí nunca olvido esta cosa tan simple: el placer que obtengo al ganar es mi placer.

Aunque ahora soy el líder de mi equipo, me he encontrado muchas veces en posición de équipier, participando activamente en la victoria de otro. Un episodio en particular marcó mi juventud deportiva, mucho antes de Imola. Fueron los Campeonatos del Mundo de 2011, en Copenhague, cuando participé como júnior con el maillot de la selección francesa. Éramos un grupo de amigos que se había formado a lo largo de una temporada que dominamos colectivamente, ganando cada uno por su lado las más bellas pruebas internacionales de la categoría. Éramos los favoritos para esta carrera, la más importante del año.

Hacia el final se forma una escapada. Compuesta por seis

corredores: dos belgas, dos holandeses y dos franceses. Estaba en ella junto con Pierre-Henri Lecuisinier, el ciclista al que estaba más unido en el equipo francés, mi habitual compañero de habitación. En los últimos kilómetros de la carrera el pelotón se acercaba peligrosamente a nuestro grupo, ya que el recorrido llano nos perjudicaba. A kilómetro y medio de meta uno de los dos corredores belgas demarra. Me sorprende, no salto a su rueda inmediatamente. Tengo que tomar una decisión rápida: o no me muevo, la escapada queda enterrada, dejamos ir al belga y el pelotón nos engulle; o me pongo al frente del grupo y me sacrifico por mi compañero y amigo, renunciando así a cualquier posibilidad de un buen resultado personal. Me sacrifico[26]. Gana. Lo celebramos.

Sin embargo, durante mucho tiempo me quedó un sabor de boca amargo al pensar en la carrera. Me alegré, por supuesto de que nosotros hubiésemos ganado. La victoria fue para el equipo, eso era lo más importante, como nos repiten cada día. Era consciente de que en ese momento no había otra opción, mi coéquipier era más rápido que yo en el esprint. Había actuado de la mejor manera posible, por lo tanto, dadas las circunstancias; y mi gesto, además, fue aplaudido por todos, mientras que mi amigo Lecuisinier me estaba agradecido.

Sin embargo, me llevó algún tiempo aceptar lo evidente: habría preferido ganar en Copenhague. Varias veces pensé en el momento en que el belga arrancó, diciéndome a mí mismo que debería haber estado más atento, que debería haberme anticipado, o al menos haber saltado con él, que tal vez podría haberme puesto las bandas arcoíris… Lo reconozco también: cuando me sacrifiqué por mi compañero de equipo probablemente tenía en mente la imagen que estaba transmitiendo, en una carrera televisada, a una edad en la que empezaba a intentar llamar la atención de los ojeadores profesionales. Esperaba, ciertamente, algún tipo de retorno a la inversión.

Por muchas razones, en definitiva, y en este caso como en otros, siempre he sentido que mi individualidad se resistía al sentido de lo colectivo, al espíritu de sacrificio. Confieso que muchos de mis comportamientos altruistas pueden explicarse a posteriori por motivaciones egoístas… Y no creo que sea una excepción.

Para algunos, sin embargo, la ideología del colectivo está tan arraigada que ya no se pone en cuestión, y la heteronomía adquiere un aire de autonomía. Dicen «hemos ganado», y se identifican con esa entidad superior, ese «nosotros», cuyo significado no está claro para nadie. ¿Ese pronombre se refiere al equipo como unidad, o a la suma de los jugadores de un grupo? ¿Es la ciudad, el patrocinador o el país al que se representa? No importa realmente, mientras exista la alegría de formar parte de una gran aventura, de ganar juntos, «¡todos para uno, uno para todos!».

Pero veamos qué ocurre con este mágico sentimiento de pertenencia en una situación de crisis, especialmente ante la derrota. El aficionado al fútbol transforma fácilmente el «hemos ganado» en un «han perdido» de circunstancias. No quiere verse afectado íntimamente por la derrota, y por eso se desvincula del grupo al que había estado inmensamente vinculado momentos antes: buscaba, sobre todo, su propio placer a través de la comunión deportiva.

De manera análoga, podemos observar en todas las disciplinas que un equipo en dificultades tiende a romperse ante el miedo a la derrota. Cada individuo procura «salvar la patria» mediante acciones disparatadas e improbables, lo que, generalmente, tiene solo como resultado la confirmación de la debacle. El equipo se desune aún más a medida que cada uno de sus miembros intenta dar la vuelta a la competición en solitario. Si un equipo ciclista tiene que reconducir un movimiento de la carrera en su contra, atrapando, por ejemplo, una escapada que se acaba de formar, los ciclistas serán más eficaces si se unen, se coordinan y actúan juntos, en lugar de hacer un esfuerzo aislado para llegar hasta la cabeza.

Esta tentación del ataque en solitario está ciertamente lejos de ser óptima. Es, no obstante, humana y puede verse a todos los niveles. Los niños en el patio de recreo o en los clubes deportivos actúan naturalmente de manera muy personal, antes de que se les enseñe que es más racional el juego colectivo. Este instinto reprimido es el que resurge en situaciones extremas, casi siempre sin éxito.

A veces, sin embargo, la acción individual viene coronada por el éxito. El ciclista que ha caído en una trampa contraataca con perfecto timing, en una subida empinada, después de un descenso sinuoso, y «salta» para unirse a la escapada, poniendo a su equipo

en el camino correcto otra vez. Solemos llamar «suerte» a ese momento increíble en el que, contra todo pronóstico, una persona consigue dar la vuelta a una situación límite. Debe verse, más bien, como el talento particular del campeón, punto nodal del equipo capaz de asumir el destino de todo un grupo, brillante resurgimiento de lo singular en medio de lo universal compartido.

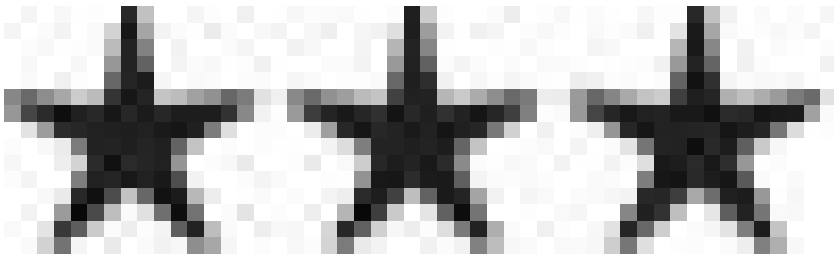
Hay muchos jugadores de fútbol muy buenos, pero pocos son delanteros natos, «zorros de área» o pasadores decisivos, que puedan, en un instante de genialidad, ver un espacio y regalar «caviar» a su compañero. Hay muchos ciclistas excelentes que nunca ganarán una carrera. Les falta ese instinto, el de la victoria, el de lo excepcional. Poco a poco su egoísmo original se ha ido perdiendo, diluido por mandamientos del colectivo. Ya no saben cómo ganar y se vuelcan con sus líderes, algunos de los cuales, con talento poco común, pueden ser calificados como campeones.

Seguros de su fuerza, su confianza en sí mismos apenas se disimula. Un futbolista como Cristiano Ronaldo es el ejemplo perfecto. Pertenece a toda una tradición de fenómenos del fútbol, esos cuya genialidad no podría expresarse si se ciñeran a patrones preestablecidos. Porque la característica del campeón es romper con la norma. ¿El famoso gol de Maradona contra Inglaterra en 1986 sería una leyenda si, tras regatear a medio equipo durante medio campo, hubiese acabado pasando el balón en lugar de anotar él mismo? Hinault, Merckx, Anquetil… ¿todos estos grandes nombres del ciclismo habrían trascendido si no se hubiesen dejado llevar, en la cima de su gloria, por una autoestima sobrehumana?

Quizá Anquetil no fuera físicamente mucho más fuerte que Poulidor, pero uno tuvo la rabia de ganar, mientras que el otro se acomodó finalmente con la popularidad concedida al perdedor magnífico. Al final, en ambos casos, el ego se reconforta: por el triunfo bruto, directo para el campeón; por el placer de decirse «podría haber…» para el rival derrotado, encantado de haber ganado el corazón de los seguidores en el trance. Pero nunca, si nos fijamos bien, observaremos un puro desinterés por su propia actividad deportiva. El simple placer de participar jamás será suficiente para el atleta, como tampoco lo es para el espectador que compromete toda su persona, toda su carne, con el equipo al que

anima.

Una escuadra jamás es un conjunto monocromo, un bloque sin asperezas ni diversidad. Se trata de un agregado de personalidades que deben encajar lo mejor posible sin olvidarse nunca de actuar individualmente. El deporte estadounidense, con su énfasis en las estadísticas personales, parece haber aceptado este punto. En Europa seguimos apegados al mito de los jugadores «unidos como uno solo por amor a la camiseta». Es cierto que la función de los entrenadores o directores deportivos es que sus deportistas se complementen tan bien que el grupo parezca un cuerpo indiviso, uno donde se fundan incluso los espectadores. Pero no olvidemos nunca que todo son apariencias, y que si podemos jugar con ellas, es solo cuando las reconocemos como tales.



«La piedad es dulce porque, poniéndonos en el lugar de quien sufre, sentimos el placer de no sufrir como él[27]»; estas palabras de Rousseau[28] resuenan bajo el casco de todo ciclista. Qué enervante cuando terminas una carrera en el dolor, cuando resoplamos en los últimos kilómetros de la última ascensión del día descolgados desde hace mucho tiempo, escuchar los ánimos condescendientes de los ciclistas que ya han terminado, y bajan en bici de vuelta a su autobús. Su alegría por haber conseguido una buena clasificación se ve reforzada por esta visión de rostros demacrados, desfigurados por el esfuerzo, por la idea de que ellos podrían haber estado allí…

Lo mismo ocurre con la generosidad: al dar, uno marca su superioridad sobre los otros, ratifica el hecho de que ellos tienen una necesidad que yo no tengo. Si me deshago de algo es porque tengo los medios para hacerlo, porque yo soy fuerte y tú eres débil… A la munificencia la pierde su magnificencia. No se dirige al

otro, fundamentalmente, sino a uno mismo, como parte de un juego de poder e influencia.

Si yo me sacrifico por un coéquipier, o si uno se sacrifica por mí, es porque generalmente se espera algo a modo de retorno: una prima, un contrato, popularidad, quizá simplemente un agradecimiento, o el placer de revelarte como indispensable. En el deporte no existe nada gratuito, como tampoco existe en otros estratos de la sociedad. El pelotón es un mercado de trueque. ¿Por qué avergonzarse de ello? No hay nada cínico ahí. Por el contrario, el acto deportivo, si no estuviera enmascarado por una ideología políticamente correcta, tendría como mérito presentar a todos en toda su honestidad. Querer hacer de la generosidad un absoluto, engañar al mundo creando este ideal es, en cambio, indecente.

Cuando un servicio prestado implica contrapartida palpable (dinero, una mano de vuelta que ayuda…), no existe discusión posible. Es cuando la ganancia resulta inmaterial cuando puede dar impresión de «total» entrega de sí mismo. Mostrarse generoso es, en cierto modo, trabajar la propia imagen, realzando el valor de uno a ojos de los demás o a los propios. Estas ganancias «simbólicas» ¿no son un retorno a la inversión? Todos necesitamos seducir o aumentar la estima que tenemos sobre nosotros mismos. No culparía al voluntario que admite que su participación en una asociación no es solo para defender una buena causa, sino que también se basa en una inspiración de acto-consecuencia[29], en un cálculo (aunque sea inconsciente) de lo que su buena acción podría reportarle. Tampoco me ofendería que un compañero me explicara que no me protegía del viento por pura simpatía, sino también porque él tenía su propio interés.

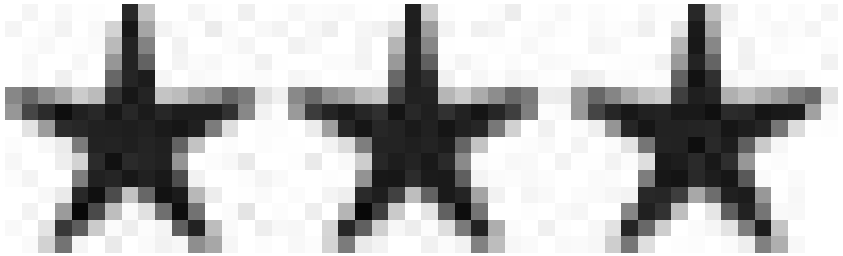
¿Los ricachones filántropos que financian organizaciones benéficas no tienen ninguna motivación ulterior? Sin duda piensan en cómo será percibido su gesto. Al presentarse con aires empáticos esperan obtener algún tipo de publicidad.

Recordemos el incendio de la catedral de Notre-Dame en abril de 2019, y el debate que se generó después de que unas cuantas grandes fortunas se apresurasen a aligerar parte de su dinero para restaurar el bello edificio: a pesar de los hechos tomados en bruto (multimillonarios dieron millones para salvar un bien común),

muchos trataron de desenmascarar la parte de interés oculto, prueba de la actitud paradójica, siempre sospechando, que tenemos ante los actos que se dicen gratuitos. Nos indignó que aprovecharan una catástrofe para obtener reducciones de impuestos, zanahorias de la donación, en detrimento de los contribuyentes que, in fine, soportarían la carga de esos beneficios fiscales. Ante la polémica, algunos de los donantes renunciaron finalmente a recuperar una parte de su participación, decisión que fue acogida con satisfacción por el entonces ponente de la Comisión de Finanzas de la Asamblea, que animó a todos a actuar de forma «perfectamente desinteresada». Sin embargo, aunque la contraparte financiera ya no existiese, ¿podría decirse que el acto era inocente para cualquier estrategia de recuperación mediática?

Cuanto más se exponga a la pantallas una catástrofe, más será objeto de donaciones, mientras que otra, igualmente trágica pero ausente de telediarios, será olvidada por los adinerados. Más allá de consideraciones económicas, la ausencia de repercusión en términos de notoriedad (en el ámbito público o, para las pequeñas donaciones, en un círculo restringido) explica el fenómeno. La falta de cobertura mediática conduce a una escasa movilización emocional colectiva: no hay nada que ganar con el evento. La publicidad, por contra, atrae a la publicidad.

No se trata de desacreditar a esos poderosos en busca de visibilidad, al ciclista que piensa en las consecuencias de su gesto cuando corre por un compañero de equipo, y menos aún a las personas que donan siguiendo la actualidad del momento, a toda esa gente que es generosa por interés, a veces simplemente para mejorar su imagen personal, que es una de las formas de retribución que existen al espíritu de donar. No podemos emitir juicios morales sobre estos actos, ya que no es cuestión de «valores», y los cálculos se mezclan constantemente, sin que sea posible distinguirlos, con los sentimientos.



El ser humano necesita trascenderse. Necesitamos alcanzar algo más grande que nosotros mismos, algo que nos haga partícipes de un algo universal que absorba la miseria de nuestras trayectorias particulares.

El deporte, desde hace más de un siglo, se ha añadido a la lista de lugares de trascendencia, junto a iglesias, amor y arte. «Superarse a sí mismo» es el mantra de todos los atletas, profesionales y amateurs. ¿Qué busca el cicloturista dominical que se mete en refriegas con sus compañeros en las subidas? ¿Cuál es la ambición del ciclista entregado que entrena cada día con método, estrujando su cuerpo para ganar unos pocos vatios? Lo mismo… superación, sentimiento de avanzar sobre sí mismo, euforia por alcanzar un segundo estado donde el placer se mezcla con el dolor, donde la hiperestesia roza el éxtasis, una impresión de «escapar de mí», olvidar la propia singularidad.

No hay nada infame en este deseo animal, que a veces puede tornar sublime. No debemos olvidar que si no hubiera un sí mismo original, no habría nada que superar… No es este deseo de «más» lo que critico (es ello lo que me impulsa en mi práctica deportiva), sino el manto publicitario que le añadimos por razones morales, por vergüenza de la vida, por su bajeza material, por la corporeidad. Los grandes hombres y los grandes gestos no deberían ser ni hombres ni gestos, solo deberían ser grandes, y guardar silencio sobre sus instintos y sus inspiraciones profundas, sobre todo lo que les llevó a actuar como actúan, a ser lo que son. Solo queremos ver el resultado, el ser (por eso las personas se presentan como «personalidades», como «tipos» que suponemos existen así por toda la eternidad) y se omite el devenir, lo que llevó a la edificación de una persona, el proceso que hay detrás del acto.

Deberíamos poder afirmar sin miedo: en el fondo de todo acto de generosidad hay una inspiración egoísta, una parte de cálculo, una evaluación, aunque sea semiconsciente, de lo que ese comportamiento va a aportar. Cuando «yo doy», siempre hay un «yo» que da. El individuo no se olvida de sí mismo, a riesgo de negar lo que es (actitud mórbida que señalaría aversión a la vida). Una ofrenda que excluyera todos los elementos personales que la componen ya no sería humana, sino santa.

El pelotón no está formado por seres diabólicos pero, de todos modos, sin el deseo de brillar como acicate para apretar sobre los pedales no habría competición. Como deportistas de elite a todos nos impulsa un poderoso deseo por ganar. Si en algunas ocasiones aceptamos suprimir este apetito, renunciando a nuestras posibilidades personales en favor de un compañero de equipo, es porque encontramos ahí una forma indirecta de seguir satisfaciendo nuestra individualidad. Nosotros hacemos brotar una especie de deuda; obligamos al otro atleta, más adelante, a actuar recíprocamente, o a crear alguna forma de compensación. Y el deudor incluso tendrá que hacer más, porque el tiempo crea la usura, como explicó[30] en su Essai sur le don, en 1924.

Este antropólogo analiza allí el fenómeno del presente a partir de un estudio sobre ciertos grupos étnicos en América o el Pacífico. Explica que todo regalo requiere un contra-regalo. Lo que él llama «prestaciones totales» de tribu a tribu, lejos de ser regalos gratuitos son, en realidad, préstamos, obligaciones dirigidas, insertadas en los juegos de poder, en las relaciones sociales de dependencia. Es central la cuestión del honor. Al participar en estos sistemas de intercambio lo que se defiende es el rango propio o, in fine, la misma existencia. No ser capaz de devolver el don significa «perder la cara», es decir, perder la humanidad.

Cuando Bernard Hinault, en 1986, prefirió cumplir la promesa que había hecho el año anterior a su compañero de equipo Greg LeMond para ayudarle a ganar el Tour de Francia, en lugar de intentar triunfar a título personal sobre la prueba por sexta vez, se ajustó plenamente a este modelo de intercambio simbólico. Podría haber traicionado, podría haberse negado a sí mismo, pero entonces habría revelado su debilidad, su inferioridad espiritual. Aceptó

perder para ganar honores.

Del mismo modo, después de una carrera donde un compañero ha trabajado especialmente para llevarme a la victoria, me siento en deuda. Mi primer éxito profesional, en el Tour du Limousin de 2017, fue logrado al término de una larga escapada con un compañero del Wanty-Groupe Gobert, mi equipo de entonces. Al acercarme a la línea de meta, cuando quedó claro que el pelotón no podría disputar la victoria, me hizo una señal para que me adelantara, diciéndome simplemente que estaba al final de su contrato y contaba conmigo para defender su causa ante nuestro mánager. Los dos levantamos brazos, pero yo fui el único que vio enriquecido su palmarés. Esa tarde llamé a nuestro jefe y aproveché el peso que empezaba a tener mi opinión para defender la continuidad de mi colega. Intercambio de buena voluntad…

En el interior de las competiciones deportivas se desarrollan otro tipo de pruebas, una carrera por los servicios prestados, no por placer, amistad, sentido del deber o «porque te pagan por ello», sino para asegurar tu lugar en el conjunto, para adquirir estatus, a veces simplemente por orgullo.

Las relaciones entre compañeros, incluso entre adversarios, pueden asemejarse a los fenómenos del potlach (en el noroeste americano) y del kula (en Nueva Guinea) sobre los que se interesó Mauss, grandes hecatombes festivas en las que el sistema de regalo/contra-regalo funciona a pleno rendimiento, en una frenética competición por ver quién puede ceder más, quién puede destruir el objeto más valioso, para hacer patente su superioridad. A fin de destacar la dimensión competitiva inherente a estos intercambios, estos fenómenos se definen como «actuaciones agonísticas totales».

Ocurre en las carreras que podemos ver a algunos ciclistas «dando espectáculo», atacando con todo, practicando lo que uno de mis directores deportivos en amateurs llamaba, con tono de reprobación, el «ciclismo viva la virgen[31]». Esto va en detrimento del resultado porque para conseguirlo, por lo general, debemos mantener la calma, imbuirnos de sangre fría y ser quirúrgicos en los ataques. La victoria, sin embargo, puede no ser objetivo final; para algunos es más importante demostrar que uno es fuerte, exhibir su poder. Comparable al potlach evocado por Mauss, la finalidad de

estos ataques sin sentido sería señalar que estás dispuesto a dejarte todas las fuerzas en la ruta, porque tienes muchas. Esto es el panaché: pelear tan bien que todo sea como si hubiéramos ganado…

En otras ocasiones atacamos no para dar espectáculo ni para quedarnos solos en cabeza, sino simplemente para testar a nuestro adversario. De nuevo, se trata de disponer de una ventaja psicológica. Damos algo de nosotros mismos para que la otra persona revele lo que puede dar a cambio: ¿será capaz de seguirme? ¿Intentará contrarrestar? Pagamos para ver.

Este sistema de dar/recibir en rivalidades siempre subyacentes puede extenderse al conjunto de la sociedad. El propio Mauss establece esta extensión en las últimas páginas de su ensayo, al adivinar formas de potlach en nuestras sociedades occidentales. Por ejemplo, el saludo de cortesía, ese «buenos días» que, más que expresión de amistad cálida y sincera, puede analizarse como deseo de control, de coacción impuesta al interlocutor: una vez recibido el saludo, la respuesta es esperada, obligatoria. De la misma manera no podemos imaginar una Navidad en la que recibamos regalos sin dar alguno.

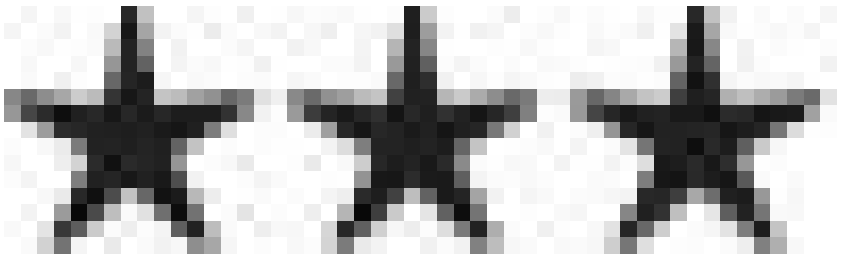
Es este imperativo de reciprocidad, y la imposibilidad en que a veces se encuentran algunas personas para satisfacerlo, lo que explica que la caridad pueda ser molesta para el receptor. El sentimiento de vergüenza aparece, en ocasiones, sobre los beneficiarios de diferentes programas de solidaridad. Me han dado, tengo que dar, incluso más de lo que recibí. Pero mi posición de pobreza (la misma razón por la que se me ha dado algo) significa que no puedo devolver. Por tanto estoy atrapado, prisionero de mi posición social. Mi inferioridad es confirmada por la misma cosa que, se supone, me eleva.

El acto profundamente social de dar no es, pues, expresión de una individualidad que se olvida de sí misma, sino, por el contrario, herramienta de poder, arma que crea una red de interdependencias. Se inscribe en un sistema de dominación, en un juego de fuerza destinado a la valorización propia.

¿Por qué nos sentimos obligados a devolver? ¿Qué tiene el objeto

regalado para imponer un retorno? Mauss escribe: «lo que, en el presente recibido, intercambiado, obliga es que la cosa recibida no sea inerte. Incluso cuando es abandonado por el donador, sigue siendo una cosa suya». Este «una cosa» es el «hau», el «espíritu de las cosas», que nunca deja de pertenecer a su propietario primero. Desde nuestra perspectiva, el hau es la individualidad, que por definición no puede ser compartida, no puede fundirse en lo común sin destruirse. En consecuencia, en sentido estricto, el humano no se da a sí mismo jamás; se presta con miras a…

Esto es lo que hizo LeMond en 1985. Al año siguiente, Hinault no tuvo más remedio que devolver su préstamo.



A veces, sin embargo, las promesas no se cumplen. Cuando la tensión se exacerba el poder del individuo aparece, en bruto. La llamada egoísta surge de manera clamorosa. Sobre una bici, en situaciones críticas, cuando la integridad física se ve amenazada, tanto si eres gregario como líder, los ideales de sacrificio y abnegación se dejan de lado en nombre del «sálvese quien pueda». En caso de caída o condiciones climáticas extremas, el discurso reflexivo deja paso al instinto, el ego resurge y se desborda. Queremos, por encima de todo, salvarnos.

Recuerdo mi primera Lieja-Bastoña-Lieja, disputada en 2016, cuando aún estaba descubriendo el mundo profesional. El tiempo era atroz: durante todo el día (es decir, durante siete horas y doscientos sesenta kilómetros) basculamos entre los cero y los cinco grados, entre la lluvia y los chubascos de nieve. Mi equipo tenía un líder designado capaz de ganar la carrera. En la reunión previa, mi papel, así como el de mis compañeros, estaba claro: protegerlo el mayor tiempo posible, acompañarlo si tenía que parar por cualquier

motivo, ponerlo, en definitiva, en la mejor posición posible antes de la llegada. Sobre el papel, todos estábamos de acuerdo en llevar a cabo esta misión. Solo que, en el terreno, tras varias horas de esfuerzo y una nueva nevada, estas buenas intenciones se hicieron añicos. Nuestro líder se detuvo, muerto de frío, para ponerse ropa seca. Congelados, ya no pensábamos esperarle para devolverlo al pelotón. Estábamos fuera de carrera, literalmente sordos a las instrucciones de nuestros directores deportivos

queríamos salvar el pellejo, terminar lo antes posible, no detenernos al borde de la carretera, en algún lugar de las Ardenas belgas, con el riesgo de enfriarnos aún más. Nadie en el equipo nos culpó: todos sabían muy bien, por experiencia, que en estos casos no tiene sentido intentar razonar con los instintos de supervivencia.

Otro tipo de instinto está particularmente bien afinado en el deporte: el instinto de ganar. Si surge una situación de carrera imprevista que ofrece a un gregario, a un «aguador», oportunidad para jugar sus cartas, la tentación de «traicionar» al líder puede ser grande. Hay muchos ejemplos de infidelidad a la jerarquía en la historia del ciclismo. Uno de los más famosos tuvo lugar durante los Campeonatos del Mundo de 1963 en Ronse, cuando un casi desconocido Benoni Beheyt optó por hacer su propio esprint y ganó, pese a haber prometido ponerse al servicio de su compatriota, la estrella Rik Van Looy. La llamada de la victoria fue más fuerte que las grandes promesas. El caso fue polémico. En los años siguientes, Van Looy hizo todo lo posible para dañar la carrera de Beheyt. Beheyt se retiró finalmente unos años más tarde, a la edad de veintiséis. El peso de su perjurio era ciertamente demasiado grande como para soportarlo.

Pero estas pulsiones egoístas, raramente reveladas y sin embargo siempre activas, ¿son acaso solo una prerrogativa de atletas narcisistas desconectados de la humanidad? El altruismo puro, el de verdad, existiría en la vida real, lejos de este mundo de monstruos desalmados que son las competiciones deportivas. También en el amor filial: un padre está dispuesto a entregar su propia vida antes que la de su hijo. El sacrificio y la desindividualización son lo máximo aquí, ponerse en riesgo de morir para que otro viva. Habría que ser muy cínico para ver esto como un comportamiento egoísta

disfrazado…

Y sin embargo, ¿hay un acto más egocéntrico que el traer un bebé al mundo? Muchos padres reconocen que su familia, y sus hijos en particular, es lo que da sentido a sus vidas. Dar a luz es comprometer la propia existencia en una dirección. También es decir: tengo derecho a la vida. Y estos sentimientos (esta búsqueda de sentido y esta voluntad de afirmar el propio poder) pueden ser tan fuertes que justifiquen sacrificar nuestra propia existencia a ellos, permitiendo así, sin contradicción, que estemos dispuestos a morir para que nuestra vida tenga una razón de ser.

El hecho es que a través del otro nos preocupamos principalmente por nosotros mismos, de modo que el valor supremo que otorgamos a nuestros hijos sigue siendo un valor para nosotros.

De nuevo, estas realidades parentales no reconocidas son algo del todo natural; lo que atestiguan (a saber, nuestro egoísmo profundo, insuperable, por encima de todos nuestros más bellos sentimientos de abnegación) no es en absoluto condenable. Por supuesto, una ética tendrá que intervenir en etapa posterior para enmarcar nuestro comportamiento en un mundo de interrelaciones, en una sociedad donde necesariamente debemos participar. Pero, a estas alturas, no es inhumano ni insensato preferir la propia vida a la de mi descendencia.

Esta es la lectura que podemos extraer del mito de Medea, la heroína griega que llegó a matar a sus hijos por desilusión amorosa, después de que Jasón la rechazara. ¿Medea estaba loca? No lo creo, más bien era símbolo de individualidad absoluta. La hechicera no estaba loca, sino que era simplemente humana, demasiado humana, y es precisamente por esto por lo que debe sufrir condena. No por ser culpable de un crimen contra su especie, sino por ser incapaz de contener su devoradora y apasionada humanidad.

La evocación de este mito resuena en mí con un acontecimiento significativo de mi infancia: el visionado por televisión, cuando tenía unos diez años, de un documental ficcionado sobre Hiroshima después de la bomba, donde se veía cómo una madre japonesa, entre lágrimas, abandonaba a su bebé atrapado por los escombros de un mundo en llamas, impotente ante una alternativa imposible:

rescatar a su hijo y morir o abandonarlo y sobrevivir. Esta escena es, por supuesto, muy diferente a la del mito de Medea, ya que por un lado el personaje es responsable y por otro es víctima. Sin embargo, lo que me reveló, más allá del impacto inmediato de las imágenes, es una naturaleza análoga. Se trata de lo que todo niño descubre un día: que los adultos, nuestros padres en particular, tienen defectos, que no son dioses sino seres vivos con sentimientos y resentimientos, deseos y debilidades, seres capaces de abandonarte o, menos grave, de olvidarte en medio de un acto social mientras tú te aburres y ellos se ocupan de brillar en sociedad.

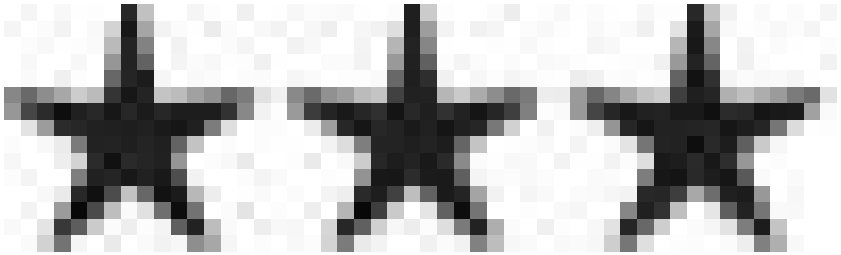
La tensión de esta japonesa, desgarrada entre el amor sincero y absoluto por su bebé y el imperativo de vivir, simboliza de manera paroxística la tensión que todos experimentamos entre una aspiración constante hacia el otro (que puede llegar hasta el deseo de fusión) y el instinto de preservación de uno mismo. Resulta chocante, por supuesto, que en situaciones extremas sea esta última quien se imponga. Es incluso dramático: luchamos contra una realidad con la que hemos nacido y no podemos cambiar. De ahí nuestra impotencia fundamental, de ahí la culpabilidad irresoluble.

La naturaleza dicta que sobrevivamos y la moral nos ordena salvar a nuestros semejantes. Este doble mandamiento, que exige, ni más ni menos, mantener unido lo individual y lo colectivo, se cumple afortunadamente en la mayoría de los momentos de nuestra existencia sin que nos demos cuenta de que puede suponer un problema. En casos extremos como los que hemos descrito, sin embargo, torna imposible de mantener (prueba de que el espíritu de sacrificio, en sentido último, es secundario al instinto de salvaguarda).

Incluso si alguien llegara a morir para salvar la vida de un ser querido, para defender unos valores o una cultura que aprecia mucho, sería un acto heroico, pero no humano. El individuo, impulsado por un poder superior de la vida, se mata en nombre de ese mismo poder: ¡escándalo! Es cuando Medea se suicida que se vuelve inhumana…

La incoherencia es trágica, inconcebible. Por eso se necesitan poetas para sacarla a la luz. Aquiles, héroe arquetípico, figura central y

dominante de la Ilíada, admite después de su muerte, desde el Hades donde vegeta, que se arrepiente de haber muerto en aras de los honores, diciendo que preferiría «vivir y servir a un pobre campesino en el mundo de los vivos que gobernar sobre todos los muertos que ya no existen[32]». Admite que el sacrificio fue insensato. Solo los dioses pueden entregarse enteramente a la vida de los demás. Los humanos, en cambio, están condenados a privilegiarse ellos mismos.



En el día a día soy educado y reservado. Incluso puedo decir que tengo valores, o al menos una cierta idea de lo que es una vida decente. Si veo a alguien en apuros con una bolsa grande, me ofrezco a ayudar. Si solo queda un pastelito en la bandeja, me abstengo de sucumbir.

Resumiendo, podríamos decir que tengo una moral.

En el pelotón soy, generalmente, igual de cortés. Las carreras son largas, con muchos tiempos muertos. La resolución deportiva está lo suficientemente lejos como para que podamos charlar entre adversarios de todo, de nada e incluso no gran cosa. Un corredor intenta subir para llevar agua a sus compañeros de equipo… Cuando le oigo gritar «¡service!» (sea francés o no, uno de esos pequeños acuerdos tácitos que rigen nuestra vida cotidiana) me aparto inmediatamente para dejarlo pasar. Si me sobran barritas energéticas o geles en la bolsa después del avituallamiento, se los ofrezco a quien esté cerca de mí, en lugar de tirarlos a la zona de residuos prevista por la organización. En resumen, actúo de forma altamente respetable.

Cuando llega el momento de la confrontación, por contra, cuando el

ritmo se acelera y la meta se acerca, me transformo. La moral y la decencia se callan, redescubro mi animalidad original. No cuenta nadie más que yo.

*«¡Service!*

—Demasiado tarde, amigo. La carrera se ha lanzado, ahora se compite por la posición».

Y, así, tiro de codos hasta la parte delantera del pelotón, todo contra las mismas personas con quienes había estado charlando amigablemente solo un momento antes. Ya no paso los geles. El azúcar se ha convertido, de repente, en un bien preciado, un tesoro de energía a conservar. Revelados por la confrontación atlética, los instintos primarios salen a la luz.

Lo que el deporte nos permite demostrar es que no somos diferentes de nuestros antepasados prehistóricos, tampoco distintos a otros animales, ni a los seres vegetales. Somos materia que busca desarrollarse. Esta imperiosa preferencia individual, que resiste los dictados[33] del colectivo, es más fuerte que el amor que podamos tener a no importa qué individuo. Está inscrita en nuestros genes, en los de cualquier organismo.

Este fue el tema de un libro publicado en los años 70 que causó gran revuelo: El gen egoísta, de Richard Dawkins[34]. La tesis de este libro era que los genes que se destacan e imponen en los organismos son los que sirven a sus propios intereses.

El autor seguía los pasos de Darwin[35], para quien los seres vivos están inmersos en una lucha por la existencia que vendrá a resolverse mediante la selección natural. La vida es un combate cuyo ganador será quien mejor se adapte a entorno y reglas triunfando sobre sus competidores. El vocabulario deportivo utilizado aquí no es un recurso retórico: es el mismo que utiliza Darwin en El origen de las especies (sobre todo al hablar de la selección sexual).

La justa atlética, que devuelve a cada uno hasta su brutal animalidad, está inscrita en la continuidad de un estado biológico. Aunque desde fuera el pelotón pueda aparecer como un bloque sin

fisuras, una corporación, y los equipos entidades indivisibles, a la imagen de sociedades o naciones que uno soñaría unidas, la tensión del esfuerzo y el imperativo de la victoria pronto revelan el poder de las aspiraciones individuales. De hecho, los intentos de asociación que agitan el grupo (a través de los sindicatos, principalmente) resultan a menudo endebles. Durante la primera etapa del Tour de Francia 2020, en Niza, cuando la mayoría de los corredores acordaron neutralizar una carrera que se había vuelto demasiado peligrosa debido al firme deslizante[36], el equipo Astana decidió atacar cuesta abajo para aprovechar la situación. Unas semanas más tarde, esta vez en el Giro de Italia, la decimonovena etapa, que debía tener doscientos cincuenta kilómetros bajo la lluvia, fue amputada en más de la mitad de su distancia original debido a una huelga en el pelotón. Pero no hubo consenso: cuatro equipos (aquellos que precisamente tenían interés en hacer la prueba lo más dura posible para desgastar a sus adversarios) querían mantener el recorrido previsto. Finalmente, en la Vuelta a España de ese mismo año, un movimiento de protesta tras un error de los comisarios la víspera retrasó la salida varios minutos. En las imágenes, los corredores podían aparecer como una entidad unida. Estuve allí y puedo decir que, desde dentro, las opiniones sobre qué medidas tomar distaban mucho de ser unánimes, incluso dentro de cada equipo, dependiendo de las motivaciones profundas de cada uno.

La idea de una naturaleza egoísta del hombre y los seres vivos, que parecen confirmar estos ejemplos deportivos corroborando teorías de Darwin y más tarde de Dawkins, fue sin embargo criticada por el hecho de que cada día en el mundo humano, como en el resto del mundo animal, se observan comportamientos puramente altruistas. Darwin lo reconoció. Era una fuerte objeción a su teoría, concebida como lucha feroz por la vida. Respondió explicando que la selección natural podía aplicarse no solo a nivel individual, sino también desde un punto de vista grupal: las especies con un mayor nivel de cooperación tenían más posibilidades de sobrevivir, aunque ello suponga «sacrificar» a algunos de sus miembros (como las abejas que se condenan dejando su aguijón en el enemigo).

Más tarde, en 1964, el biólogo inglés William Hamilton[37] retomó la cuestión, invocando esta vez la «selección de parentesco»: si los

individuos se vuelcan en sus parientes es porque así promueven la perpetuación de genes cercanos a los suyos. Incluso de forma indirecta, defenderían así sus intereses.

Estas teorías («egoísmo» de los genes, «selección de grupo», «selección de parentesco») se siguen discutiendo a día de hoy. A menudo se les critica un enfoque demasiado biologicista, y también por no tener suficientemente en cuenta factores culturales (el imperativo social de la reciprocidad, la importancia de la reputación). Algunos van más allá y reclaman un cambio de paradigma: el comportamiento altruista no debe estar vinculado a ningún deseo oculto. Es, por el contrario, lo natural. El egoísmo se presenta como construcción ideológica destinada a encontrar un fundamento para la doctrina capitalista. Esta corriente se conoce en nuestros días con el nombre de «convivencialismo[38]». Su objetivo es defender una sociedad basada en nociones de reparto y ayuda mutua, donde la cooperación es la norma.

Pero este debate (consistente en preguntarse si los seres humanos son egoístas o altruistas), ¿tiene realmente razón de ser? Aquello que revelan los ejemplos de ciclismo mencionados anteriormente es que si el individuo tiende a privilegiarse no puede hacerlo más que a través del grupo. Frente al resto del pelotón, organizadores o jueces, la voz de uno o unos pocos corredores en solitario es inaudible. Un ataque no preparado y concertado es fracaso casi seguro. Una huelga no tiene peso más que si arrastra un amplio seguimiento, lo que coloca a quienes se oponen a ella en posición de debilidad, sin otra opción que dejarse dictar su voluntad.

En una competición, por principio, el atleta busca sobre todo brillar, ganar. Es, en este sentido, fundamentalmente egoísta. Sin embargo nunca puede triunfar solo, a fortiori en una disciplina como el ciclismo de carretera, con casi doscientos concurrentes en la salida y pruebas de larga duración, donde las consideraciones aerodinámicas y el ir a rueda son primordiales. Un ciclista en medio de un pelotón puede gastar hasta un sesenta y seis por ciento menos de energía que uno escapado en solitario. Es fácil entender por qué es imposible que este último resista a un grupo organizado durante toda una etapa.

Los corredores deben buscar la colaboración entre ellos, y eso

explica la organización en equipos. Luego deben formar alianzas con adversarios en torno a intereses compartidos. Nunca podría haber alcanzado el éxito que tengo hoy si no hubiera tenido compañeros de equipo que me apoyaran. Nunca habría ganado una sola carrera si no hubiese sabido aprovecharme del trabajo de mis competidores. En 2019, por ejemplo, gané una etapa del Giro de Sicilia, en la cima del Monte Etna, aunque probablemente no era el más fuerte ese día. Pero estuve bien apoyado, mis compañeros me protegieron perfectamente durante toda la jornada, endurecieron la carrera en el momento justo, y luego, durante parte de la subida final, fui lo suficientemente listo como para economizar a rueda del líder de la clasificación general que defendía su maillot, antes de atacar en los últimos cientos de metros para ganar. Había entendido y puesto en práctica perfectamente esa idea que dice que si ser el primero es finalidad evidente de un deportista, resulta también fundamental que sepa integrarse en un pelotón, formado por compañeros y adversarios que le conducen hasta las cimas anheladas.

No resulta diferente dentro del seno de la sociedad en general. No tiene sentido oponer ambiciones individuales a la necesidad de cooperación. Sin embargo, el vínculo parece problemático hoy. Se coloca al individuo en un pedestal, al tiempo que se construye un mundo en red, donde todos deben encajar sin hacer ruido. Alabamos lo colectivo, mientras se permite a cada uno disfrutar de sus pequeños placeres. Existe una contradicción interna: no podemos reconocer al mismo tiempo el derecho de una persona a afirmarse y pedir que se vincule a un sistema que la niega.

La vida y la seguridad nunca han sido bienes supremos. Devinieron en ello poco a poco, desde que la razón gobierna la Historia, desde que los imperativos de control y dominio han sustituido al instinto. Si el deporte se ha desarrollado en nuestra época, es porque resulta el último salvavidas de la animalidad, el último aliento de un mundo robotizado donde el cuerpo y su locura son asfixiados bajo la eficacia de los algoritmos.

Para superar esta alternativa estéril entre egoísmo y altruismo hay que abordar con decisión el campo de la biología, algo que el deporte permite: en el ámbito atlético no es la supervivencia lo que

buscamos, no se trata de llegar al final del juego sin riesgo… no, el poder es lo motriz. La sed de victoria es una sed de afirmación: uno quiere ser primero para probarse a sí mismo, y esto solo es posible mediante la asociación con otros.

[16]Louis-Ferdinand Céline (1894-1961) fue un novelista francés. Su obra más conocida es Viaje al fin de la noche. Antisemita y colaboracionista, es figura polémica dentro de las letras galas. N. del T.

[17]Grand Prix de l´Abnégation, en el original. N. del T.

[18]Baruch Spinoza (1632-1677), filósofo neerlandés, uno de los principales representantes del racionalismo. N. del T.

[19]Durante los Juegos Olímpicos de Invierno de 2018 en Pieonchang, el esquiador Mathieu Faivre (quinto de la prueba de Gigante) fue interrogado por un periodista sobre la buena labor colectiva de los franceses (cuatro entre los diez primeros). Aturdido en su decepción, respondió que «no tenía nada que decir», que ese era «el último de sus problemas» y que corría ante todo por «su manzana». Quizás las palabras carecían de tacto y delicadeza, pero no eran insultantes. Sin embargo, le valieron al esquiador su lugar en la prueba por equipos que debía celebrarse al final de la competición.

[20]«Vivre-ensemble», en el original, que es también una película dirigida y protagonizada por Anna Karina. N. del T.

[21]Pierre de Coubertin, Revue Olympique, 1910, «Le sport et la morale».

[22]Según el título de unos de los libros de Coubertain: Leçons de gymnastique utilitaire, Librairie Payot & Cia, 1916.

[23]Pierre de Coubertin, Pédagogie sportive, Les Éditions G. Crès et Cia, 1922.

[24]Guillaume utiliza la expresión «stage». N. del T.

[25]René Descartes (1596-1650), filósofo francés, padre del cartesianismo y, en general, uno de los pensadores más influyentes de la Edad Moderna. N. del T.

[26]Capturado a trescientos metros de la meta por el pelotón, acabé esa prueba en el 98° lugar.

[27]Émile ou De l'éducation, 1762.

[28]Jean Jacques Rousseau (1712-1778), filósofo helvético, uno de los creadores del concepto «Contrato Social». N. del T.

[29]Conséquentialiste, en el original. N. del T.

[30]Marcel Mauss (1876-1950), antropólogo y sociólogo francés. N. del T.

[31]Hourra cyclisme en el original. N. del T.

[32]Homero, Odisea, Canto 11. En castellano la expresión ha quedado en cliché como «preferiría ser esclavo en la tierra que no rey en el Hades». N. del T.

[33]Diktats, en el original. N. del T.

[34]Richard Dawkins (1941), biólogo evolutivo, etnólogo y zoólogo. Es muy conocido por sus obras de divulgación científica. N. del T.

[35]Charles Darwin (1809-1882), naturalista británico, padre de la Teoría de la Evolución. N. del T.

[36]Martin usa la expresión savonneuse, que se puede traducir por jabonoso. N. del T.

[37]William Donald Hamilton (1936-2000), biólogo evolutivo británico, uno de los más destacados del siglo XX. N. del T.

[38]También «convivialismo». N. del T.

# MITAD DE ETAPA - EL PELOTÓN CONTROLA

«La sociedad es tan inevitable como la muerte»

**Han Ryner**[39]

Aunque el individuo sigue siendo lo primero, no existe sin esa estructura de la que no puede desligarse. Por muy insoportable y absurda que sea la vida en colectividad, es impensable imaginarse aislado de ella.

A veces, cuando me siento decepcionado después de una carrera, sueño con un ciclismo sin estrategias de equipo, un deporte totalmente individual donde ya no se utilicen tácticas colectivas. Aun sueño con un ciclismo sin pelotón, donde los competidores serían virtuales, simples X racionales con acciones calculables y predecibles. ¡Cuánto más claro sería todo!

Todo corredor algún día se ha dicho, inevitablemente, que este entorno era estúpido, que el pelotón no obedece a ninguna regla lógica, que sería mejor practicar su deporte en su esquinita y no dentro de equipos que trituran, en el corazón de un sistema que te hunde (sentimientos sin duda compartidos en nuestros días por un buen número de empleados de grandes empresas). Molestos por la estupidez de nuestros semejantes, fantaseamos con el refugio de una isla desierta o la vida solitaria en el bosque. El infierno, por supuesto, son los otros.

La particularidad del ciclismo, además, es que nos lleva a evolucionar en comunidad durante periodos muy largos. Paso entre doscientos y doscientos cincuenta días al año fuera de casa, en colectividad, ya sea por competiciones, concentraciones de entrenamiento o compromisos publicitarios. Duermo más a menudo en hoteles con mis compañeros de habitación que en casa con mi

pareja. Cuando se acerca el Tour de Francia los viajes son muy intensos, con toda la preparación y los reconocimientos de etapas que el evento requiere. Tanto que durante casi tres meses apenas veo mi casa y a los míos. ¿No es extraño vivir en un entorno tan cerrado, en un universo esencialmente masculino, durante períodos de tiempo tan largos[40]?

Aunque la cohesión entre los corredores es generalmente buena, esta vida en la que siempre estás integrado en el grupo sin tener ningún verdadero momento «off», ningún tiempo para ti mismo (es muy raro que estemos en habitaciones individuales), puede ser opresiva. Pueden surgir tensiones entre nosotros o entre los miembros del staff. En este tipo de situaciones, cuando la sensación de asfixia conduce a la explosión, es tentación grande culpar de todo a esos compañeros de viaje que no pudimos elegir o tirarlo todo por la borda, abandonar el grupo de la noche a la mañana para encontrar un poco de normalidad.

Entonces llega el momento de la reflexión, cuando nos preguntamos cómo sería el mundo sin los demás, si la vida no sería triste sin compañeros y adversarios. Estaríamos solos, y la «normalidad» sería imposible. Necesitamos a alguien para «dictar la norma», alguien a quien referirse, alguien a quien confrontar. Nuestros equipos, nuestras empresas, la sociedad, el pelotón… pueden ser odiosos, pero simplemente no existiríamos sin ellos.

Los seres vivos, aunque sean únicos y estén aislados, no por ello dejan de estar en interacción, en interrelación. No pueden crecer independientemente los unos de los otros. Por muy fuerte que sea el deseo de retirarse, por muy fuerte que sea nuestra resistencia al mundo exterior, se doblegan ante la obligación de conectar.

La biología muestra claramente lo esencial que es la asociación para los seres vivos. Los sistemas reproductivos de los animales, pero también de las plantas, son difícilmente concebibles sin alteridad, tanto si esta se basa en la relación directa hembra/macho como si consiste en la inclusión en una red mutuamente beneficiosa, como las abejas que transportan pistilos de una flor hasta otra y participan así en un proceso de fecundación. Por doquier son desarrolladas interdependencias entre individuos de la misma especie e incluso entre especies complementarias. El ejemplo del

hormiguero es sin duda uno de los más conocidos. En esta sociedad archijerarquizada el individuo sigue existiendo; solo que su desarrollo no es posible más que gracias a su integración en un sistema que le beneficia de alguna manera.

Los humanos no son una excepción a esta regla de la naturaleza que impone el paso a la vida en sociedad. Formulación impropia, cierto: no se puede hablar de «paso», ya que la vida a través del grupo ha sido una necesidad desde que el humano es humano. Hemos malinterpretado a los teóricos del contrato social de los siglos XVII y XVIII, y ese «estado de naturaleza» que ellos referían. La obra de Rousseau, en particular, se presenta a menudo como nostalgia ciega de un Edén perdido, establecido en tiempos arcaicos, cuando todos vivían en armonía. Sin embargo, el filósofo nunca afirma que ese mundo haya podido tener existencia concreta. Por el contrario, construye un experimento mental con el objetivo de resaltar las carencias de nuestras organizaciones humanas modernas, es decir, el estado civil, el Estado que se estructura fundado por el famoso contrato social especulativo al que no podemos sino suscribirnos, en la medida en que es fondo implícito de nuestra existencia[41].

Nunca hubo un Tour de Francia sin pelotón. Incluso en los tiempos gloriosos del ciclismo, a principios del siglo XX, cuando las etapas tenían más de trescientos kilómetros cada una y las diferencias entre ciclistas se contaban en cuartos de hora, el evento era un acontecimiento colectivo que reunía atletas, público, periodistas y organizadores en torno a una misma pasión. El famoso artículo de Albert Londres sobre los «forçats de la route[42]», tras la retirada de los hermanos Pélissier del Tour de 1924, da fe de ello. El 27 de junio, durante la etapa Cherburgo-Brest, el reportero especial del Petit Parisien escuchó un rumor entre los espectadores: Henri Pélissier, ganador de la prueba el año anterior, así como su hermano Francis y un hombre llamado Maurice Ville, habían abandonado la carrera. Desgastados por los absurdos del reglamento y el «calvario» cada vez más infernal que preparan año tras año los responsables de la carrera, los tres hombres se detienen en Coutances. En el Café de la gare se recuperan frente a un chocolate caliente, rodeados por una multitud de curiosos que había acudido a ver el acontecimiento. Albert Londres, que se apresuró en llegar al sitio, se abrió paso entre la multitud para una de esas

entrevistas que crearían el mito del Tour de Francia. Unos instantes y todo un ecosistema surgió: corredores, aficionados, organizadores… cada uno tenía su propia visión de la prueba, entre el espíritu de camaradería, la glorificación de una epopeya moderna y la intransigencia institucional. Aunque estos puntos de vista sean a veces opuestos, es innegable que todos están articulados en torno a una odisea común, en torno a ese gran hecho social que es el Tour.

«Uno se acostumbra a todo, basta con seguir el Tour de Francia para que la locura parezca un estado de naturaleza», escribía Albert Londres, que sin duda había leído a Rousseau, quien en su tiempo reclamaba la creación de un nuevo contrato social más respetuoso con nuestros instintos fundamentales, donde estos no se vieran alterados por un estado civil que fuese vector de discordia. ¿Y si la «gran misa de julio[43]» actualizara esta ambición? Sin duda deberíamos imaginar un «nuevo contrato atlético», donde el arbitraje fuera menos vertical, donde los deportistas dejaran hablar a su sentido común y se convirtieran en actores del proyecto.

Para Rousseau los seres humanos estarían inclinados espontáneamente a llevarse bien, si no fuera por la sociedad que los pervierte. Somos numerosos quienes hoy en día nos sentimos conmovidos por los excesos de nuestro mundo y reclamamos un estilo de vida decreciente. En el deporte está claro que el dinero, las trampas y el fanatismo están exageradamente extendidos, en contra del espíritu original de la práctica. Resulta necesario repensar, por tanto, nuestra manera de vivir juntos, sin prohibirnos formar una sociedad, pues ello es imposible.

En este punto las cosas son aún más claras en Hobbes[44], quien, antes que Rousseau y al contrario que él, postuló que los humanos, en su «estado de naturaleza», son individuos aislados dispuestos a hacer cualquier cosa para asegurar su único fin: la supervivencia. En esta ocasión el británico consideró la discordia como el estado original[45], y el estado civil tiene precisamente por objetivo el garantizar paz y seguridad entre los ciudadanos, que se someten a sabiendas a un poder fuerte y violento a cambio de la garantía de su protección. Así, aunque el individuo siga siendo lo primero (y, más aún, porque el individuo es lo primero), la vida en sociedad es

necesaria para encontrar una forma de tranquilidad, y escapar de la situación de guerra todos contra todos inducida por el aislamiento inicial de cada uno.

También en este caso la resonancia con el ciclismo es fuerte. Imaginemos una carrera donde cada uno sea libre de hacer lo que desee sin órdenes de equipo. ¿Cuál sería el resultado? Una sucesión de ataques desorganizados y faltos de efectividad, un simple juego de fuerza que al final resulta bastante repetitivo y, sin duda, caídas más numerosas debido a la entrega total de cada corredor. Especialmente la presión ligada al riesgo de fracaso sería casi constante para los ciclistas, que ya no podrían confiar en compañeros de equipo para relajarse por unos momentos. La vigilancia (para no caer, o para no fallar en el movimiento bueno) debería ser permanente. En resumen, la situación sería insostenible y se impondría automáticamente la necesidad de reagruparse con unos pocos para maximizar posibilidades de éxito y reducir el peligro.

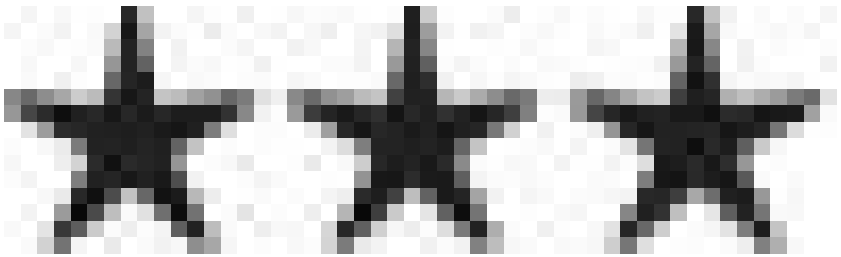
Los hermanos Pélissier estaban molestos porque los organizadores del Tour, ocupados en crear una nueva mitología heroica, no tuvieran más corazón, que no tomaran medida del desafío físico sobrehumano que representaba la prueba. Se quejaban de que se les prohibía llevar dos maillots si tenían frío, o quitarse la ropa en tiempo de canícula. Explicaron que rodaban gracias a «la dinamita», que solo podían aguantar con «pomadas» y «pastillas». No cuestionaron, sin embargo, la existencia de la carrera, ni la necesidad de árbitros. Al año siguiente volvieron al Tour. El ciclismo era su pan de cada día. Sabían que sin una institución que le diera valor, su práctica no tenía sentido.

Lo vemos con Hobbes y Rousseau, pero también gracias a lo que el deporte nos enseña: el individuo no puede prosperar como tal sin una unión serena y segura con sus congéneres, la sociedad es un hecho al que los humanos estamos intrínsecamente ligados y del que razonablemente no nos podemos separar. La Naturaleza, entidad pura, virgen y olvidada con la que deberíamos fundirnos para una relación directa entre nosotros y el cosmos, simplemente no existe.

Ciertamente la humanidad ha conocido tentativas extremas y

radicales de asocialización, como esos ermitaños que optan por llevar una vida solitaria durante años, a veces hasta su muerte, en un deseo de volver a sus raíces, de reencontrar una naturalidad perdida. Pero ese enfoque es un engaño que uno mismo se empuja a creer. Querer desprenderse del mundo implica reconocer que hay uno. Aislarse de la sociedad es, paradójicamente, integrarse en ella, de modo que, por naturaleza, somos prisioneros del grupo, prisioneros de la cultura.

Una isla desierta es un lugar de deshumanización, una carrera ciclista sin pelotón ya no es relevante. El sueño se ha roto a la vez que el marco. No hay más reglas de juego, incluso ilógicas, incluso arbitrarias, y la partida acaba.



Estamos en la decimonovena etapa del Tour. El día anterior terminé muy atrás, porque estoy agotado, es mi primer Tour y mi cuerpo no está acostumbrado a recurrir a sus reservas durante tanto tiempo. Estaba extenuado, también frustrado. Así que ese día, en cuanto bajó la bandera, me lancé a la batalla con unas fuerzas que no tenía. Ataqué solo, en llano, estúpidamente. Oh, no es un sueño de aislamiento, no es que el pelotón me exaspere. Soy muy consciente de que es mi razón de ser como ciclista. Pero ya no soporto este ritmo incómodo, siempre demasiado rápido para mí. Quiero marcar el ritmo yo mismo, ser martillo y no clavo.

El ciclista únicamente tiene un deseo: escapar del grupo. Pero si lo hace demasiado pronto o en solitario, el pelotón lo alcanzará muy rápidamente. Es una batalla perdida. Por tanto, el interés individual consiste en aprovechar la vida en colectividad para su propio bien, mezclarse con la masa tratando de convertir la fuerza en su ventaja. Para triunfar sobre el pelotón tienes que integrarte, entender sus

movimientos y desviarlos de su dirección.

A los veintitrés años no tenía, desgraciadamente, la experiencia necesaria para aplicar esa sabiduría. Estuve luchando durante algún rato delante del grupo principal sin éxito, hasta que el viento y un falso llano descendente me devolvieron a la razón (es decir, al seno del grupo). Experimenté lo que llamamos «ataque bumerán», me atraparon tan rápido como me había fugado. Cayendo rápidamente a las últimas posiciones, pasé como un cuarto de hora recuperándome de mi insensato esfuerzo. Idiota e impotente, solo podía ver desde la distancia esa escapada buena que se estaba formando. Debería haber esperado, por supuesto, localizar a unos cuantos corredores más experimentados, aprovechar su abrigo, aguardar a que se escapase un grupo de envergadura y saltar para unirme a él en el momento oportuno.

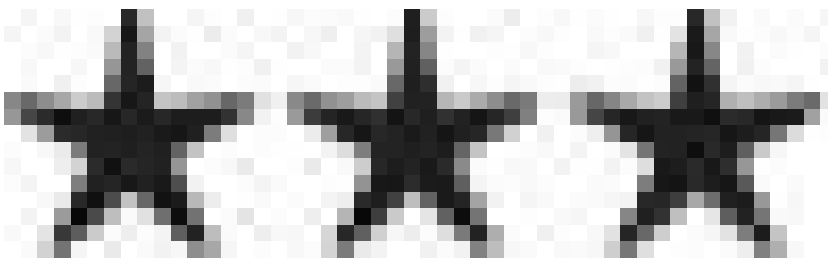
La historia humana demuestra que las revoluciones nunca son asunto de un solo hombre que se levanta contra la sociedad que le oprime. Las revueltas aisladas son inaudibles, irrisorias, ridículas. Los cambios de paradigma son aventuras colectivas a las que se puede aplicar una lectura contable: cuantos más miembros contenga o parezca contener (las apariencias son tan importantes aquí como el número exacto) el movimiento, más probabilidades tendrá de triunfar. Cuanto más grande sea la escapada, más lejos llegará. Un ciclista solo, en cambio, incluso el mejor, nunca podrá competir contra un equipo organizado, aunque esté formado por corredores medios. Si se hace un «abanico» (acción colectiva que consiste en acelerar cuando el viento viene de costado), la maniobra está bien orquestada, y las condiciones meteorológicas y topográficas son adecuadas, incluso el corredor más fuerte del pelotón no tendrá más remedio que perder comba, luchando solo contra el viento mientras los demás unen sus fuerzas para avanzar. Tal vez desarrolle el doble de potencia bruta que cada uno de los hombres del grupo de cabeza, pero ellos se protegerán mutuamente, avanzando con seguridad hacia la meta, mientras él se desgañita contra el vacío.

¿Por qué los corredores de la escapada rara vez consiguen resistir el empuje del pelotón y luchar por los laureles del vencedor? Porque no son más que unos pocos contra una jauría. ¿Por qué siempre vemos a los velocistas ganar las etapas llanas? Porque han sabido

aprovechar los esfuerzos de los demás, de sus compañeros de equipo y de sus competidores, durante todo el día, permaneciendo agazapados en el pelotón antes de irrumpir en los últimos hectómetros.

El grupo casi siempre gana, y mayores serán sus posibilidades de éxito cuanto más consistente sea. La antropología nos dice que las sociedades dominantes son aquellas que han sido capaces de crecer en número de individuos y en organización, pasando de la etapa del grupo exclusivamente familiar a la banda, luego la tribu, y finalmente el cacicazgo o el Estado.

Es a través del colectivo, por tanto, que el individuo podrá desarrollarse. ¿Cómo? Esta es la esencia del ciclismo que, como arte de aprovechar fuerzas externas, es ejemplo de lo que puede verse en el conjunto de la sociedad.



Si el hombre quiere disponer de más medios, más riqueza, o, simplemente, peso en el mundo (formas de aumentar el poder que hemos acariciado frecuentemente los humanos a lo largo de la historia), entonces debe buscar la unión, la compañía de los demás, del mayor número de ellos.

¿Cómo es que la humanidad no es mezcolanza de microcélulas dispersas? ¿Por qué no nos hemos quedado en la etapa familiar? Al fin y al cabo, esta etapa asegura el elemento esencial de nuestra vida animal: la reproducción. Antes de reproducirnos, por supuesto, debemos asegurar nuestra propia existencia. Pero pequeños grupos humanos en un entorno adecuado, bien organizados y equipados tanto en armas como en víveres, pueden satisfacer esta segunda necesidad. Algunas especies animales funcionan muy bien de esa

forma. ¿Qué es lo que nos impulsa a unirnos entre nosotros de forma cada vez mayor? Precisamente el deseo de más, lo que Nietzsche[46] llama la voluntad de poder. En la gran mayoría de los casos solo a través del colectivo podrá exprimirse esta fuerza individual. De ahí ese deseo insaciable de unirse, de formar mayoría, de integrarse en el colectivo… para sí.

La masa atrae, y atrae aún más porque es importante. En esta carrera por el grupo más numeroso y mejor organizado llega un momento en que se alcanza un efecto de umbral: una comunidad tiene tamaño suficiente como para parecer hegemónica. Entonces cada uno, que dudaba hasta ese momento entre diferentes grupos en confrontación, es empujado mecánicamente hacia el primero, reforzando su poder y despojando a sus competidores. Como en el juego del go, donde se reparte un determinado número de peones de un color y se da la vuelta a los peones del adversario, los individuos se unen de repente a los que creen que son dominantes, lo que les confiere de facto ese poder.

La política reposa sobre ese fenómeno. Varios partidos fragmentados compiten por los votos, antes de que uno de ellos tome la delantera, aunque sea por pequeño margen, y todos se le unan. Del mismo modo, a menor escala, miremos cómo circulan los rumores: basta con que un cierto número de individuos los propaguen como una epidemia para que, de repente, estén por todas partes y nadie los ignore, e incluso no haya persona que los cuestione. En la vida de un grupo, ya sea ciclista o de cualquier otra cosa, esta es una experiencia común. Si unos pocos corredores se quejan de la calidad de su material, de la rigidez de su cuadro, por ejemplo, todo el conjunto considerará de inmediato que la bicicleta es demasiado frágil, demasiado pesada, etcétera.

¿Por qué los mejores corredores del mundo se agrupan en solo dos o tres equipos, exponiéndose a una fuerte competencia interna, cuando podrían ser los reyes en una formación outsider? La importancia del dinero no lo explica todo. Lo decisivo es la atracción del poder: se busca la compañía de los mejores, de los ganadores. La psicología subyacente es que la asociación con otros talentos fortalece a cada uno, como si los valores se multiplicaran entre sí dentro de un colectivo.

Sin embargo, en los hechos, el grupo líder siempre es minoritario en comparación a todos sus competidores. La hegemonía solo es sobre el papel. Pero el papel construye la realidad. Las creencias se anclan en la realidad rápidamente, las apariencias tornan verdades. La doctrina que primero ignoramos, luego tratamos con desprecio, antes de combatirla y, finalmente, unirnos a ella por oportunismo, se convierte in fine en nuestra segunda naturaleza, un marco que ya ni siquiera cuestionamos, al igual que el sistema democrático que hemos incorporado literalmente.

Aunque se podría pensar que la concentración de los mejores en un equipo sería fuente de división, observamos imponerse con asombro a la alquimia: los éxitos se acumulan, los adversarios se desaniman, renuncian incluso a luchar. A nivel interno, ya ni siquiera es concebible que sea posible hacer un camino aparte.

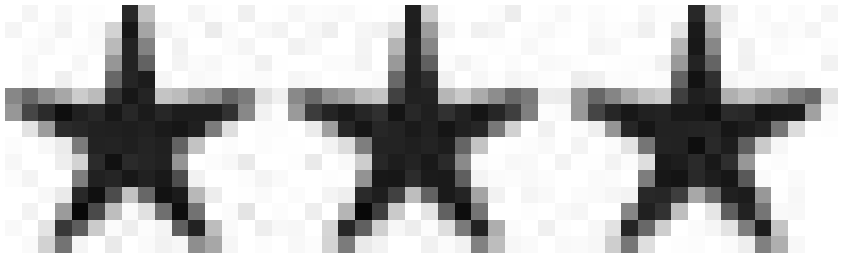
El grupo es poderoso, y este poder es exponencial. Se alimenta de sí mismo. El monstruo crece poco a poco. De repente es lo suficientemente grande como para poder metamorfosear y extenderse por todas partes, sin que nada ni nadie se le resista.

En la saturada economía del siglo XXI las empresas buscan diferenciarse, encontrar un nicho innovador e implantarse allí. En ese momento nada las hace indispensables. Son incluso frágiles y rara vez generan beneficios. Esa no es la clave. El objetivo de cualquier start-up no es ganar dinero, sino simplemente crecer, imponer su necesidad. Siempre habrá tiempo más adelante para aprovechar la hegemonía, después de que el crecimiento haya alcanzado un nivel tal que la empresa tenga suficientes recursos bajo su control como para parecer indispensable a la sociedad y silenciar a sus competidores. A partir de ahí, la apuesta está ganada. La reputación de la empresa se expande, todos desean unirse a ella (particulares que no quieren perderse sus beneficios, empresas más pequeñas que, de buena o mala gana, se ponen bajo la tutela de la mayor). Nada impide el despliegue del mastodonte, una corporación gigante capaz en su etapa suprema de rivalizar con los estados, de dictar su ley al mundo. Ante tal poder, el individuo solo puede seguir la corriente. Una rebelión es impensable, es imposible hacer oír una voz discordante cuando todos los coros suenan al unísono con un sonido que no admite contradicciones. La atracción

de los números es demasiado fuerte.

Sin embargo los grupos dominantes, ya sean empresas o equipos deportivos, acaban siendo depuestos tras un tiempo más o menos largo. ¿Cómo se explica esto si los más pequeños se unen sistemáticamente a los más fuertes, si el dominante se refuerza estructuralmente en su dominación, si el rebelde es inaudible? La mayoría de las veces la gente ni siquiera se imagina que es posible erigirse contra el sistema vigente, y les resulta fácil anidar bajo el poder absoluto estableciendo su pequeño mundo en el hueco, identificándose con el conjunto. Sin embargo, en determinados momentos de la Historia, surgen individuos extraordinarios, impulsados por un particular deseo de autoafirmación. Todos los hombres quieren poder, pero solamente algunos quieren algo que sea original, único para ellos mismos. Éstos se levantan de su ridícula individualidad y se enfrentan al grupo hegemónico como David ante Goliat. El mastodonte podría aplastarlos sin ningún esfuerzo, pero es tan grande que ni siquiera los distingue. Los adversarios aprovechan entonces su relativa invisibilidad, añaden algunos compañeros y crean poco a poco un grupo rival. En la gran mayoría de los casos este grupo es rápidamente sofocado, tan pronto como la parte dominante se da cuenta de que está siendo contestada. Pero hay casos, oh milagro, en los que la oposición consigue alcanzar tamaño suficiente para parecer seria, legítima y fuerte, atrayendo inmediatamente, como por arte de magia, a todos los individuos aún aislados, así como a muchos de los de ese monstruo que, satisfecho con su omnipotencia transformada en poder, es decir, dormido, no habrá visto que poco a poco se iba desintegrando.

La secta herética se convierte entonces en religión establecida, pisando los pies de la fe ortodoxa. La desconocida start-up se establece como empresa global, una fuerza a tener en cuenta, y arrasa con las que la precedieron. El pequeño clan humano torna nación organizada, e impone entonces su ley y su forma de pensar al viejo mundo. El modesto equipo ciclista, finalmente, llevado por un líder movilizador, se estructura, se refuerza con corredores prometedores, reinventa su deporte y, de repente, compite con la formación que había reinado durante años en el pelotón y se había dormido en los laureles del vencedor fácil.



La sociedad es un conjunto de fenómenos macrocósmicos de descomposición y recomposición en medio de los cuales el individuo navega como puede para aumentar su poder. Los corredores, los más listos al menos, buscan aprovechar al pelotón en su beneficio. Se «deshilachan», se hacen olvidar en el seno del grupo y luego se «rehilachan» de nuevo para ir a recoger los ramos de flores.

A través de estos comportamientos, que pueden calificarse de egoístas, los corredores no utilizan solo al pelotón, sino que contribuyen también a construirlo (la mayoría de las veces sin saberlo) del mismo modo que los ciudadanos, a través de sus elecciones de consumo, su forma de relacionarse con los demás y sus proyectos de vida, participan en la creación del mundo que habitan.

Así, la cuestión del vínculo entre el individuo y el colectivo es central. Personalmente, en tanto que líder de mi equipo, me interesa desde un punto de vista que podríamos calificar de gerencial: ¿debe el líder enfatizar su individualidad y ser directivo, o debe hacerse a un lado y dejar que el grupo viva libremente?

En el plano macroeconómico, la ecuación se expone de manera similar: ¿hay que dejar que los individuos actúen libremente, según sus propios intereses, y contar con que surgirá un bien para todos? ¿O el Estado, a la inversa, tiene que supervisar y guiar a los agentes del mercado? Esta alternativa siempre ha alimentado la ciencia económica y el pensamiento político, en torno a la clásica oposición entre liberales y partidarios de una forma de proteccionismo.

Los primeros consideran que la búsqueda del interés individual

conduce necesariamente al bien colectivo, con idea de que el consumo generará crecimiento, lo que beneficia a todos. Adam Smith[47] es uno de los representantes más famosos de esta escuela de pensamiento. Se le atribuye la famosa, aunque mal comprendida[48], imagen de la «mano invisible», sugiriendo que el mercado se autorregula, se mueve hacia el progreso sin la intervención de nada ni de nadie, como si un brazo manipulara y dirigiera secretamente todo el sistema. Cada persona busca maximizar su propio bien y, al hacerlo, mediante una especie de ardid que hace la economía de mercado, contribuye sin saberlo a la prosperidad del grupo incluso más que si hubiera querido ayudarla deliberadamente.

En esta perspectiva, como individuo, no parece relevante integrar a los demás en el marco reflexivo que guía la propia acción. Basta con dejarse llevar por los deseos personales. El resultado será bueno para el grupo. El deseo individual de riqueza conducirá a todos a trabajar para conseguirla. De este modo aumentará la riqueza de toda la nación. Por tanto, el individualismo asumido debe considerarse como una forma insospechada de altruismo.

Traslademos la idea al ámbito ciclista, donde se postula que a cada corredor le mueve el poderoso deseo de imponerse, de ver reconocido su talento, de brillar en el podio. ¿Qué ocurre si no se controlan estos impulsos? El atleta lo dará todo por sí mismo, sin pensar en los demás; y a veces esto le lleva a la victoria. Entonces también hará triunfar a su equipo, a su país, a sus patrocinadores. Su fama recompensará a quienes le apoyan, a esos grupos de los que forma parte.

Al ganador se le perdona todo. He conocido compañeros de equipo que han estado todo el día en cola del pelotón, esperando a sacar las castañas del fuego al final, mientras los demás hacíamos «trabajo sucio». No respetaron las instrucciones dadas en la sesión informativa previa en el autobús, y permanecieron sordos a las reprimendas de los directores en sus pinganillos. Siempre tenían una buena excusa para no participar del esfuerzo colectivo. Tales actitudes deberían haber conducido naturalmente a la no renovación de su contrato tras una o dos temporadas. Generalmente, por el contrario, son mejorados, ¡y su papel como «electrones libres» acaba siendo aprobado! Eh, sí: ganaban dos o

tres carreras al año, dando al equipo lo que más necesitaba. Mientras los éxitos estuvieran ahí no importaba cómo se consiguieran. Uno se apresura a hacer la vista gorda con los medios, siempre que haya un fin.

¿Por qué frenar las ambiciones personales? «Dejémoslos expresarse», dicen algunos directores de equipo, «que lo hagan, que cada ciclista persiga sus propios intereses. Creará una emulación. La suma contigua de talentos individuales conducirá necesariamente al bien de la formación completa». De hecho, algunos de los grandes equipos han podido operar bajo este modelo en los últimos años. El equipo Sky, en particular, ha acudido a menudo al Tour con varios líderes de alto nivel, distinguidos por una tenue jerarquía. El pedigrí de cada uno resultaba irrelevante, lo que importa es el resultado la Hora H. La selección final para la carrera se hizo en el instante final, según los resultados de las últimas carreras preparatorias. Durante las jornadas de montaña se protegía a dos o tres atletas, por si se diera el caso de que uno desfalleciera.

Había rivalidades internas, por supuesto. Aspirantes que querían probarse a sí mismos, corredores con caché que se aferraban a su estatus. Esta presión constante debe haber sido difícil de soportar para algunos desde dentro. Sin embargo, en general, la estrategia tuvo éxito, ya que en tres ocasiones el equipo consiguió colocar a dos hombres en el podio de la clasificación final.

Desde un punto de vista político, la idea es que el mundo está bien construido, y que debemos abstenernos de la tentación de interferir en este hábil engranaje. Esta doctrina de no intervención deposita una gran confianza en el individuo. Aunque reconoce la existencia de un conjunto, la necesidad de un grupo, considera que no es necesario un poder superior y organizador que cubra y ampare a sus miembros. «Ayúdate y el cielo te ayudará»…

En el deporte, probablemente, no hay que ser «demasiado amable». A veces he pecado de falta de agresividad, porque pensaba demasiado en aplicar las directrices del equipo y no lo suficiente en ganar. Perdí carreras porque no supe escuchar la llamada imperativa de la meta, porque me preocupé demasiado por el pelotón. En un final tormentoso, cuando »hay roces» y «se sacan los codos», a veces prefiero frenar y perder quince puestos antes que

arriesgarme a una caída. Otros no tienen esta reserva. A menudo son ellos quienes levantan los brazos. ¿Cómo culparles? La mayoría de las veces, de hecho, no se producen accidentes, el pelotón se desenvuelve muy bien por sí mismo, sin pensar en su organización, y la carrera es espectacular.

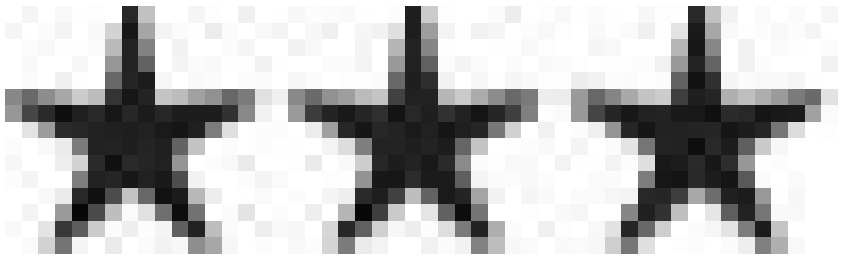
Dicho esto, probablemente se podría conseguir el mismo resultado, y de forma menos violenta, si el pelotón, en lugar de ser una manada bulliciosa e indómita, estuviera regido por ciertas normas que todos respetasen por razones éticas o por temor a una autoridad superior (el videoarbitraje, por ejemplo). Los directores de equipo, en lugar de permitir la competencia libre dentro de su equipo, podrían optar por establecer una jerarquía inicial entre los ciclistas para evitar posibles luchas internas. Se le daría a cada corredor una función específica y se le responsabilizaría de que cumpla esa función. Los «electrones libres» ya no podrían ganar carreras aprovechándose injustamente del trabajo de sus compañeros, contribuyendo así a instalar la discordia en el grupo.

En el plano opuesto a una doctrina «liberal» que hace hincapié en el individuo que triunfa, sería posible otro discurso que insistiera en la noción de victoria colectiva, en la idea de que el equipo es más importante que las personalidades que lo componen. En este caso es el histórico conjunto belga Quick-Step quien puede asemejarse a este modelo de gestión, con tanto éxito como el Sky aunque en otro nicho, el de las victorias de etapas o de clásicas en lugar de las clasificaciones generales. A lo largo del año, sus «estrellas» no dudan en ponerse al servicio de corredores con menos nombre, simplemente porque (el día D) están en mejor posición para ganar, o menos marcados. Generalmente la estrategia de Quick-Step consiste en jugar con la superioridad numérica: confían en uno o dos gregarios adecuadamente dedicados a impulsar al resto del grupo. En situación de ventaja numérica, los cuatro o cinco atletas designados para disputar al final juegan sobre terciopelo, atacando por turnos, cocinando sus adversarios a fuego lento y obligándolos poco a poco a capitular.

Para garantizar el éxito de este enfoque el papel del líder, ya sea un líder sobre el terreno, un director deportivo o el patrón del equipo, es primordial: es él quien deberá insuflar este estado de ánimo

hacia el éxito conjunto, quien debe valorar al trabajador que está entre bastidores, al équipier «que no se ve pero, sin embargo, es indispensable para el conjunto», tanto como a quien cruza la línea en primer lugar.

Esta estrategia de gestión puede calificarse de «proteccionista», es decir, aboga por la intervención de una entidad superior, encargada de corregir las derivas y los males que inevitablemente surgirían del curso natural de las cosas si cada uno persiguiera ciegamente sus propios intereses. De la misma manera que un Estado proteccionista asume la responsabilidad del bien común guiando las acciones individuales y protegiendo a los más débiles, un líder proteccionista busca involucrarse en la vida del grupo y facilitar el vínculo entre el individuo y su estructura.



La idea aquí no es tomar una posición sobre cuál es el «método correcto» de liderazgo. En el mundo del ciclismo, como hemos comentado, cada una de las estrategias se ha revelado exitosa en algunas ocasiones y desastrosa en otras. Si se permite que varios campeones se peleen entre sí dentro del mismo equipo, sin una jerarquía clara, corres el riesgo de que un adversario aproveche esa disensión. Es lo que le pasó al equipo español en los Mundiales de Florencia de 2013: Rodríguez y Valverde, demasiado ocupados en deshacerse el uno del otro, no prestaron atención al corredor portugués Rui Costa, que se fue a recoger las bandas delante de las narices de los dos hispanos. Por otro lado, alabar únicamente al colectivo y ceñirse a esquemas tácticos demasiado rígidos también puede llevar a perder victorias. El ciclismo requiere cierta dosis de locura, improvisación y capacidad de reaccionar en el momento ante una situación imprevista, cosas que se hacen difíciles si la

cadena de mando es desproporcionadamente vertical. El pinganillo es impotente a veces. No todo es predecible de antemano, ni ajustable a distancia.

A nivel estatal, un gobierno proteccionista, al prohibirse a sí mismo participar en un mundo de comercio globalizado, corre el riesgo de ver frenado el crecimiento económico de su país. Pero una política liberal tampoco está exenta de problemas.

En primer lugar, ¿qué entienden los liberales por «bien colectivo»? ¿Es el bien de la mayoría? ¿Es el bien del individuo? En este último caso, la teoría de que los intereses individuales coinciden necesariamente con los del conjunto parece difícil de sostener.

Los deseos particulares no pueden explicarse, la mayor parte del tiempo, más que contra intereses del conjunto. Una carrera solo tiene un ganador. El ganador, inevitablemente, generará perdedores y, por tanto, infelices. Y, de nuevo, nadie es lo suficientemente fuerte como para ser invencible, por lo que es imposible escapar a una forma de frustración, germen de todos los abusos.

La sociedad capitalista se parece a esa carrera de la que no podemos salir triunfantes. El hombre que quiere enriquecerse trabaja para lograr este fin. Quiere obtener el puesto mejor remunerado (o el de mayor responsabilidad, si su objetivo es un enriquecimiento simbólico). Estas posiciones son raras, disputadas. Alcanzarlas es impedir que otros lo hagan. Solo los más preparados, los de mejor cuna o los mejor formados llegarán a los estratos más altos de la sociedad, aquellos donde la mayoría quiere estar. E incluso entonces, una vez que se hayan asentado, tendrán siempre miedo de caer. En cuanto a los demás, los perdedores de la economía de mercado serán condenados a tareas subalternas. Incluso si en droit pudieran reclamar los bienes más preciados, en la práctica están excluidos, impedidos. Privados de una búsqueda imposible, la del éxito económico, algunos pueden caer en tentaciones que sería chocante considerar como parte de un gran mecanismo de autorregulación, gestionado por una «mano invisible».

En ciclismo este tipo de escollos son bien conocidos. Se llama hacer trampa. El dopaje puede ser visto como una de las consecuencias de esta búsqueda infinita del bien individual. Es la solución

aparentemente fácil para integrarse en el sistema de aquellos que fueron rechazados previamente, argumentando, por así decir, que «todo vale». Estructuralmente la idea es, por supuesto, insostenible: necesitamos a los demás para vivir y desarrollarnos. Pero si cada uno es totalmente libre de utilizar los medios que desee para alcanzar el fin deseado, si se instala una confrontación sin reglas, entonces el otro ya no tiene ningún valor a mis ojos. Nada tiene sentido, ni siquiera el objeto de nuestros deseos concurrentes, ni siquiera mi propia persona, perdida en una rivalidad sin límites.

Dejar hacer[49] es dejar el mundo a su aire, limitarse a la lucha por la existencia, a la selección natural, admitiendo nuestra incompetencia para acompañar y, en su caso, enmendar este movimiento. Dejar hacer es rehusar faire societé, y aceptar que haya quienes se queden atrás. Es, finalmente, sucumbir a una tentación insular que elimina la humanidad de todos.

Al igual que existen diferentes grados de proteccionismo existen también, por supuesto, diferentes tipos de liberalismo. Pocos abogan por la inacción total del Estado o incluso por su inexistencia. El problema, como suele ocurrir, es el del regulador: ¿hasta qué punto debe el Estado mantenerse al margen o, por el contrario, intervenir? Una vez reconocida la idea de que el bien para todos es una quimera de la economía de mercado, la ambición se desplaza a menudo hacia el bien común. El objetivo debe ser lograr el progreso de la sociedad en su conjunto, lo que, in fine, beneficiaría a los más débiles. En este contexto, la búsqueda desenfrenada del interés individual por parte de unos pocos happy few, unos pocos «cabeza de cordada», es admitida e incluso auspiciada, en la medida que este pelotón de cabeza sirva como locomotora para los pasajeros de última clase. La doctrina se entiende: para que un Estado pueda, por ejemplo, redistribuir debe ser rico y, por tanto, apoyarse en una economía dinámica, en grandes empresas que creen puestos de trabajo, empresas cuyos beneficios serán gravados, etcétera.

Para que un equipo esté en la cima necesita unos cuantos líderes que lo hagan brillar. Entonces se iniciará una espiral positiva: los patrocinadores, contentos con esta visibilidad, abundarán; los miembros del conjunto que han permitido a sus líderes ganar serán

valorados, tanto moralmente como desde un punto de vista pecuniario; el equipo prosperará y podrá ampliar su plantilla, atraer a otros grandes talentos, a otros sponsors, y así sucesivamente en un círculo virtuoso.

El mecanismo parece eficaz. Sin embargo, aparte de la cuestión de las desigualdades que inevitablemente persistirán (aunque los más pobres vivan mejor en términos absolutos, ¿es aceptable que unos vivan peor que otros? ¿Es aceptable, en suma, que haya «líderes» y «gregarios»?), se plantea la del término hacia el cual se dirige tal sistema. Ese apetito insaciable de riqueza corre el riesgo de conducir a sobreabundancia e indigestión. Nuestra economía, lo podemos ver, está constantemente en crisis, como si el sistema no pudiera mantenerse a sí mismo. Hasta ahora siempre hemos conseguido recuperarnos, y el movimiento hacia el progreso general continúa como puede. Pero el riesgo es que llegue un día en que enfrentemos una crisis de la que no nos recuperemos.

El peligro es que el equipo ciclista en la cima de su deporte atraviese un día por una mala racha, que la sobreabundancia de talento que hasta entonces permitía una emulación lleve al desbordamiento (en una disciplina donde, recordémoslo, solo puede haber un ganador) y que algunos no sobrevivan, o que el grupo se desintegre en varias estructuras más pequeñas y débiles, como esos clanes que rápidamente vemos formarse en torno a los líderes en las más selectas escuadras. Los buenos resultados dejarán de serlo, lo que llevará a los patrocinadores, que han invertido mucho dinero a cambio de una garantía de éxito, a cuestionar la validez de su participación. Algunos se retirarán, y la estructura dominante, la que debe soportar mayor masa salarial, se encontrará rápidamente en una situación financiera complicada que podría conducir muy rápidamente a su desaparición. Así, el coloso demostrará tener los pies de barro, mientras los grupos más pequeños, con cargas menos onerosas y más ágiles ante las variaciones cíclicas, podrán adaptarse y sobrevivir.

Como miembros de una sociedad capitalista globalizada, nos encontramos en una posición muy parecida a la de aquel equipo ciclista que está en el paroxismo de su gloria y, al mismo tiempo, es sorprendentemente frágil. No vemos que este mundo, cuyas

riquezas estamos acaparando, es también nuestra mayor amenaza, que la catástrofe ecológica se acerca y estamos acelerando su llegada. Al utilizar la naturaleza como ahora, la estamos desgastando. Al querer más y más, al perseguir ingenuamente nuestros intereses individuales sin pensar en el daño, e incluso al imaginar que la comunidad en su conjunto se beneficiará con ello, estamos corriendo hacia su colapso.

¿Debemos entonces, como proponen algunos, emprender el camino del decrecimiento y renunciar a nuestras ambiciones de beneficio y progreso? ¿Debemos reintroducir un poco de horizontalidad en el funcionamiento del pelotón, aunque eso signifique que vaya a menor velocidad? Sin duda, hasta cierto punto. Nuestra sociedad ha priorizado demasiado la cantidad y no lo suficiente la calidad: el liberalismo, al presentarse como doctrina cuyo fin es el bien colectivo a través de la búsqueda de intereses individuales, olvidó paradójicamente el bien individual. En el sistema estandarizado, optimizado y vertical que se nos propone hoy en día el individuo, mientras ve mejorar contablemente sus condiciones de vida, se encuentra interiormente perdido, debilitado y entristecido. Todas las condiciones para la felicidad están ahí y, sin embargo, una melancolía interior le corroe.

La depresión del ganador es un fenómeno psicológico bien conocido. El atleta lo ha ganado todo. Ha logrado todos los objetivos que se propuso, ha reunido todos los cinturones. Está en sus mejores años, en plena posesión de sus facultades, en la cumbre de su desarrollo físico, adulado por todos. Todo lo que tiene que hacer ahora es disfrutar de ese estado, saborearlo. Y, sin embargo, un sentimiento de malestar lo invade, una sensación de vacío. Ya no hay nada por alcanzar; Ícaro llegó al sol, y está aburrido. El deportista cae en la angustia psicológica porque todo le va demasiado bien, porque además se da cuenta de que todo su camino hacia la cima había sido orquestado por un sistema que le es totalmente ajeno, y que le faltan compañeros con amistad sincera, no aduladores de circunstancias.

Estas razones explican que los jóvenes talentos ciclistas, a los que se les promete un futuro dorado, decidan de un día para otro cambiar de vida, dejar el ciclismo competitivo. En los últimos años ha

habido muchos casos de estos. Cansados ya de un entorno que les da demasiado de golpe, que les presenta un camino ya marcado, quieren volver a ser dueños de su propio destino. Del mismo modo, algunos corredores con tablas que han llegado a la cima de su deporte, desarmados al no tener nada más que conquistar, asqueados de una vida demasiado fácil e inútil, llegan a autolesionarse sucumbiendo a los señuelos de las drogas o el alcohol, con la esperanza de volver a sentir algo.

Hace falta sabiduría para poder disfrutar con serenidad de un mundo en el que todo está a nuestro alcance. La catástrofe ecológica viene surgiendo porque la humanidad ha llegado a cierto nivel de desbordamiento y la gente que está en cabeza del puente no ha sido capaz de achicar agua.

Para no ahogarnos debemos ser capaces de aceptar formas de vida más modestas. Pero, ¿cómo podemos dar marcha atrás al reloj? Hay algo indecente en cantar las alabanzas de la vida del campesino laosiano cuando a ti mismo no te falta de nada. Si el progreso tiene lugar (y es igualmente indecente argumentar que nuestras condiciones de vida no han mejorado en los últimos siglos), es porque lo deseamos. Si nuestra economía está inmersa en una carrera perpetua hacia adelante en la que cada uno de nosotros participa a su manera, es en respuesta a necesidades. El llamamiento a volver a una naturaleza desnuda y primitiva solo ofrece una respuesta ilusoria a la difícil cuestión de conciliar el fin de mes y el fin del mundo.

Del mismo modo, las recientes exhortaciones a un deporte «decreciente» me parecen un sinsentido. ¿Qué queremos? ¿Que deje de existir el incentivo para que los deportistas quieran más y más, para superarse a sí mismos y a los otros? Eso iría en contra de la idea misma de deporte. «Los récords están hechos para ser batidos»: por fin una frase atlético-filosófica con la que estoy de acuerdo. Nos guste o no, no hay vuelta atrás.

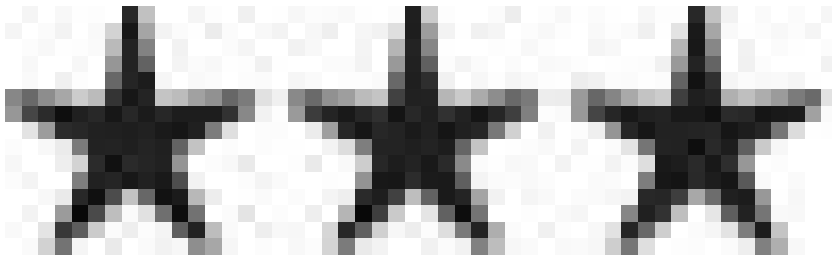
La paradoja está ahí: todos, cada uno a su manera, queremos ser los primeros en la línea de meta (que por supuesto no existe, siempre hay una nueva carrera, o siempre tenemos ese sentimiento de que podríamos ganar mejor); solo tenemos que llegar en equipos, sin que el grupo nos absorba, pero sin destruir por nuestro espíritu de

desmesura el juguete que es la condición de posibilidad de nuestra existencia, y el lugar de expresión de nuestro poder.

Un pelotón visto como un gran todo, sin forma, sin ninguna cabeza que sobresalga, no tiene nada vivo en él. Ha destruido la singularidad de las individualidades que la componen. No son más que X intercambiables. Ya no hay deporte.

Pero si, por el contrario, la competencia desenfrenada lleva a los individuos a volverse hiperbólicos y a no ser más que «yoes» aislados unos de otros, entonces simplemente no hay pelotón, no queda nada. El poder se extingue sin el reconocimiento.

Mantener unidos ambición individual y éxito colectivo es el reto que encierra la esencia misma del ciclismo, del que se dice que es un «deporte individual practicado en equipo». En tal sentido esta disciplina es indicativa de la sociedad en general y de las dificultades a las que se enfrenta. Al fin y al cabo, si ampliamos el enfoque, ¿no es vivir una experiencia solitaria practicada en común?



El grupo es indispensable para el individuo. Cuando este brilla, sin embargo, olvidamos a menudo que es gracias a los demás. El líder no puede ganar sin sus compañeros de equipo, ni siquiera existe sin ellos. Pero no aparecen en las clasificaciones. Son los últimos en renovar sus contratos, resignados a volver a firmar por los sueldos más bajos, aquello que les ofrecen, sin otras opciones, sin resultados personales que mostrar o puntos en los famosos rankings para ser monetizados. ¡Y con razón! Durante todo el año se les pidió «que se arrodillasen» ante su líder. Se les dijo que dejasen su ego bajo la alfombra, que la victoria era colectiva sin importar quién cruzase la

línea de meta primero, sin importar quién quedara abandonado a mitad de carrera, agotado por haberlo dado todo para el conjunto. Al contrario, el director del equipo repetía que quería que un équipier terminase arrastrándose, o incluso abandonara. Esa era la prueba de su ciega dedicación, de su abnegación perfecta.

Siempre me sorprende cómo estos hermosos gestos, todos estos regalos de ti mismo, son rápidamente olvidados una vez se cruza la meta, durante la excitación de la victoria. Todos, tanto público como dirigentes, solo se interesan por quien está bajo el foco, quien es coronado. Resulta casi vergonzoso. Una vez que termina la temporada, ¿qué mira el mánager? No recuerda el latigazo a los ochenta kilómetros del GP de l'Escarmouche. Mira las clasificaciones crudas, frías. Y casi me avergüenzo, desde mi cómoda posición de líder, de haber privado alguna vez a un compañero de la posibilidad de aparecer allí pidiéndole que bajase a buscarme agua, que llevase mi ropa al coche para aligerarme antes del final de carrera, o que fuese a rodar en cabeza del pelotón para capturar a la escapada.

Los équipiers son los grandes olvidados del ciclismo, aquellos de quienes todo depende pero a los que apenas se ve, aquellos a los que prometemos tanto pero a quienes se recompensa tan mal.

Por supuesto, la jerarquía no es totalmente arbitraria. Es resultado, en ciclismo, de las cualidades fisiológicas de cada uno. Si soy el líder de mi equipo es porque de alguna manera me he ganado ese puesto con lo demostrado en entrenamientos o actuaciones anteriores.

Del mismo modo, el nivel social de cada persona en el mundo capitalista no sería contingente. Los que dominan, los que pertenecen a clases más altas, mantendrían su rango por una gran aptitud para el trabajo, o por cualidades morales o intelectuales particulares. En la sociedad meritocrática los puestos se derivan teóricamente de las competencias. Y la evolución sigue siendo posible. Es lo que se conoce como «ascensor social», el hecho de que la comunidad autorice un cambio de estatus, acceso a una clase superior de la que se procede, igual que al neoprofesional, a quien se pide haga un trabajo de gregario, se le promete que llegará su momento, que pronto podrá hacer cosquillas a sus líderes.

Pero, en realidad, ¿quieren nuestras sociedades, ya sean microscópicas, como un equipo ciclista, o macroscópicas, como un Estado, que sus campeones puedan ser depuestos, que la jerarquía se vea constantemente removida? Es mucho más sencillo asegurar el desarrollo de una organización y su anclaje en el tiempo por el status quo, manteniendo a los líderes como líderes, a los proletarios como proletarios. Por no hablar de las consideraciones mediáticas: es más fácil promocionar a una «estrella» establecida que crear otra…

Un pelotón con equipos poco estructurados, donde cada corredor podría pretender la victoria sin ningún rol fijado de antemano, se fragmentará fácilmente, como se puede ver en carreras de aficionados o en algunas pruebas profesionales de segunda categoría: vemos más movimientos en una cita de la Copa de Francia (donde el nivel es muy heterogéneo y la ausencia de «estrellas» permite gran número de ataques que dividen el grupo en varias minientidades) que en una etapa del Tour, donde los niveles son más equilibrados, las apuestas más altas y, por tanto, los intentos osados más extraños.

Del mismo modo, un movimiento político basado únicamente en la horizontalidad corre el riesgo de ver su mensaje desdibujado por la diversidad de las voces que tratan de transmitirlo, mientras que una empresa que apuesta por la ausencia de un líder sufrirá a menudo dificultades para tomar decisiones estratégicas claras.

Es para paliar estos escollos que nuestras sociedades construyen clases jerárquicas, y es para asegurar la estabilidad de estas que generalmente van acompañadas de una ideología que justifica el orden establecido.

Aunque no haya base para la jerarquía, aunque el líder se haya vuelto menos fuerte que su équipier, o el empleado haya demostrado ser más capaz que su N + 1, para la organización es preferible mantener la estructura existente el mayor tiempo posible. El riesgo es que si todo el mundo cambiara continuamente de trabajo, lo que se gana en competencia bruta se perdería en coherencia y eficacia. De ahí que los equipos de ciclismo se «aseguren» a menudo de favorecer a su campeón envejecido en detrimento del joven corredor en progresión, o que las empresas se

aferren a un organigrama, aunque sea deficiente, en lugar de situar a cada uno en el nivel más adecuado.

Todo esto no es, evidentemente, muy justo, y en mis tiempos de juventud me rebelaba contra esta «comodidad de clase». Pero esto no es lo escandaloso. Lo escandaloso es que este estado de cosas no es, en contra de lo que se tiende a pensar, el resultado de una conspiración urdida por una pequeña clase dirigente, una elite interesada. Los propios «proletarios», en cierto sentido, participan y fomentan el mantenimiento del sistema existente. La mayoría de las personas prefieren la seguridad de una situación estable, incluso inferior a la óptima, al riesgo del cambio. Al menos en el pequeño círculo al que estamos acostumbrados somos los amos, podemos hacer valer nuestro diminuto poder sin miedo, lo que explica que las revueltas del pueblo, de los más débiles, sean tan escasas, aunque parezcan las más justificadas y fáciles de llevar a cabo, pues la base de la pirámide es, por definición, el estrato más poblado de la sociedad jerárquica en la que nos ha tocado vivir.

Seamos honestos: muchos de nosotros soñamos con llegar a un cargo más alto, obtener más responsabilidades. Pero, al mismo tiempo, esta perspectiva es aterradora, ya que, por definición, no sabemos lo que nos espera más adelante. Recuerdo mi reacción a los siete u ocho años cuando me ofrecieron la posibilidad de «saltarme un curso» porque iba bien en la escuela. En lugar de emocionarme ante la perspectiva de nuevos horizontes, me eché a llorar. Tenía miedo a lo desconocido. Entre los de mi edad estaba bastante seguro de ser el mejor. Pero ¿más arriba?

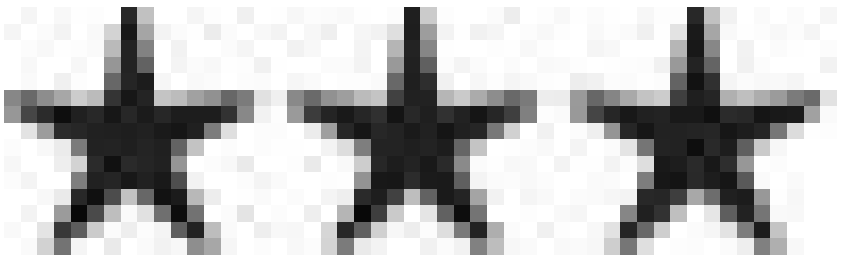
Hoy en día a menudo escucho a los ciclistas lamentar que no se confíe más en ellos. Otros imaginan en secreto lo que habrían hecho «si no estuvieran maniatados»… Sin embargo, cuando llega el día, y ante la posibilidad concreta de expresarse a título personal, pocos aprovechan la oportunidad de jugar su carta. Es muy agradable para todos nosotros vivir en sueños, rebelarse contra la «tiranía de los gobernantes», entregarse a la esperanza de un mañana feliz, sin jamás dar los medios para transformar esta esperanza en realidad, sin transformar nunca esta revuelta interior en revolución. Si las circunstancias no nos impulsan al frente del escenario, muchos de nosotros preferimos los bastidores. Si no me hubieran forzado de

alguna manera a entrar en el nivel superior de la escuela, y más tarde a asumir responsabilidades de liderazgo en mi primer equipo profesional, no creo que yo mismo hubiese dado el paso.

Nuestra sociedad se basa en esta máxima interior: «yo podría, si…». Se compone de fantasías que nos prohibimos realizar. El hombre nace libre y en todas partes se imagina encadenado.

Así, la primera forma de mantener unidos al individuo y al colectivo, la que conocemos, la que rige desde hace siglos grupos humanos de todo tipo, consiste en una doble mentira: la del líder que promete revalorizar el trabajo de los subordinados (y que enseguida olvida su promesa) pretendiendo que la jerarquía no existe (desde su posición dirigente); ¡pero también la mentira que el «équipier» se dice a sí mismo!

¿Deplorable? Al fin y al cabo esta hipocresía que recorre todos los estratos de nuestra sociedad puede verse como una especie de «bella mentira», según la expresión de Platón. Permite que la sociedad se mantenga unida, durante mucho tiempo, en un marco donde todos parecen encontrar su interés.



Esta mentira ha funcionado, con cierto éxito, durante siglos. A pesar de diferencias y movimientos coyunturales, la organización de la sociedad no ha cambiado esencialmente desde la época de los Antiguos hasta el siglo XIX. El mundo evoluciona, las personas se desarrollan, las condiciones de vida mejoran gradualmente, las artes se enriquecen y las técnicas progresan. Pero esta evolución, ascendente y regular, nunca supuso cambio de paradigma. En ese marco de relativa ignorancia donde todos vivían, con los roles establecidos y poco cuestionados, la vida seguía su curso

mansamente.

Sin embargo, desde la Revolución Francesa, y el siglo XIX que la sigue, un periodo de tantos cambios, algo se modifica: el acceso a la información. En palabras de Hegel[50], el Espíritu ha tomado conciencia de su libertad. El individuo ahora, en el fondo de sí mismo, sabe que tiene un derecho universal. Ya no puede aceptar jerarquías de clase que le parecían naturales.

En los primeros siglos de nuestra era, y durante toda la Edad Media, la información circulaba relativamente poco. Solo una elite gobernante o cultivada tenía acceso a libros y un conocimiento más global del mundo.

La invención de la imprenta en el siglo XV fue el punto de partida para un cambio de época, ya que permitió gradualmente la difusión de información a gran escala. El periodismo nació de la imprenta y generaliza el acceso a un saber que antes era desconocido.

El cemento de la sociedad, lo que mantenía unidos a individuos y grupos, era la creencia en el diferente valor de las personas. Esta creencia, que por supuesto era ignorancia, cayó con el desarrollo de la prensa en el siglo XVIII. La Ilustración iluminó a los miembros del Tercer Estado. Descubrieron las desigualdades que sufrían y su absoluta falta de fundamento.

Esto condujo a la Revolución, y luego al período de pérdida de ilusiones que es el siglo XIX. Hemos entrado en la era de la sospecha, de la que Marx[51], Freud[52] y Nietzsche fueron heraldos. Lo sabemos, y ya no podemos escondernos de ello. La información omnipresente ha acabado con nuestra ignorancia voluntaria.

La primacía natural del individuo ha quedado al descubierto. El capitalismo fue su medio de expresión, afirmando enérgicamente que «hay que ser primero, si no para qué…», como dice Michel Piccoli en su papel de despiadado jefe de empresa en Une étrange affaire[53].

El olimpismo, cuyo resurgimiento fue contemporáneo a la revolución industrial, es sintomático de este profundo cambio social. Por su propia naturaleza el deporte moderno empuja a

ganar, triunfar sobre el otro. En este sentido, puede considerarse fundamentalmente capitalista. Pero, al mismo tiempo, se apoya en una ideología competitiva: exige que los contendientes estén en igualdad de condiciones al inicio de la prueba, y subraya que «lo importante es participar[54]», que valores como la ayuda mutua, el compartir o la cooperación son superiores al de la victoria.

Este doble mandamiento (ganar pero ayudar a quienes debes vencer; ser el primero pero que todos sean iguales) es, por supuesto, insostenible, hipócrita. Se cierne, sin embargo, sobre todos los atletas de nuestros días. La 138a sesión del Comité Olímpico Internacional, celebrada en Tokio durante julio de 2021, fue ocasión escogida para ratificar oficialmente esta esquizofrenia ideológica. Se decidió que el lema olímpico («más alto, más rápido, más fuerte») no estaba suficientemente actualizado. Así que se decidió añadir (tras un guión) el adverbio políticamente correcto «Juntos», como si se reconociera la disolución del logro individual en el colectivo.

Miembro de un equipo ciclista, y líder del mismo, ¿cómo debo comportarme para alcanzar los objetivos que me han marcado, o sea ganar, sin «machacar» al mismo tiempo a los demás, ya sean compañeros o adversarios? Este dilema es el que afronta todo empleado de una empresa capitalista, sea cual sea su nivel en la jerarquía. Es también el dilema del ciudadano democrático, que debe pensar colectivamente además de por sí mismo. Sumergido en un océano de contradicciones del que no sabe cómo escapar, el individuo se ahoga porque no puede apegarse a bellas mentiras y subterfugios.

Antes, cuando el hombre era ignorante y la información resultaba fragmentaria, las cosas eran más sencillas: para superar esas contradicciones bastaba con entregarse a los superiores, poner tu destino en manos de «los que saben», seguir sus órdenes. Cuando los humanos se enfrentaban a una incoherencia la achacaban a falta de conocimiento, lo que era admitido e incorporado.

Hoy, a través del capitalismo y sus mandatos contrarios, en este universo hiperconectado donde ya no nos hablamos, en esta sociedad del beneficio y el pensamiento políticamente correcto, la absurdidad del mundo y nuestra impotencia ante ella se revelan en

toda su brutalidad. Nunca hemos tenido acceso a tanta información y, paradójicamente, nunca hemos tenido una sensación tan grande de no saber dónde está la verdad ni a quién creer.

En carrera, el director del equipo tiene acceso a un libro de ruta, a datos informáticos sobre perfiles de las subidas, o incluso a información sobre el estado fisiológico de sus corredores. Sin embargo, ¿tiene él acceso más privilegiado que yo, un simple atleta, a la «verdad del pelotón»? Lo dudo. Yo mismo, sin embargo, no sé nada de las leyes que gobiernan esta entidad supraindividual. Ya he mencionado la desilusión deportiva que experimenté tras haber apostado demasiado por el comportamiento «racional» del pelotón. Mi culpa fue tratar de entender a un monstruo que resulta ser incomprensible.

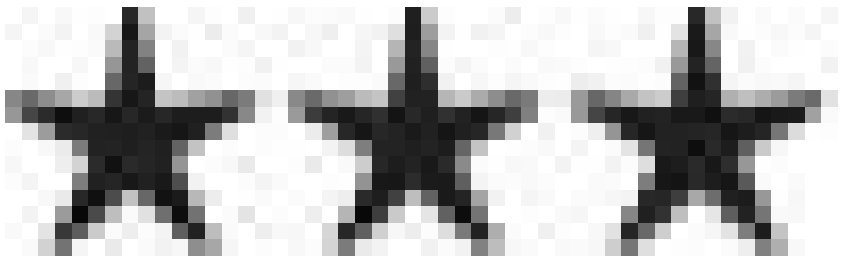
Esta incapacidad para localizar «lo verdadero» la he experimentado varias veces a lo largo de mi carrera durante periodos de duda, sobre todo cuando tuve que lidiar con dolores recurrentes para los que no encontraba solución. Aquejado de problemas en las rodillas, encontré un cúmulo de opiniones divergentes, procedentes de autoridades que estaban igualmente seguras de su opinión. ¿En quién debo confiar? Uno me aconsejó que subiera el sillín, el otro que lo bajara. Uno me aconseja calmar el dolor aplicando hielo, el otro vascularizar con calor. ¿Y cuántos, a la vez y después de haberme observado, auscultado, manipulado, me aseguraron que me curaría instantáneamente? Estaba inevitablemente confuso con este exceso de información.

Los dirigentes, los «especialistas», siempre tratan de mostrarse superiores, expertos, sabios, tan omniscientes como Dios. En Francia, desde un punto de vista político, la figura del Presidente de la República, tal y como la construyó el general de Gaulle, trata de cumplir ese rol. Cada una de las personas que han accedido a este cargo ha hecho todo lo posible por encarnar la función, como la imagen de Emmanuel Macron, que se ha esforzado por representar una «figura jupiterina». Pero la magia ya no funciona. Cada vez descubrimos más fácilmente que nuestros dirigentes o quienes les rodean no son más que humanos, tan ignorantes como nosotros, y nos hundimos en el nihilismo.

François Hollande, al declararse «Presidente normal», ha intentado

adoptar la medida de esta desconfianza generalizada. Esto se le reprochó mucho, como si los franceses siguieran negándose, a pesar de todo, a ver la realidad, la humanidad del líder; es decir, su falibilidad y lo incompleto de sus conocimientos. Con la crisis del COVID-19, se hizo imposible seguir escondiéndose. La concienciación se ha acelerado. Escuchando a todos esos expertos y políticos obligados a responder «no sé» a las preguntas que se les plantean, descubriendo todos esos estudios científicos que conducen a resultados contradictorios, nos encontramos con lo que Habermas[55] describe como el «saber explícito de nuestro no-saber[56]».

Los puntos de referencia son borrosos. El personaje de Donald Trump ha confirmado este estado de cosas. Por su carácter impulsivo, grosero, por su discurso sobre la posverdad y las fake news, simbolizó la renuncia a la figura del líder, y confirmó la pérdida de sentido de nuestra sociedad. De ahí las conspiraciones, intentos grotescos de restablecer una lógica en un mundo donde el exceso de información condujo a una perdida de su influencia. ¿Dónde está la verdad? ¿Quién tiene la objetividad? Los medios de comunicación tradicionales ya no son un recurso. Gracias a las redes sociales, cualquiera puede ser periodista. El individuo, siempre a un clic de su cuarto de hora warholiano, se infla cada vez más peligrosamente y cree tocar la grandeza de lo universal a través de la red, de la interconectividad globalizada, antes de que otros, con un clic contrario, vengan a destrozar esta dulce esperanza, devolviendo a cada cual al triste aislamiento, y al mundo a su absurdidad. La sociedad digital podría haber sido lugar de encuentro entre lo individual y lo colectivo, pero, en su lugar, es la exacerbación de una pérdida de sentido generalizada.



El deporte es reflejo de la sociedad. En su forma moderna amplía las características del mundo que conocemos, el mundo capitalista, el mundo de la red, cuyos defectos permite mostrar. Sitúa al individuo en el centro, pero no reconoce ninguna identidad. La estrella del deporte es una imagen, un espectáculo. Se ahoga bajo toda la información que le rodea: toda la data y estadísticas que objetivizan su práctica, y que al final no significan nada; todos los rumores que acompañan su carrera (fichajes, lesiones, vida privada, etcétera), y que la mayoría de las veces no son más que palabrería. Hemos perdido de vista al ser humano singular que hay detrás de la estrella transformada en fetiche.

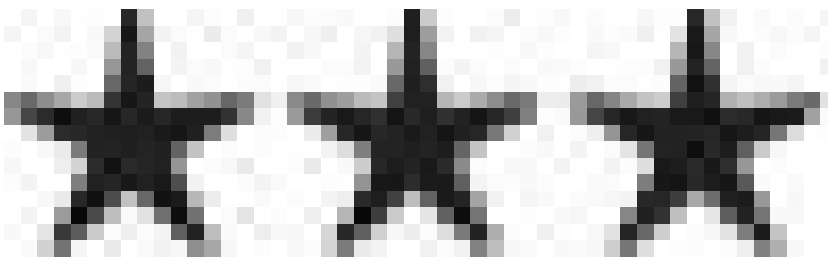
En este sentido es bastante inquietante ver, como deportista, la distancia que hay entre la persona que uno cree ser y la imagen que proyecta. El efecto mediático de un Tour de Francia, de «salir en la tele», siempre me sorprende. En junio puedo circular de forma anónima, tener interactuaciones sencillas y directas con la gente que encuentro. En julio, por contra, me tocan a menudo el claxon durante mis entrenamientos para saludarme, y se acercan a mí como si fuese una especie de criatura especial. ¿He cambiado? He recorrido tres mil quinientos kilómetros en bici durante ese intervalo, y eso es trivial. También tengo la impresión, a veces, de que todos los datos que utiliza el equipo para analizar mi rendimiento e intentar optimizarlo conducen en cierto modo a deshumanizarme, a tratarme como un objeto bajo «parámetros» que deberé evolucionar, como un coche de carreras que buscas mejorar. También en este caso hay un abismo entre el enfoque logístico y la forma en que personalmente yo me percibo.

No soy el único que experimenta el desfase entre el «yo» privado y su doble público. Cada uno de nosotros puede ver que nuestro ser mundano es muy diferente de aquel que es en su interior. Sin embargo, me parece que el deporte acentúa este estado de cosas, esta tendencia del colectivo a querer apropiarse de los individuos, fagocitarlos. Al popularizar atletas los mercantiliza.

Al amparo de un discurso que alaba al ser excepcional, se desarrolla un sistema que, a todos los niveles, niega al individuo. Tampoco los miembros del público escapan a las garras del deporte como

sociedad del espectáculo, ni a su poder de desindividualización. El espectador idólatra que busca identificarse con sus modelos a toda costa corre el riesgo de olvidarse de sí mismo. Apoyar a un club o a un héroe atlético tiene como objetivo, a menudo, trascender a su propia persona, lo que, en tanto el fenómeno sea consciente y buscado, no es en absoluto inquietante. Si se sufre, en cambio, si el amor a un equipo o a un campeón tiende al fanatismo, si vivimos únicamente por delegación, entonces el mecanismo debe cuestionarse…

El deporte moderno rinde culto al individuo mientras celebra lo colectivo. Pero esta unión de contrarios se revela falsa, en la medida en que conceptualmente los dos puntos se piensan por separado, en una visualización ideológica poco convincente, mientras que por un lado debería subrayar la primacía del ser individual se reconoce, al mismo tiempo, la necesidad de que entre en un sistema de cooperación.



Podríamos creer que el régimen democrático, en la medida que da voz a cada individuo durante la acción colectiva, permite resolver el problema de la unión entre lo singular y lo universal. Mediante el voto yo, como individuo libre, presido el destino del grupo, de la nación entera. La idea es hermosa, pero frágil.

Es evidente que mi papeleta no puede ser suficiente para influir en un movimiento supraindividual. El ciudadano, en su soledad, uno entre millones de otros, ¿cree sinceramente que ese simple papel que mete en un sobre equivale a dirigir un país? Si finalmente decide dar marcha atrás, no votar, ¿su falta de opinión cambiaría el resultado global del escrutinio? Cosa matemática: la fuerza de un solo voto en medio de un número desproporcionado de otros

radicalmente ajenos es tan nula que se vuelve inaudible. Frente a la potencia numérica del colectivo el individuo es insignificante, de la misma manera que el corredor que desea lanzar la carrera en solitario contra un pelotón decidido a sestear resulta ridículamente impotente, incapaz de provocar por su propia acción el más mínimo movimiento de carrera trascendente. En el mejor de los casos se le dejará marchar, observando con mirada divertida un desafío imposible, «navegando a dos aguas[57]» entre el grupo principal y una escapada que, ya demasiado lejos e impulsada por múltiples fuerzas, no podrá alcanzar. ¿En el peor de los casos? Lo perseguirán, le bloquearán el paso, lo intimidarán, para que se le pase el deseo de ir contra la voluntad general.

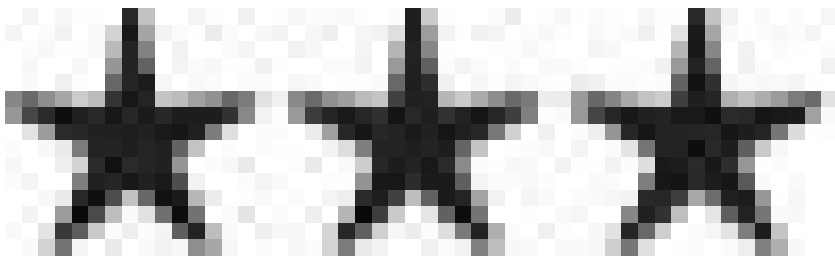
En respuesta a esto, surgen argumentaciones: ¡debe haber un primer atacante para que los demás puedan seguirlo! Un solo voto no es nada, pero una papeleta, más otra, más otra… Además, si todo el mundo se alineara tras la lógica matemática de la probabilidad, si cada votante descubriese la inutilidad de su acción, el sistema se derrumbaría y llegarían cambios importantes y peligrosos. Por eso conviene defender a toda costa «el menos malo de los sistemas[58]», aunque sea usando un discurso colectivo que sabemos falso pero cuya eficacia justifica todos los subterfugios.

El problema de estas observaciones es que se sitúan de salida en el punto de vista de la colectividad, mientras que el individuo es lo primero. «Si todos hicieran lo mismo, si todos los votantes perdieran el interés por el voto, el sistema se derrumbaría»: esto es el imperativo categórico kantiano aplicado a la sociedad democrática. De hecho, el argumento es lógicamente inatacable. Pero ¿humanamente? Si razonara de este modo, es decir, considerando que cada una de mis acciones se universalizará de forma automática, sería deprimente imaginarme tomando parte en una carrera ciclista. No habría espacio para destacar, que es la esencia del deporte y la sal de la vida. No habría más movimientos tácticos, ni ataques locos de esos que, nos decimos, no son razonables pero a veces producen los más bellos reveses de la fortuna. No podríamos pensar más en la hazaña. El Fútbol Club Barcelona no habría podido realizar aquella famosa remontada[59] en el partido de vuelta de los octavos de final de la Liga de Campeones 2017, ya que las estadísticas daban al París Saint-Germain un cien

por cien de posibilidades de clasificarse tras su victoria por 4-0 en la ida. Tadej Pogačar no habría podido dar un vuelco al Tour 2020 al dominar, contra todo pronóstico, la última contrarreloj. Por último, si se siguiera al pie de la letra la consigna repetida por los directores deportivos de todos los equipos en los auriculares de todos los corredores («es absolutamente necesario colocarse entre los diez primeros al pie de esta estrecha subida en el kilómetro ciento veinticinco») se producirían accidentes más graves que los que ya se estamos observando.

En lugar de una lógica estadística clásica deberíamos aceptar más bien lo contraintuitivo, a imagen de lo que logran la teoría de la relatividad general o la física cuántica que, trastocando certezas ancladas, integran las singularidades en su marco teórico. Tex Avery en lugar de Disney: lo no convencional, o incluso lo absurdo, en lugar de norma y orden.

En un sistema democrático, aunque pretendamos situar al ser humano libre y racional en el centro del proceso, nos estamos olvidando de él como ser particular, lo fundimos en el colectivo, en el partido político, en el movimiento común. Partimos de un resultado que queremos conseguir, un sistema donde cada uno tenga voz y voto, y entonces moldeamos cada miembro del grupo en función de este objetivo, sin dudar en manipular las aspiraciones más profundas de los individuos. Sin embargo, el sistema debe ser el fin, no el punto de partida. El pueblo debe construirse a partir de los individuos, no ellos a partir de él.



Hoy la debilidad estructural de la democracia se revela en su justa medida. Como la información está sobredimensionada se ha vuelto imposible creer que yo soy el pueblo, que mi voz tiene dimensión

universal. Nuestros actuales regímenes democráticos son testigos de una sociedad de la mentira que nos desafía. Podemos ver todos los escollos a los que nos enfrentamos. Trump, Bolsonaro, el Brexit, etcétera. Todas estas son elecciones que lamentamos, pero sin embargo han ocurrido. Muestran los límites de la inteligencia colectiva, que un corredor en el seno del pelotón experimenta a diario. ¿Cuántos envoltorios veo a mi alrededor arrojados sin vergüenza a la naturaleza, porque estar en carrera en medio de una masa en movimiento quita responsabilidad? ¿Cuántos comportamientos peligrosos se producen, para ganar unas cuantas posiciones en un descenso o al abordar un esprint, porque la adrenalina generada por el enjambre del pelotón hace olvidar todas las normas de seguridad? El civismo se derrumba ante las dinámicas de grupo y los impulsos que las mueven.

Nuestra democracia es defectuosa porque los grupos humanos son ahora tan grandes que ya no dejan lugar a la individualidad aunque, paradójicamente y en un movimiento inverso, todos se creen superiores, tan particulares que olvidan hacer fuerza con el colectivo. La sobreabundancia de información ha inundado a las personas de tal manera que ya no saben dónde situarse como entidades colectivas. Las naciones no son más que un agregado de individuos aislados que, paradójicamente, han perdido toda individualidad.

Las fragilidades del deporte moderno son indicadoras de males de la sociedad democrática en general. La sobreinformación y el deseo de control se han apoderado de este campo de expresión del cuerpo. Ya no hay un primer atacante en las competiciones ciclistas, ningún corredor alberga la ilusión de que solo él podrá revertir la carrera. Ya no se cree en el efecto sorpresa, en la posibilidad de singularidad. Todo torna previsible, aburrido, repetitivo.

En 2018 participaba en mi segundo Tour. Durante la primera semana la ruta nos llevó por el norte de Francia, de oeste a este, desde Vendée hasta el pavés del norte, pasando por Bretaña. En resumen, pocas cuestas, muchas llegadas al esprint… ¡y mucho aburrimiento! En algunas etapas no vimos ninguna escapada, ni siquiera una pequeña ofensiva simbólica para conseguir el premio de la combatividad, escasa recompensa que se promete a los

aventureros del imposible. Seguimos charlando, a paso de burra[60]. Si uno de nosotros pretendía atacar, nos reíamos. No tenía derecho, por supuesto: cada equipo disponía de un líder para la clasificación general y un esprínter para aspirar a etapas, y era importante protegerlos sin dispersarnos demasiado. Como en los rallies automovilísticos, no hicimos más que un «enlace» entre dos «especiales», esperando sabiamente que llegase la hora del esprint final y luego, unos días más tarde, la montaña.

Lo que está en juego ahora es tan grande que nada se deja al azar. De ahí la creciente intrusión de la ciencia en el campo del esfuerzo atlético, que está acabando poco a poco con el elemento de locura asociado a los primeros tiempos del olimpismo moderno. Esta obsesión por la planificación, este rechazo a improvisar, puede conducir a la deriva actual del deporte, un universo aséptico, hiperprofesionalizado, regido por el dinero, alterado por la corrupción y el dopaje. El espectáculo es triste, los protagonistas infelices, pero ¿a quién le importa? La principal preocupación es asegurar resultados. Esto explica la omertá que rodeó la cuestión del dopaje en el ciclismo en las décadas de 1990 y 2000: era necesario mantener el pelotón unido a toda costa (incluso sobre bases viciadas) antes que arriesgar su ruptura y así liberar singularidades incontrolables…

Hoy, afortunadamente, la situación ha cambiado. El engaño ya no es la norma. El deseo de control, sin embargo, se mantiene. Big Brother ya no te pide callar, ya no se contenta con mirarte; ahora habla y te da órdenes en tiempo real. «Mantén la escapada a tres minutos», «ojo con el viento de costado»; «¡ataca!»… Las instrucciones abundan en el pinganillo. Incluso aunque no sobrevaloremos la importancia de esta herramienta, puede llevarnos a pensar que los corredores actuamos como teledirigidos. Potenciómetros, estudios aerodinámicos, aplicaciones de control alimentario… todo está supervisado, milimetrado.

A diario yo duermo ciclismo, yo me alimento de bicicleta. Todos los días del año tengo que introducir mi dirección en ADAMS, la famosa plataforma de seguimiento que recoge mis datos para posibles pruebas antidopaje. Todas las mañanas sé que pueden despertarme para un control inesperado. No hay lugar para

imprevistos: si es necesario, tendré que estar en el sitio previamente indicado.

He suscrito, por supuesto, todas estas limitaciones. Soy consciente de que son la contrapartida necesaria para que pueda practicar mi disciplina con libertad, honestidad y a un alto nivel. Me gusta esta búsqueda continua de rendimiento, esta carrera para mejorar hasta el más mínimo detalle. Me estimula. Y, al mismo tiempo, me pone ansioso. Cercados por instrumentos diseñados para optimizar nuestra actividad traduciéndola en cifras, perdemos lo esencial: el placer, el instinto.

Frente a la lógica del control, el reto es recuperar algo de la magia original del deporte. Demasiado a menudo desposeído de sí mismo por la tecnología o por cuestiones que le superan, el atleta debe reaprender a jugar, como el niño que fue en sus primeros días sobre una bicicleta con ruedines o persiguiendo un balón. Del mismo modo, el ciudadano tendrá que reapropiarse de la sociedad donde habita, y no sufrirla más. Construir su espacio con los demás en lugar de que se lo asignen.

[39]Han Ryner, Petit Manuel individualiste, 1905.

[40]El período de la COVID-19 no hizo más que amplificar el fenómeno, con la instauración de protocolos que debían crear «burbujas» alrededor de las pruebas para limitar riesgos de contagio. Los viajes entre carreras eran limitados. Las visitas familiares, hasta entonces toleradas sobre todo durante una gran vuelta, en días de descanso, fueron prohibidas por precaución, reforzando el paradójico aislamiento de los ciclistas.

[41]Jean-Jacques Rousseau, Du contrat social, 1762.

[42]Este y otros artículos del autor se han publicado en castellano

como Los forzados de la carretera: Tour de Francia 1924, Editorial Melusina, 2009. N. del T.

[43]Grand-messe de juillet, en el original, apodo con el que se conoce al Tour de Francia en el país galo. N. del T.

[44]Thomas Hobbes (1588-1679), filósofo inglés, uno de los padres del contractualismo moderno. Su obra más conocida es Leviatán. N. del T.

[45]Términos que deben ser manejados con precaución, en la medida en que Hobbes, igual que Rousseau, no concedía realidad antropológica a este «estado de naturaleza». Véase, por ejemplo, Thomas Hobbes, Leviatán, 1651.

[46]Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900), filósofo prusiano, uno de los más influyentes en la Filosofía y el Arte del siglo XX. N. del T.

[47]Adam Smith (1723-1790), filósofo y economista escocés, considerado frecuentemente como el padre teórico del capitalismo. N. del T.

[48]La expresión no aparece más que tres veces en la obra de Smith, y especialmente en su libro más conocido, La riqueza de las naciones, 1776.

[49]Laisser faire en el original, como en la conocida frase. N. del T.

[50]Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), filósofo prusiano, representante del idealismo alemán. N. del T.

[51]Karl Marx (1818-1883), filósofo y economista alemán, padre de la teoría marxista. N. del T.

[52]Sigmund Freud (1856-1939), médico austriaco, creador del psicoanálisis. N. del T.

[53]Película dirigida por Pierre Granier-Deferre en 1981. N. del T.

[54]La cita completa y exacta de lo pronunciado por Pierre de Coubertin durante los Juegos de Estocolmo en 1912, es: «Lo más importante en los Juegos Olímpicos no es ganar, sino participar, porque lo importante en la vida no es el triunfo, sino el combate; lo esencial no es haber vencido, sino haber luchado bien». El mismo barón la tomó, en versión modificada, del obispo de Pensilvania, monseñor Thalbot, que en 1908, en Londres, la había convertido en centro de uno de sus sermones.

[55]Jürgen Habermas (1929), filósofo y sociólogo alemán, creador de la teoría de la acción comunicativa. N. del T.

[56]Cf. Le Monde, edición del 10 de abril de 2020.

[57]El autor utiliza la expresión francesa «en chasse-patate». Parece

que la expresión tuvo su origen en las competiciones francesas de Seis Días, cuando los ciclistas paraban a comer y se reincorporaban a la carrera perdidos entre diferentes grupos… N. del T.

[58]Referencia a la famosa frase de Winston Churchill… «la democracia es el menos malo de los sistemas políticos». N. del T.

[59]En español en el original. N. del T.

[60]«Á un train de sénateur», en el original. N. del T.

# EL FINAL - JUGAR PARA UNO MISMO, JUGAR CON LOS OTROS

Lo que es común al mayor número es objeto del menor cuidado. El hombre cuida al máximo lo que es suyo, tiende a menospreciar lo que le es común.

Aristóteles[61]

El problema fundamental es que el bien de cada individuo no es el bien colectivo, y, a menudo, están incluso en competencia. La sociedad democrática, saturada de información, ha inculcado en el sujeto la idea de su omnipotencia. Se cree tan fuerte que no quiere comprometer ninguno de sus derechos, lo que en última instancia le hace incapaz de comprometerse con un verdadero bien común.

Lo mismo ocurre con los ciclistas en el pelotón. Miren la actitud de la manada cuando se acerca a un estrechamiento. Un análisis objetivo de la situación dictaría que los corredores deberían pasar el punto difícil con calma, uno tras otro, lo que evitaría cualquier riesgo de caída y no tendría consecuencias para el resto de la carrera. Cada uno, por el contrario, lucha con ahínco por llegar a la zona sensible en las primeras posiciones, provocando así el accidente que intentaban evitar.

El inicio del Tour 2021, cuando se produjeron numerosas montoneras en las primeras etapas, fue espectacular en este sentido. Se culpó a los organizadores de haber elegido carreteras demasiado estrechas. Se culpó a los materiales modernos, con frenos tan sensibles que no dejaban lugar para el error. También se sugirió que los ciclistas de hoy son menos hábiles que las generaciones anteriores.

Creo que la culpa es de los humanos. Todos somos iguales: en una posición neutra, libre, cuando analizamos una situación sin poder actuar sobre ella, pensamos objetivamente, calculamos lo que sería mejor para el mayor número de personas. Pero este enfoque, que podemos llamar consecuencialista, aunque produzca los mejores resultados se muestra pronto deficiente en la práctica, cuando volvemos a entrar en el mundo y nos encontramos con un caso límite donde brilla a lo lejos la posibilidad de sortearlo individualmente.

Nadie quiere caer. En el autobús, antes de tomar la salida, todo el mundo teme los momentos de tensión que se producirán una vez baje la bandera. Durante la prueba hablamos entre nosotros y criticamos a los otros, a los que se arriesgan, a los que siempre quieren estar delante, a los que provocan caídas. Luego llega algún momento un poco técnico del recorrido y, sin darnos casi cuenta, luchamos por mantener una buena posición en el pelotón, «rozamos» con quien unos instantes antes conversábamos amigablemente. Nos hemos convertido en ese otro que tiene temperamento agresivo, contribuyendo a crear el estado de tensión que aborrecemos.

Tras enfadarme con un competidor que me adelantó por el interior de una curva, hago lo mismo en la siguiente. Del mismo modo, después de enervarnos con esas personas mayores que parecían tardar una eternidad pagando en el supermercado, disfrutamos a su vez de una tranquila charla con la cajera. No hay razón para que nosotros no nos tomemos también nuestro tiempo. En el coche, de nuevo, en un embotellamiento, hacemos eslalon de un carril a otro aunque sabemos lo contraproducente que es. Al hacerlo, impulsados por el irrefrenable deseo de salir lo antes posible del atasco, contribuimos a profundizarlo…

Cada corredor sabe que individualmente no puede hacer nada contra un grupo organizado. La asociación en equipos es una necesidad, y nuestra cotidianeidad como ciclistas. Basta con observar un pelotón desde el aire en una fase clásica de carrera para darnos cuenta de ello. Los equipos se agrupan por colores, listos para actuar colectivamente cuando sea necesario, cuando haya que colocar al esprínter en la proximidad de una llegada masiva, cuando

haya que tirar del líder en montaña. El orden se respeta hasta que se rompen pautas tradicionales. En cuanto surge una situación un poco inusual los bellos patrones colectivos se rompen. En fase de pánico en carrera soy el primero que intenta dar la vuelta a la situación lo antes posible por mi cuenta, aunque sé que debería contemporizar, reagruparme con mis compañeros, perder un poco de tiempo al principio para controlar mejor la hemorragia juntos.

Ya en categorías inferiores, con diecisiete años, recuerdo que la locura de la competición podía hacerme perder todos mis recursos. Había ganado la primera etapa de la Carrera de la Paz[62], una carrera internacional en la República Checa que disputaba con el equipo francés. Al día siguiente partí vistiendo el maillot amarillo de líder de la clasificación general, situación nueva para mí. En un descenso técnico, a mitad de etapa, mientras algunos de mis rivales se arriesgaban para alejarse de mí, cometí un error y me caí al intentar seguirlos. Estaba demasiado nervioso. Tendría que haber considerado la situación con objetividad, no entrar en pánico, tomar las curvas a mi ritmo, limpiamente, y decirme a mí mismo que si me quedaba unos metros atrás al final de la bajada no habría nada de qué preocuparse, porque mis compañeros estarían allí para poner todo en orden. Ah, si fuéramos seres racionales…

Lo peor es que cuando inicio una acción individual arriesgada, cuando coqueteo con la caída en un descenso o cuando ataco en solitario para intentar recuperar un minuto a un grupo de diez hombres, soy consciente de que me estoy equivocando, de que no estoy actuando con lógica. Como si, al descubrir un precipicio frente a mí, decidiera conscientemente tirarme. Sin embargo, tengo fama de ser alguien tranquilo, de ser «filosófico». Nada que hacer. Impulsado por una fuerza superior me lanzo a una batalla sin sentido. La adrenalina me hace perder toda compostura. Ya no soy capaz de actuar de conformidad con aquello que, me dice mi juicio, es la mejor manera de lograr un resultado.

La experiencia es transferible a la vida civil. Podemos tener grandes ideas sobre el rol y el funcionamiento de nuestras instituciones, pero, cuando muestran fallas, la tentación de rajar es fuerte. En caso de vacío de poder o en tiempos de guerra, en lugar de mostrarse solidario y confiar en la inteligencia colectiva, cada uno maniobra

para salir adelante por su cuenta. De ahí el tráfico clandestino, los mercados negros, los robos, etcétera, que se desarrollan precisamente en momentos donde deberíamos trabajar juntos.

La debilidad de la razón y nuestra incapacidad para unirnos a una verdadera causa común explican también nuestra mortificante falta de reacción ante la emergencia climática. Somos, sin embargo, conscientes: debemos ponernos de acuerdo, cooperar y hacer algo para garantizar nuestra supervivencia y bienestar, no solo como grupo sino también como individuos. Porque el mundo que nos espera, si seguimos con la trayectoria actual, tendrá una gran degradación en nuestras condiciones de vida. Sin embargo, perseveramos a sabiendas en el camino de la autoextinción.

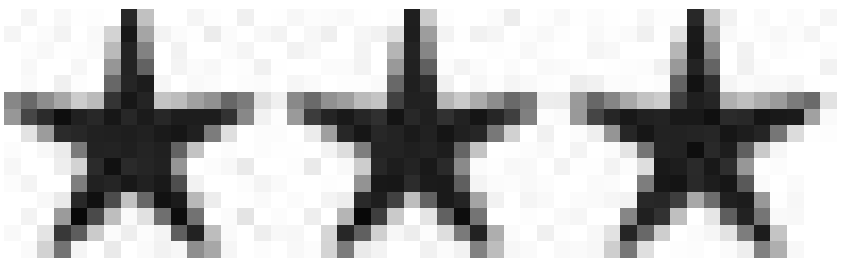
¿Cuántos de nosotros nos sentimos frustrados por nuestra incapacidad de hacer algo para cambiar la curva de temperatura (y el curso de la Historia con ello) mientras mantenemos nuestras comodidades cotidianas? ¿Cuántos de nosotros nos manifestamos por el clima y conducimos SUVs? Entre el conocimiento y la acción, el conflicto está más abierto que nunca. Los humanos estamos llenos de incoherencias: conocemos comportamientos correctos, pero los ocultamos para satisfacer placeres personales inmediatos. Estos serán perjudiciales a largo plazo pero no nos importa lo que está lejos, o lo que concierne a otros. Es lo que se ha llamado «la tragedia de los bienes comunes[63]»: en un mundo de recursos limitados, pretendemos que sean inagotables o estén a nuestra sola disposición.

Nos dejamos morir, igual que un equipo ciclista se marchita bajo los golpes infligidos por acciones descoordinadas de sus miembros, o como una escapada es engullida por el pelotón por no haber colaborado. Todos los corredores, sin embargo, saben que la primera condición para su éxito propio es que la fuga llegue al final. Para ganar hay que estar en condiciones de hacerlo. Es cierto que existe un riesgo al comprometerse de lleno para evitar que el pelotón cace, al pedalear con fuerza sin guardarse nada. Pero estadísticamente este riesgo (si cada uno se vuelca por igual) es de cuatro sobre cinco, o de cinco sobre seis, lo que no está tan mal. Si la escapada no coopera las posibilidades de éxito tienden a cero. Un enfoque estrictamente matemático, por lo tanto, fomenta que el

acuerdo sea norma. A menudo vemos, en cambio, que el grupo delantero se rompe debido a disensiones internas, con cada corredor tratando de «guardar pedaladas» para tener más energía cara al tramo final de la prueba. ¡Puedes imaginar lo frustrante y angustiosa que es la situación cuando eres un actor de ella! No querrás ser blanco de las bromas trabajando ciegamente por el éxito de otro. Así que te enfadas con quien releva racaneando, te tiras un farol, intentas irte solo con un ataque… todas estas acciones solo aumentan la división y establecen un círculo vicioso donde pronto dejamos de saber quién empezó qué. Inexorablemente la escapada se ralentiza. Sin haber una auténtica lucha, el pelotón caza.

«No hagas más que aquel que hace el que menos»: ¡cuántas veces he oído esta máxima del ciclismo repetida por mis distintos directores de equipo, quienes se creían maestros tácticos aprovechando el sistema, cuando solo estaban contribuyendo a crearlo en una versión ampliamente subóptima! Si yo siguiera esta instrucción al pie de la letra, y si todos los demás miembros de la escapada adoptaran también dicha lógica, el grupo se detendría. Todos esperarían para ver quién se esfuerza menos, nos miraríamos unos a otros, y nadie pedalearía.

Sin embargo, pensar solo en un éxito colectivo también es improductivo, e incluso inhumano. Por tanto, debemos encontrar maneras para que la fuga colabore, sin olvidarnos de nosotros mismos.



La teoría de los juegos podría ser un recurso para abordar estas cuestiones. Postula que los humanos son agentes racionales que buscan maximizar su suerte particular. El ejemplo más famoso es el «dilema del prisionero», que describe la situación de dos cómplices

de un crimen sobre los que un juez busca confesión. Para ello les ofrece un trato (sin que los dos cómplices puedan comunicarse): un año a cada uno si ninguno confiesa; diez años si ambos confiesan; y, si uno denuncia al otro sin reciprocidad, el primero queda en libertad mientras el segundo será encerrado durante veinte años.

El resultado óptimo de este problema para ambos prisioneros sería que permanecieran en silencio. Ninguno de los dos delincuentes puede considerar una opción mejor sin perjudicar a su cómplice. De esta forma cada uno de ellos sería condenado a un año de prisión[64].

Los miembros de una fuga ciclista se encuentran, en cierto sentido, en posición similar a la de estos presos. Su dilema es: 1) tiro fuerte y me arriesgo a cansarme y a favorecer la victoria de un rival que ha racaneado en los relevos; o 2) me reservo para estar todavía fresco al final, pero la escapada podría ser alcanzada por el pelotón. La solución sería, por supuesto, que los ciclistas llegasen a un acuerdo tácito, que colaborasen de manera justa y sin segundas intenciones para servir lo mejor posible al interés general, y se expresaran de manera justa en los últimos kilómetros.

Del mismo modo, sería racional que los habitantes de un mundo que se calienta actuaran juntos para combatir el aumento de las temperaturas, aunque reduzca su bienestar a corto plazo, porque es un bien común.

Pero el interés común no es el interés de cada individuo. Abandonando lo bueno por los cantos de sirena de lo mejor, los presos estarán tentados a denunciarse mutuamente, imaginando que el segundo actuará de otro modo, lo que permitiría liberar inmediatamente al delator. Pero, como los dos hombres razonan igual, ambos serán condenados a diez años de prisión, una pena mucho menos envidiable que aquella que les hubiera supuesto un acuerdo implícito[65].

Los corredores escapados son como estos presos: en lugar de cooperar para ponerse colectivamente en situación de victoria, vacilan, juegan a economizar, esperan beneficiarse del trabajo de los otros y finalmente son atrapados por el pelotón, perdiéndolo todo.

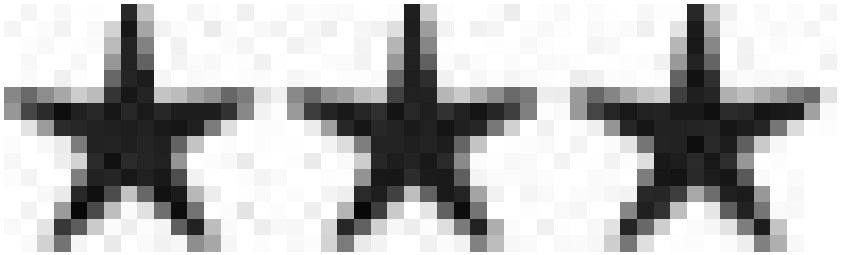
El deporte, más que cualquier otra actividad humana, no es una cuestión de razón. Se basa en criterios subjetivos, pasionales, como el miedo o la confianza[66].

El tema del calentamiento global no es, por desgracia, una excepción. Nuestra casa se está quemando y aguardamos a que el vecino apague ese fuego. Seguimos llevando nuestra cómoda vida habitual, diciéndonos a nosotros mismos que el necesario trabajo común puede esperar. Todos nos creemos más listos que el resto y queremos beneficiarnos del sistema sin sacrificarnos individualmente a su construcción.

Lo más chocante es que esta actitud no es en sí misma irracional. No es una tontería conocer los males del futuro (la escapada está condenada al fracaso si empieza a desunirse; el mundo está condenado si seguimos con el mismo modelo de crecimiento) y, sin embargo, no actuar para remediarlos. No es ilógico decirse «después de mí, el diluvio[67]». De hecho, ¿por qué deberíamos sacrificar nuestro interés personal si el yo es lo más importante para nosotros? Son preguntas a las que me he enfrentado con frecuencia como ciclista, y sobre las que no estoy seguro de haber encontrado respuesta satisfactoria. ¿Qué justifica que deje en suspenso mis opciones por seguir una consigna del equipo que me es claramente desfavorable? O (lo que viene a ser lo mismo), ¿qué es lo que me da a mí, el líder, derecho a ordenar algo a mis gregarios? Solo puedo apoyarme en ese imperativo consecuencialista que impone el uso de los medios más adecuados para alcanzar un fin concreto. Pero este imperativo no tiene fundamento: ¿por qué este fin y no otro? ¿Por qué hay que favorecer el bien del grupo y no el mío? Las razones del corazón pueden no ser las razones de la mente, pero no son menos válidas.

Los regímenes democráticos se basan en el supuesto de que los ciudadanos se pondrán naturalmente al servicio de la colectividad. Podemos entender su impotencia. Creer en un modelo utilitario (que los sujetos individuales son capaces de alcanzar un punto de vista general y, desde esa posición, elegir libremente actuar de forma que mejore el bien colectivo) es una falsa esperanza que solo puede decepcionar. Si bien es cierto que la naturaleza es un libro escrito en lenguaje matemático, el mundo humano no es cuestión de

cálculo. Los agentes sociales, como los ciclistas, no obedecen reglas teóricas del entendimiento sopesando pros y contras, evaluando probabilidades, capaces de una reflexión objetiva y a largo plazo. Creer esto es perder muchas victorias.



Este problema del vínculo entre lo singular y lo universal atraviesa, si nos fijamos bien, toda la historia de la filosofía desde sus orígenes. Para Platón, que definía la realidad como el mundo eterno de las Ideas, de las Formas inteligibles, esto acarreaba ya una dificultad mayúscula: ¿cómo pueden existir las cosas sensibles, las que nos rodean y experimentamos inmediatamente, y participar de estas Ideas? ¿Cómo podemos establecer un vínculo entre una cama particular y el concepto de Cama, o entre una acción justa y el principio de Justicia[68]? La filosofía nació como conciencia de este vínculo imposible, aunque necesario, entre el individuo y lo general.

Casi todos los filósofos han intentado aprehender este asunto. Para varios de ellos, incluido Platón, es el conocimiento lo que nos permite ir más allá de nuestra condición particular de seres humanos para alcanzar algo más elevado, algo más profundo. Otros, como Schopenhauer[69], apuntan al arte, una experiencia «gratuita» que rompe el movimiento implacable de la «voluntad de vivir», el de nuestra simple existencia biológica[70]. Para otros como Kant, en definitiva, la moral, que decimos debe obedecer a una regla de universalización[71], es lo que eleva infinitamente nuestro valor más allá de nosotros mismos.

¿Son satisfactorias estas soluciones? Ciertamente, desde un punto de vista teórico. ¿Pero no son demasiado perfectas como para ser aplicables a los vivos? Al ensalzar los poderes del conocimiento, el

arte o la moral, los filósofos se liberan de la materialidad humana. Su exceso (que es también su grandeza) radica en que quieren partir de lo universal, olvidando la primacía de lo singular. La individualidad se retuerce de tal forma que encaja impecablemente en el sistema propuesto. El tema es configurado en función del objetivo que se quiere alcanzar. Hermoso, intelectualmente perfecto, pero quizás un poco artificial, sin ningún vínculo con lo que hace a cada ser humano verdaderamente excepcional, es decir, su implicación carnal en el mundo.

Habría que saber situarse no desde un punto de vista elevado, sino a ras de suelo, a la altura de un hombre, de una rueda, de un aliento, de un individuo. Para estudiar las relaciones humanas no debemos subirnos al nivel del macrocosmos, del pelotón como masa indistinta, de la sociedad como bloque, sino ponernos al nivel interpersonal, en la relación entre dos singularidades (que es ante todo un enfrentamiento, una competición, porque hay rivalidad para desplegar el propio poder).

Imaginemos una situación en la que dos corredores ruedan codo con codo. No se trata de un caso trivial, no: aquí es la vida de los atletas lo que está supuestamente en juego. El esfuerzo es intenso, implacable, el primero que baje el ritmo, el primero que se rompa, el primero que pierda distancia, aunque sea por media rueda, será designado como équipier del otro y tendrá que someterse. Quien frene al acercarse un peligro, una curva o un estrechamiento de la carretera, también revelará su debilidad. La carrera ciclista es una lucha por la existencia, es decir, una lucha por la afirmación del poder.

Esta situación es similar a la etapa inicial de la dialéctica del amo y el siervo, que Hegel desarrolla en la Fenomenología del Espíritu, donde dos conciencias luchan a muerte impulsadas por su deseo de reconocimiento. Uno de los luchadores finalmente gana; uno de los dos ciclistas se debilita y se resigna, o se asusta al acercarse el tramo difícil.

El ganador triunfa y es declarado maestro. Pero no mata a su competidor: necesita una alteridad que pueda dar testimonio de su valía. Ese será el vencido. De tal modo giran los engranajes de la sociedad jerárquica que hemos descrito, a partir de una relación

competitiva entre dos individuos. Así se establece esta sociedad de la mentira, donde determinados seres, luego clases, se construyen a sí mismos como superiores o inferiores (y donde los primeros, como resultado, hacen trabajar a los segundos, quienes aceptan este estado de servidumbre sinónimo de supervivencia y seguridad).

El maestro es quien arriesga su vida. Es quien ha soportado la mayor presión, quien ha asumido el mayor compromiso físico, quien tiene más que perder, quien está más expuesto al peligro. Tiene el privilegio de dominar. Pero el derrotado, el siervo, también tiene privilegios: el de una cierta forma de confort, de ausencia de responsabilidad, y la seguridad de no morir.

A pesar de las apariencias (¿quién en su sano juicio querría ser esclavizado?), la posición del dominado es en cierto modo ventajosa, porque, paradójicamente, la relación de dependencia se vuelve gradualmente a su favor. Al igual que el líder de un equipo ciclista es impotente sin la ayuda de sus compañeros, incapaz de luchar contra la fuerza del pelotón o de los equipos organizados, el maestro no puede hacer nada sin la persona que trabaja para él. Un gregario, a la inversa, no necesita de líder para vivir. Si su campeón abandona la carrera por cualquier motivo, no se le puede echar nada en cara. Podrá seguir su camino e incluso aprovechar la situación para jugar cartas propias. Por otro lado, un líder sin nadie que lo apoye pierde todos sus medios. No puede competir con sus competidores directos. Y un líder necesita que sus gregarios sean valorados como tales. Si este reconocimiento ya no existe, si la desconfianza se instala, entonces el líder pierde automáticamente su estatus por falta de ojos que lo admiren. Un rey sin súbditos es un ser lleno de miseria.

Además, en una prueba ciclista hay que saber que el líder se pasa la mayor parte del tiempo esperando, inactivo, desconectado de la carrera, calentito en medio del pelotón, aprovechando que sus compañeros de equipo le avituallan, le informan, le protegen del viento. Los segundos, en cambio, son totalmente activos: tienen que ir a buscar bidones al coche, informarse de las escapadas, trabajar para echarlas abajo… Cuando el líder entra en acción solo quedan unos pocos kilómetros por recorrer, unos hectómetros, incluso, si hablamos de velocistas. El líder se vuelve, poco a poco,

hiperespecializado para estos momentos, ciertamente cruciales pero, sin embargo, siempre bastante parecidos. Se olvida de toda la diversidad de la carrera, de todos los aspectos técnicos y tácticos que la componen, y que son constantemente confrontados por los compañeros de equipo que siguen progresando para enriquecer su paleta, mientras que aquel para quien trabajan finalmente se estanca en un papel único con horizontes limitados. Acostumbrado a permanecer a rueda y saltar en el último momento, el líder ya no sabe correr solo y ve cómo se reduce su espectro de opciones a medida que afianza su estatus. Mayor será la caída si un día se encuentra sin sus preciados sirvientes.

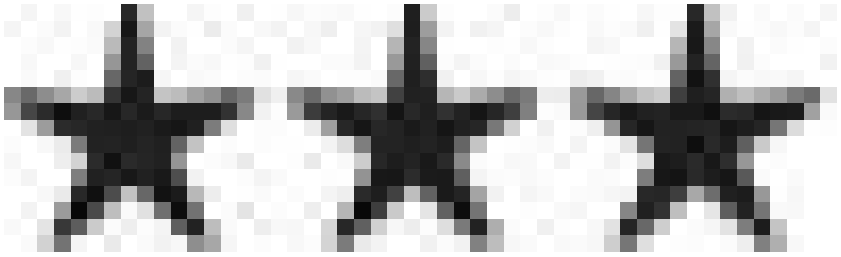
El amo se ha vuelto dependiente del siervo. La relación de dominancia se ha invertido. Se establece una forma de igualdad, que no es igualdad universal y aritmética de la sociedad democrática, sino igualdad en movimiento, un péndulo continuo de relaciones asimétricas que se anulan estructuralmente en el curso de la historia, de esta historia dialéctica similar a una prueba ciclista donde el menos contiene germen del más, donde la derrota es sinónimo de futuros éxitos y las victorias anuncian tiempos oscuros.

Para Hegel el resultado de esta dialéctica reside en la reconciliación de las dos conciencias bajo la figura del Estado. El Estado impone reciprocidad entre ciudadanos, un reconocimiento mutuo se instaura. El egoísmo original está superado, lo universal se alcanza.

Un término así ¿aparece al alcance del ser humano? Si estamos construyendo la historia lo hacemos a pesar de nosotros mismos. El corredor no piensa en los premios cuando lucha al final de una carrera importante; simplemente quiere ganar, aquí y ahora. Tampoco es consciente de estar contribuyendo a crear una institución, la comunidad ciclista, en cuyo seno es posible la estima mutua garantizada por el respeto a ciertos códigos tácitos. El pelotón, como sociedad, no puede existir sin sus miembros, pero estos no se preocupan del gran conjunto que constituyen sin saberlo.

A nuestro nivel, solo podemos permanecer en la etapa conflictiva de la competición. Luchando constantemente por el reconocimiento, por la afirmación de nuestro poder, nos comparamos, nos enfrentamos y desarrollamos vínculos de dependencia que se

invierten continuamente, sin que seamos conscientes del proceso. Por tanto, más que de apelar a una moral imposible de sobrellevar, sin caer en un ombliguismo forzado que consista en aprovecharse descaradamente del otro, se trata de construir un egoísmo auténtico.



El egoísmo, como ética, consiste en confiar en la propia inteligencia instintiva. No pretende ser universal, no es un poder intelectual superior capaz de organizarlo todo, ni siquiera una facultad compartida por todos los seres de razón. No, es mi inteligencia, mi individualidad particular, comprometida en un entorno que me es propio. En este sentido, el egoísmo es consecuencia práctica de la convicción solipsista (palabreja para decir que el mundo nunca es solo mi mundo). En esta perspectiva hay que admitir que no puede haber leyes eternas que guíen mis acciones, sino solo improvisación permanente, caso por caso. La moral es siempre cuestión temporal.

En medio de un esfuerzo, al final de una etapa, cuando la victoria parece alcanzable, no me preocupa demasiado la organización del pelotón como un todo. Estoy solamente centrado en una cosa: ganar. Presente en el mundo, me libero de cualquier táctica impuesta externamente. Me abstengo de las instrucciones llegando por el pinganillo (que, por cierto, suelo quitarme). Las normas habituales que rigen el progreso de un pelotón ya no se aplican. Estoy reconcentrado en mí mismo, listo para abalanzarme, como gato salvaje que espera el momento adecuado para saltar sobre su presa, sordo a toda consideración secundaria, a toda lógica objetiva, a todo orden de cosas.

En 2017 probablemente no habría ganado el Giro de Toscana si hubiese seguido la táctica habitual. Ataqué al pie de la última

subida, mientras que lo más sensato era mantenerse a rueda hasta los últimos kilómetros, tras descolgar a los gregarios del resto. Mi director deportivo flamenco repetía por la radio: «¡Rustig! ¡Rustig!», «¡Tranquilo! ¡Tranquilo!». Ese día, sin embargo, presentí que debía abandonar los senderos trillados. Pasé a la ofensiva desde las primeras rampas, sin miedo a gastar innecesariamente y perderlo todo. Solo en cabeza, pude mantener un ritmo constante. Detrás los favoritos (un antiguo y un futuro ganador del Tour de Francia, Vincenzo Nibali y Egan Bernal) se vigilaban mutuamente, acelerando y frenando a tirones. Cuando se dieron cuenta de la amenaza que representaba, era demasiado tarde. Iba lanzado a ganar.

¿Quién hoy, en nuestra sociedad, es capaz de asumir esta parte instintiva que nos impulsa a todos y contra la que no podemos hacer nada? El deporte, si se practica con inteligencia, permite redescubrir una forma de animalidad, entendida no como retorno a una vida salvaje y primigenia (que nunca existió) sino como reencuentro con la tierra y con nosotros mismos. En este sentido, es expresión perfecta de la ética egoísta.

El mundo solía estar estructurado en torno a puntos de referencia estables, una jerarquía establecida que era ciertamente arbitraria, pero eficaz. La sociedad del exceso de información ha desmontado todos estos pilares artificiales. Ahora tenemos que admitir que sabemos. El saco está abierto y han caído innumerables canicas que se dispersan de forma desordenada. Imposible intentar guardarlas de nuevo. Las canicas deben construir su propio camino, establecer su singular coherencia. Aquí y allá rebotarán unas con otras, similares y al mismo tiempo radicalmente ajenas entre sí. Tendrán que aprovechar ese choque para progresar e ir acumulando, poco a poco, más poder.

Margaret Thatcher, en realidad, no se equivocaba al decir que «there is no such thing as society[72]»: de hecho solo hay personas, mujeres, hombres, niños, una masa de seres en movimiento que se inventan y reinventan constantemente, según intercambios contingentes con los demás. Estas personas no pueden apoyarse en modelos para avanzar, o bien estos modelos son páginas en blanco, como El hombre que camina de Giacometti[73], simple y recto, como

la figura escogida por Ulises al final del mito de Er, en La República de Platón, cuando la diosa de la Necesidad ofrece elegir entre varios tipos de almas para reencarnarse: en lugar de ejemplos de éxito o poder, el héroe de la Odisea preferirá la vida de un individuo sin atributos particulares, un trabajador sin nada excepcional, cuya singularidad reside precisamente en esta banal humanidad.

La referencia también puede ser al kalos kagathos griego, el «hombre bello y bueno» cuya apariencia externa reflejaba bondad interna, cuya virtud era vivir en la simple autoafirmación. O el caballero de la Edad Media, el samurái japonés, incluso el gentleman británico, todos ellos apegados a un código de honor pero que, en última instancia, no obedecían a nadie más que a sí mismos. Frente a una sociedad que ya no se contenta con dejarse llevar, la reaparición de estas imágenes es una llamada a la sencillez, la contención y el pudor consistente en no desvelar los engranajes de sus pensamientos, los motivos de sus actos, sino en actuar y reflexionar coherentemente con uno mismo.

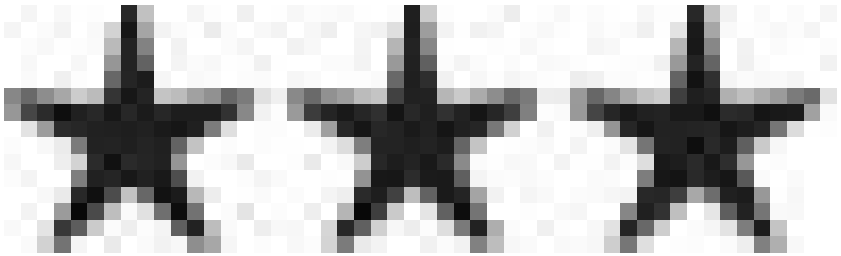
Estas figuras no deben ser admiradas como tales, ciegamente. Ellas también formaban parte de un sistema sobre el que no tenían control, donde se habían establecido patrones de desigualdad y violencia (esclavitud, servidumbre, misoginia, etcétera). Ello los hace aún menos imitables, porque entonces volveríamos a caer en una artificialidad que ya no es posible, una donde el sujeto perdería lo que es suyo, tratando de adornarse ridículamente con ropajes que no son propios y ya no pueden serlo. En el mejor de los casos, las referencias anteriores descritas pueden servir de hito, faro, guía. Pero no deben abrumarnos con su grandeza.

La inspiración se encuentra en el pueblo, en la inteligencia ordinaria, en la famosa common decency[74] evocada por Orwell, entendida no como moral natural que posee por esencia y milagrosamente una determinada clase social («el pueblo»), sino como una cierta evidencia de vida, una práctica que no requiere teoría para desarrollarse.

Reindividualizarse, recentrarse, renaturalizarse… estas son las palabras clave de la ética egoísta. Ningún poder externo al sujeto (especialmente una moral) lo gobierna. Más aún, él mismo no puede mandarse a sí, no puede decidir obedecer un código, sino que debe establecerlo en la vida cotidiana experimentando con él.

El auténtico egoísmo es humilde, discreto, modesto e individual. La expresión «-ismo» es, en este sentido, engañosa, porque parece generalizar, pretenderse a lo universal, allí donde solo existe lo particular. Encontrar la propia coherencia, la propia ética, es un reto al que hacemos frente. A esto yo le llamo resolidarización. Una experiencia que ningún filósofo, ninguna escuela de pensamiento, ningún libro de autoayuda, ni nada por el estilo, pueden realizar por nosotros.

Una experiencia que todo ciclista está en condiciones de llevar a cabo cada día.



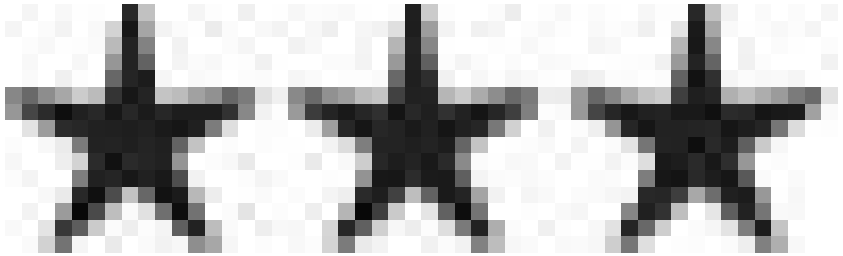
La moral deportiva exige solidaridad. La ley del pelotón dicta que ningún individuo debe destacar entre la multitud. No es fácil, cuando uno es un corredor joven, osar distinguirse, forzar, por ejemplo, una fuga para relanzar la carrera cuando los líderes «hacen barrage», es decir, bloquean la carretera después de que se haya escapado un grupito que aprueban. Recuerdo una etapa de la Dauphiné Libéré durante mi primer año profesional. Uno de mis compañeros quería atacar, pero el equipo del líder no estaba por la labor. Intentó pasar por un hueco al lado de la carretera. Fue, literalmente, empujado a la hierba. Suficiente para disuadirlo de volver a intentarlo…

De igual manera, durante este Tour 2021, cuando después de dos

semanas, y tras una escapada en los Pirineos, iba segundo en la general, mi equipo Cofidis y yo tuvimos grandes dificultades para imponer nuestra presencia tras el equipo del maillot amarillo, quienes llevaban, como es habitual, el ritmo. Tuvimos que jugar con los codos y rebelarnos contra algunas de las grandes escuadras, acostumbradas a ocupar estos lugares privilegiados y probablemente ofendidas por ver un miembro de un equipo «pequeño» delante de ellos en la clasificación.

Una cierta ortodoxia rige el pelotón: existe un orden que debe ser respetado, solo se aprueban ciertos esquemas estratégicos. Todo está tan interiorizado que poco a poco ya no se concibe que sean posibles otros escenarios de carrera, o que la jerarquía sea infundada. Ya nadie arriesga a pasarse de la raya.

Resolidarizarse, en contraposición a la moral de solidaridad, significa dar una nueva mirada a tácticas habituales, abrirse a nuevas posibilidades donde somos actores, reconectar con la esencia de nuestras prácticas. ¿Qué es una carrera ciclista? Nada más que una prueba atlética donde individuos sobre una máquina con ruedas parten de un punto A y deben llegar a un punto B antes que sus competidores. Desde este punto de vista no hay ninguna obligación de seguir un recorrido fijo, ni se justifican todas esas reglas tácitas, ancladas en el pelotón, según las cuales los aspirantes deben seguir el ritmo y la estrategia que marquen los favoritos, mientras equipos más pequeños, aquellos que disponen de un presupuesto menor o corredores con menos renombre, tienen que dejar el lujo de la mejor posición en el pelotón a las grandes escuadras[75]. Deberíamos tener la audacia de reajustar todos estos algoritmos que rigen la vida del pelotón, tener valor para oponernos e innovar. Solo y débil es imposible, obviamente. Por ello el reto es conseguir federarse en torno a uno mismo, en una voluntad común de retornar a los principios del deporte, es decir, los de la confrontación, esa que no debe estar regulada por ningún otro poder que el de los árbitros.



El ejemplo de los árboles, cuya sensibilidad está atestiguada y cuya profunda inteligencia empieza a demostrarse, es útil para comprender cómo, a partir de nuestro aislamiento inicial, puede ser posible vincularse con otros que no seamos nosotros mismos, para inventar un modo de funcionamiento original.

La vida de un árbol no es un río largo y tranquilo. Es conflicto, lucha por la existencia en el bosque contra un conjunto de competidores, de la misma especie o no, todos buscando agua y luz. También es un esfuerzo para resistir las agresiones externas, ya sean climáticas, animales o humanas. El árbol es hipervulnerable, al igual que el individuo enfrentado al mundo, o el ciclista perdido en medio de un pelotón ante doscientos adversarios, intentando a toda costa hacerse oír.

Frente a todas estas amenazas, el árbol debe desarrollar estrategias de supervivencia. Se salpica con espinas para protegerse de quienes codician su corteza o sus frutos, o se hace incomestible, como las acacias africanas que aumentan su contenido en taninos cuando los antílopes empiezan a atacar sus hojas.

También tiene la sabiduría de integrarse en un todo a través de relaciones interindividuales que lo beneficiarán. El árbol literalmente se coordina con sus congéneres mediante la unión de las raíces, de modo que un individuo debilitado tras un periodo difícil, por sequía o falta de luz, puede apoyarse en otros más cercanos a una fuente de agua o un espacio luminoso.

Los investigadores han descubierto que estas conocidas acacias africanas no solo pueden reaccionar rápidamente ante agresiones de animales haciéndose no aptas para el consumo, sino que también son capaces de transmitir la información a otros congéneres

cercanos mediante la emisión de un gas, para que a su vez modifiquen, como medida preventiva, su concentración de taninos.

Las plantas tienen inteligencia, la cual consiste en trabajar como red en un intercambio de buenas prácticas. Lo que surge, casi milagrosamente, no es un pueblo sino un bosque, un conjunto en el que cada ejemplar busca sobre todo, y en conexión con los que le rodean, desarrollarse. Este conjunto difuso no se rige de manera supraindividual, sino que se basa en relaciones singulares, las mismas que lo constituyeron inicialmente.

El otro adquiere, por tanto, importancia primordial. Pero no el otro en sí mismo, abstracto, objetivado: ese sería, ese es, el otro del amo que quita todo valor a la conciencia esclavizada, la designa como cosa, la considera muerta y, al mismo tiempo, pierde esa implicación que debe reconocerla. El pelotón que quiere imponer su ley verticalmente adopta esta actitud. Al hacerlo, ni siquiera se da cuenta de que está caminando hacia el suicidio.

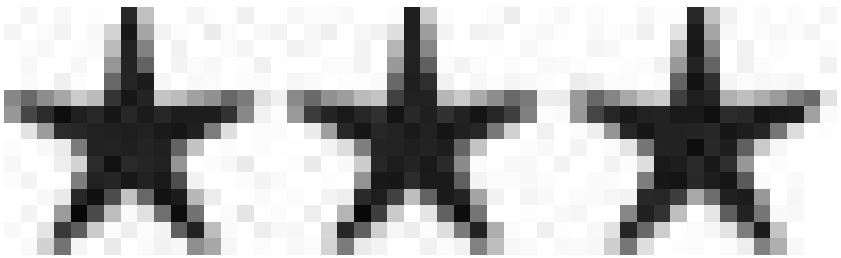
Cuando se es ciclista, el impulso de controlarlo todo es fuerte: a uno mismo, por supuesto (entrenamiento, alimentación, recorrido, etcétera), pero también a compañeros y adversarios. Este es, sin embargo, el escollo que debemos evitar, porque no solo revela ineficacia (los demás, por definición, no son cosas inertes y manipulables), sino que, además, rompería la magia del deporte, es decir, ese carácter imprevisible provocado por actores que son seres vivos, sensibles y, a veces, irracionales.

Otra tentación sería considerar al otro como un doble de uno mismo. Podríamos, por tanto, suponer intenciones y anticipar acciones. Todos somos, sin embargo, radicalmente diferentes, y esto es algo que se ve cada día en el ciclismo: no entendemos la carrera de la misma manera dependiendo de si somos velocistas o escaladores. Los primeros suelen estar nerviosos al comienzo de una etapa de montaña, mientras que los segundos anhelan ponerse en marcha. Nuestra historia pasada también nos moldea: una caída reciente creará aprensión exagerada en el descenso, hasta que se resuelva el bloqueo. En definitiva, todo un conjunto de factores genéticos y epigenéticos nos construyen. Descartar de plano estos parámetros diferenciadores con el argumento de que todos estamos hechos iguales es un camino fácil al que algunos pueden sucumbir

por comodidad. Son directores de equipo que ven atletas como si fueran personajes de videojuego con cualidades físicas cuantificables. O ciclistas que no conciben el hecho de que sus compañeros puedan tener una visión de carrera diferente a la suya, y se enfadan porque no todo sale como ellos quieren. La dificultad de cualquier relación reside en el arte de adaptarse a una extrañeza absoluta, que se concibe, igual que hacemos nosotros, como absolutamente esencial. Una vez integrada esta idea fundamental, el hábil director deportivo ya no considerará a sus hombres como «perfiles» intercambiables, sino que podrá hablar con cada uno tocando su individualidad. En cuanto al ciclista, habrá adquirido el control de la carrera en cuanto deje de suponer que es piedra angular de la misma, en cuanto aprenda a jugar con esos movimientos contrarios e inesperados que le dan ritmo.

Lo importante es el vínculo dual que crean los individuos entre sí. Ciertamente no en sentido moral o religioso («compartir por encima del enfrentamiento»), sino por cuestiones de interés mutuo. El vínculo se desarrollará gradualmente, superando la simple relación de persona a persona, y permitirá llegar a organizaciones complejas, compuestas por muchos individuos. Estas organizaciones, sin embargo, no deben crecer tanto como para perder de vista lo que les sirve de base, es decir, los seres humanos.

Por desgracia, me temo que nuestras sociedades ya han caído en esta trampa. En el ciclismo observo que cada vez se toman más decisiones por parte de las autoridades, en comisión erudita, o a través de sindicatos que supuestamente expresan la voz del pelotón, sin recurrir al sentido común. Este microcosmos es un reflejo del macrocosmos, que también se pierde en estructuras y subestructuras que pretenden servir al individuo, aunque sin reconocerlo del todo.



El deporte puede ser un recurso para reaprender a actuar sin que una inteligencia superior nos dirija, tanto solos como en grupo, como esos árboles que se comunican, esos peces que forman cardúmenes o las hormigas que se coordinan. En la competición deportiva, a pesar de instrucciones estratégicas y mantras colectivos, estamos solos. Incluso en disciplinas que se practican en equipo. El objetivo: encontrar una forma de expresar nuestro poder, de establecer nuestra valía. Esto se hace, por supuesto, contra los demás, pero no sin ellos.

El deportista debe comprometerse, asociarse con extraños, «echar raíces». Por eso los jugadores se pasan la pelota en el fútbol: si jugaran solos no tendrían ninguna posibilidad de brillar, de ganar. Si en el ciclismo formamos equipos y aceptamos correr para un compañero, es porque esta es la condición de posibilidad para nuestro éxito individual (que puede adoptar muchas formas: la alegría de una victoria por delegación; la expectativa de que nos sea devuelto el favor; el reconocimiento del trabajo realizado; el simple placer de la acción en lugar del aburrimiento de la espera; o, más trivial, la contrapartida pecuniaria).

El funcionamiento es bastante sencillo y evidente cuando se trata de intercambios dentro de equipos, entre compañeros. Si los velocistas me han ayudado en etapas de montaña, protegiéndome del viento durante la travesía del valle, por ejemplo, o intentando colocarme en buena posición al pie de puerto, me parece natural que en un día plano intente devolver el favor abrigándoles el mayor tiempo posible. Más complejo parece explicar acuerdos entre competidores, entre atletas cuyos objetivos son diametralmente opuestos. Sin embargo, el mecanismo es el mismo: la colaboración se construye cuando debemos defender intereses convergentes, cuando el servicio prestado va a reportar un bien a quien lo inició.

El mundo de los árboles no puede ser más instructivo para abordar estas cuestiones. Hemos descubierto que la mayoría de plantas terrestres realizan intercambios mutuamente beneficiosos con los champiñones de sus raíces. Las plantas ceden al micelio subterráneo parte de los azúcares que producen mediante la fotosíntesis, y a cambio cosechan agua, nitrógeno u otros elementos minerales. Esta

«asociación», conocida como simbiosis micorrízica, demuestra que organismos radicalmente diferentes son capaces de asociarse cuando pueden obtener mutuo beneficio. Otro ejemplo muy conocido, tal vez más llamativo, es el del tiburón y la rémora: aunque el primero podría hacer fácilmente del segundo su almuerzo, lo protege porque el pececito que vive pegado a él le limpia la piel de parásitos y bacterias, resguardándolo así de infecciones.

¿Cómo puede una escapada resistir al pelotón sin desintegrarse por las discordias entre miembros? En lugar de apelar al cálculo racional, ¿por qué no tomar ejemplo de la naturaleza e intentar establecer un sistema de reciprocidad donde todos puedan encontrar algún beneficio? Mi primera victoria en amateurs la conseguí de esta forma. Durante el Tour de Jura 2013 dos corredores estábamos fugados en la última etapa. Mi compañero de escapada tenía la vista puesta en la general, mientras que yo estaba peor clasificado y me focalizaba en ganar ese día. Configuración ideal y deal[76] evidente: teniendo cada uno objetivos distintos podíamos darlo todo para repartirnos el pastel sin pensar demasiado. Yo obteniendo los laureles de la etapa, mi oponente triunfando en la clasificación general. Como el tiburón y la rémora, el árbol y el champiñón.

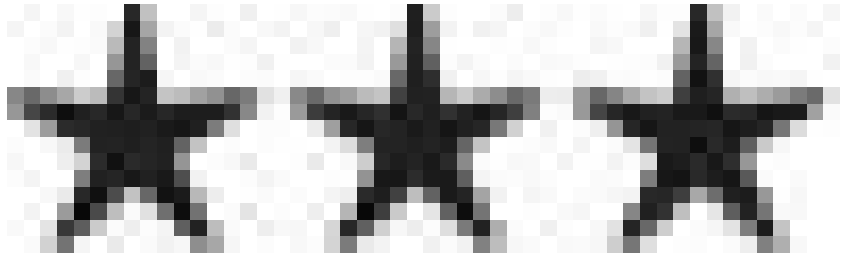
Es, por supuesto, más complejo cuando todos los ciclistas quieren ganar, cuando dos animales anhelan la misma presa o cuando dos árboles luchan por la luz. A menudo solo hay un sitio en el escalón más alto del podio. Y aquí es donde el juego deportivo toma todo su sentido. Consiste en interactuar con el otro, aprovecharse de él (haciéndole creer, por ejemplo, que estás en apuros para que pedalee sin guardarse nada, creyendo que tiene todas las posibilidades de ganar) sin revelar tu estratagema. La otra persona actúa y piensa de la misma forma, por lo que hay que tener cuidado para no acabar en una situación donde todos hacen muecas y nadie se esfuerza. La sutileza consiste en encontrar un punto de equilibrio donde la colaboración al menos parezca mutuamente beneficiosa. La construcción de dicho acuerdo debe tener en cuenta las fortalezas y debilidades de cada persona: el más rápido tendrá que esforzarse un poco más que los otros, porque tiene ventaja en caso de que el grupo llegue al esprint; mientras que el escalador debe

llevar el peso en las zonas ascendentes… Todo un sistema de trueque, de mercadeo, se ha establecido, no de forma consciente y formalizada, sino sobre el terreno, caso por caso, de persona a persona.

A veces no funciona: la fuga se rompe porque no llega un pacto tácito, porque la desigualdad entre los miembros del grupo parece demasiado desproporcionada para ser resuelta. La presa huye porque los depredadores no han sido capaces de llegar a un acuerdo. Los árboles de un bosque demasiado denso, demasiado competitivo, no pueden desarrollarse.

Hay ocasiones, sin embargo, donde se logra cooperación suficiente, dentro de los límites de lo personalmente aceptable, pero bastante como para que el grupo compita por la victoria, aunque sea con un margen pequeño. ¿Cuántas veces viene a morir el pelotón sobre los talones de la escapada al final de una etapa? Esto se debe a que los ciclistas en cabeza llegaron a un perfecto punto de equilibrio: cada uno de ellos trabaja lo justo para asegurarse de estar en posición de ganar, pero nunca más de «lo justo». Este es el milagro: a partir de una confusa suma de intereses divergentes, se logra un equilibrio que satisface a todos, un momento efímero de cohesión colectiva que no quita nada a la singularidad fundamental de cada individuo. Los lobos forman una manada y son capaces de derribar un animal tan grande como el ciervo. Los árboles se elevan simultáneamente y se inmovilizan en una copa común.

Las relaciones humanas son una especie de póquer: se da tanto como esperas recibir, se juega con la sensibilidad del otro. El equilibrio es inestable, imprevisible. No hay una guía de relaciones interpersonales, no hay un tratado sobre la amistad. Estas cosas se prueban, tienen éxito a veces y fracasan otras. En cualquier caso, un vínculo auténtico solo puede establecerse mediante el intercambio directo y sencillo entre personas. La institución, la máquina o el algoritmo son engañosos: nos hacen creer que es fácil construir una sociedad, una red humana, como si existiera una mecánica del corazón[77]. Destruye, por tanto, cualquier posibilidad de una civilización perenne, honesta consigo misma, consciente de su peso y los problemas que la atraviesan.



Afirmar la simplicidad de lo recíproco, la necesidad de resolidarización (con uno mismo, con la tierra, con los otros) no consiste en mantener un discurso idealista sobre el mundo, ni en considerar que todos son iguales. No somos iguales, es ilusorio negarlo. En mis años de ciclista joven escuchaba a menudo entrenadores que, para insuflar coraje a sus tropas, decían: «¡Tenéis dos brazos, dos piernas y un corazón, como los otros! ¡Nada de complejo de inferioridad!». Debo decir que este discurso siempre me pareció extraño. Todos los competidores, por supuesto, están dotados de los mismos atributos genéricos. Pero una pierna puede ser más fuerte que otra, un corazón puede bombear más sangre que el de al lado. En la línea de salida los hay altos, bajos, musculosos, filiformes… Y todo el juego consiste, precisamente, en lidiar con lo que tú eres y con lo que son tus oponentes. Esto es lo que hace que un deporte como el ciclismo sea tan especial: tienes que saber convertir en fortalezas tus debilidades. Tirando menos que otro, por ejemplo, cuando te sientes inferior, o faroleando para que la gente crea que estás bien y protegerte así de un eventual ataque. El mejor dotado se desprenderá de parte del poder, porque es la manera de afirmarse. Los menos favorecidos, en cambio, aprovecharán fuerzas externas para elevarse. Y estos intercambios no son fruto de una reflexión colectiva, de una decisión superior del «pelotón», de un estado justiciero o de una moral igualadora: se construyen porque interesa a cada persona, tanto fuerte como débil.

La vida es un juego de lucha que hoy no aceptamos. En su versión moderna, el deporte (que es una mímesis simbólica en miniatura de la existencia) está lleno de esta hipocresía, en la medida que se resiste a reconocer que confrontación y violencia son sus principios. Podría ser, sin embargo, el lugar perfecto para superar esta mentira no reconocida, y el camino para construir relaciones más auténticas.

¿Por qué el deporte en particular? En primer lugar, porque impone por naturaleza esa famosa resolidarización. Es imposible practicar un ejercicio físico sin confrontarse con el terreno. A través de estas actividades gratuitas, superfluas, expresiones del lujo en una sociedad para la que el trabajo corporal se convirtió en actividad de ocio, volvemos a conectar con la tierra. No puedes ser pretencioso cuando eres ciclista. La carretera te recuerda rápidamente a ti mismo y tu aislamiento. Como decía el campeón Louison Bobet, tres veces ganador del Tour en los cincuenta, «el ciclismo es una permanente lección de humildad».

Cuando salgo a rodar en invierno, solo entre la humedad normanda, a veces durante cinco o seis horas, me llego a interrogar sobre qué me empuja a hacer esto. Tengo frío, estoy aburrido. Los bellos paisajes de arboledas y las conversaciones con algunos compañeros de ruta no siempre son suficientes para alegrar mis salidas. La mayor parte del tiempo mi trabajo es una pasión; a veces es un deber. Los pensamientos cruzan mi mente mientras veo mis piernas girar de forma mecánica: ¿No soy estúpido para infringirme esto a mí mismo? ¿Hacia dónde van mis pedaladas? ¿No estaría mejor sentado junto al fuego, bebiendo té caliente y leyendo? Podría escribir libros en lugar de ser ciclista, sería más cómodo. Podría elegir un trabajo más tradicional y menos exigente, una profesión donde no acabara el día con las manos heladas y un sabor a sangre en la garganta, donde no me despertara cada mañana con una descarga eléctrica recorriendo mis piernas, reminiscencia láctica del entrenamiento de la víspera.

Estos momentos de distracción no duran mucho, porque rápidamente recuerdo las virtudes de las horas incómodas. Me permiten probarme como cuerpo, recuperar mi materialidad primaria. Al magullar mi carcasa la experimento, tomo conciencia de que existe, de que incluso es lo único importante. Duele, por supuesto; pero al menos siento algo. Este maltrato que me impongo es una forma de aquiescencia con la vida, un rechazo a la anestesia general que propone cierto tipo de sociedad.

Si el deporte conduce a una coherencia redescubierta es también porque, al más alto nivel, resulta absurdo. Reconozco que es una locura emprender en pleno invierno salidas en bici de ciento

cincuenta, doscientos kilómetros. Hay formas menos ineptas de ganarse la vida. ¿Por qué trabajar tan duro en esculpir tu cuerpo… para nada? ¿Por qué querrías cruzar una línea de meta en primer lugar, delante de otras doscientas personas, en una extraña máquina con ruedas, subiendo puertos, luchando contra el viento? Todo es trivial. Y lo sabemos, que es lo que confiere todo su valor al deporte. Dado que las disciplinas deportivas son en esencia formas de juego dentro de un marco regulado de reconocida arbitrariedad, no pueden considerarse ingenuamente como lugares de valor en sí, organizaciones que pretenden decir algo absoluto sobre el mundo tal como es o como debería ser. Al montar en bici aprendo a dar sentido a aquello que fundamentalmente no lo tiene. Solo necesito cambiar ligeramente la fórmula de Montaigne: «Si el destino me permitiera pasar mi vida como quisiera, elegiría pasarla con el culo sobre la silla[78]».

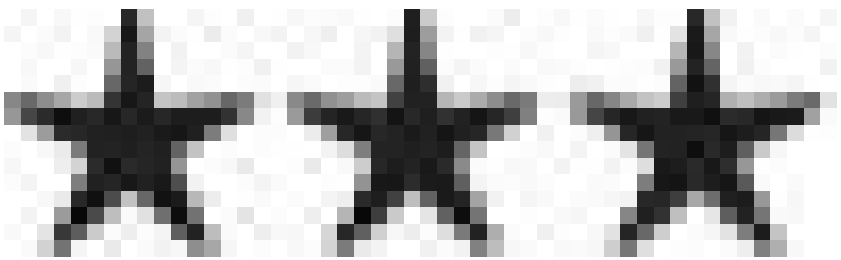
En nuestra sociedad de mentiras imposibles el deporte puede sustituir a las grandes instituciones del pasado en su capacidad de unir gente en torno a un elemento común (a condición de que no nos dejemos engañar, que decidamos conscientemente entrar en el juego). Como los astutos pascalianos que, aun siendo conscientes de la vanidad de costumbres en sociedad, tienen la sabiduría de cumplirlas, no sin guardarse un «pensamiento con perspectiva[79]», nosotros podemos hacer como si… Podemos implicarnos de lleno en la actividad deportiva, practicarla con seriedad máxima e incluso, algunos, hacer de ella una profesión sin dejar de reconocer su artificialidad. A partir del desvelamiento de esta vanidad fundamental se hace posible, con total lucidez, construir algo.

Por tanto, considero el deporte desde un punto de vista metafísico, casi religioso: como algo que da sentido a una vida después de haber reconocido que es insensata. Lo absurdo del ejercicio físico, y más aún de la competición, sería como un contraataque a la absurdidad del mundo. Al igual que existe un arte por el arte, me imagino un «deporte por el deporte», una práctica desprovista de cualquier otra finalidad que no sea ella misma.

Nuevo opio del pueblo, la actividad deportiva se desarrolló en el transcurso del siglo XIX como continuación secularizada del cristianismo. Este, tras haber intentado sofocar los instintos atléticos

durante una muy larga Edad Media, decidió integrarlos en su marco y transmitir el mensaje con medios más subterráneos. Fueron los religiosos quienes primero fomentaron el ejercicio físico en las escuelas inglesas, desarrollando el concepto de «cristianos musculosos» en aquellas famosas public schools[80], la más conocida de las cuales fue Rugby[81]. La idea era luchar contra la depravación moral inculcando a los jóvenes valores socialmente respetables mediante sesiones lúdicas. Coubertin, aunque laico, siguió la misma línea al subordinar el atletismo a objetivos morales, pedagógicos e incluso espirituales, afirmando claramente que «la primera característica del olimpismo […] es ser una religión[82]».

A día de hoy es el momento de liberar al deporte de esta ganga utilitaria, político-religiosa, y aprehenderlo como decididamente autónomo, «inútil», inspirado únicamente por los impulsos de sus practicantes. No monto en bici para preservar mi salud, ni para asimilar ningún valor. El ciclismo, en mi opinión, es autosuficiente. Es el lugar para una afirmación desacomplejada de uno mismo, de su individualidad, de su corporeidad, el lugar de la autorealización.



El camino es fácil de trazar, mucho más arduo de recorrer. Los campeones (y he estado con algunos de ellos) son quienes consiguen estar plenamente en tal autoafirmación, los que logran asumir el sinsentido y transformarlo en destino, los que convierten lo arbitrario en obvio. En la historia del ciclismo Jacques Anquetil es, sin duda, ejemplo paradigmático. Aquel para quien todo parecía fácil, pedaleando con elegancia sobre su bici, destacando por su sencilla naturalidad y su carácter indómito. «La disciplina impuesta me desanima y me deprime», explicó. «La que me inflijo yo mismo es suficiente. No acepto órdenes que vayan en contra de mis

opiniones o de mi voluntad[83]».

El campeón sabe que es único y lo demuestra sin vergüenza, sin falsa modestia, pero también sin pretensiones. No se compara, ni siquiera cuando duda. Acepta la realidad de su aislamiento y se acomoda a ella, incluso buscando soledad (la de las cumbres) y construyendo su propio camino para alcanzarla. Impresiona con su fuerza tranquila porque ha integrado la vanidad del mundo y, en lugar de compadecerse de sí mismo, extrae de ella su poder sin parangón.

Solo hay una manera de llegar a ser uno mismo. Ningún maestro, ningún filósofo, ningún libro, ningún sistema, ninguna organización colectiva pueden ayudar a descubrir la singularidad absoluta de cada individuo. Bien al contrario, la enmascaran. Quitar esta máscara para construir otra, la propia de uno mismo, es la inteligencia ordinaria del campeón, y resulta ante todo asunto corporal, irreflexivo, simplemente vivido.

Y el milagro es que el campeón, quien podría aprovechar su posición para dominar, su singularidad para excluir, se muestra capaz, sin siquiera prestar atención, sin esforzarse para ello, de unir.

El campeón es un líder que ha logrado superar la etapa del ombliguismo, que ha sabido volverse hacia el otro con naturalidad, egoístamente. No es un amo que tiraniza. No tiene siervos sino que, por el contrario, reconoce e incluso fomenta la disidencia. En esto integra a los demás, porque demuestra con el ejemplo que su posición es accesible (al menos en teoría). Está lo suficientemente seguro de su fuerza, de su altura, de su poderío como para permitirse ser desafiado, para poner cotidianamente en juego su estatus y ganarlo una y todas las veces sobre el terreno. El campeón solo puede existir en la confrontación con la adversidad: únicamente gana porque los demás pierden.

Anquetil no sería nada sin Poulidor, ni Merckx sin Ocaña.

Un líder que se aferra ciegamente a su posición, que se niega a ser desafiado, que busca ahogar la competencia e incluso a sus colegas, está perdiendo vitalidad, desheredándose a sí mismo. Sintiendo que su aura disminuye busca desesperadamente ser el único amo a

bordo, mueve las escaleras, corta las vías abiertas que llevaban hasta la cima del pico. Se establece, antes de que el vínculo se rompa definitivamente, una relación insincera con sus compañeros. El líder despótico está solo, sin nadie que le visite, capitán de una tripulación que desertó, rey de una montaña que ningún valle circunda.

Lance Armstrong, con su absoluta voluntad de control, podría encarnar esta figura del anticampeón. Él fue constructor de un sistema que no permitía la diversidad, el ascenso de voces discordantes. Si un individuo se oponía, lo intimidaba para que guardase silencio. En 1999, durante la décima etapa del Tour, el francés Christophe Bassons, conocido por su compromiso con la lucha contra el dopaje, decidió atacar en los primeros kilómetros, mientras un acuerdo tácito entre los principales «patrones» del pelotón preveía un recorrido tranquilo en las primeras horas de carrera. Fue el propio Armstrong quien se esforzó en hacerle volver al grupo, diciéndole que dejase el ciclismo si no aceptaba las reglas. Más tarde, cuando las sospechas de dopaje empezaron a perseguir al corredor tejano, este no dudó en amenazar de nuevo a excompañeros o a miembros del personal de su equipo, el US Postal, que estaban a punto de revelar algunos de sus oscuros secretos. A través de esta diplomacia del terror, Lance Armstrong quizás estaba afirmando su autoridad, pero ha sido a costa de atrincherarse cada vez más en un mundo de mentiras y soledad.

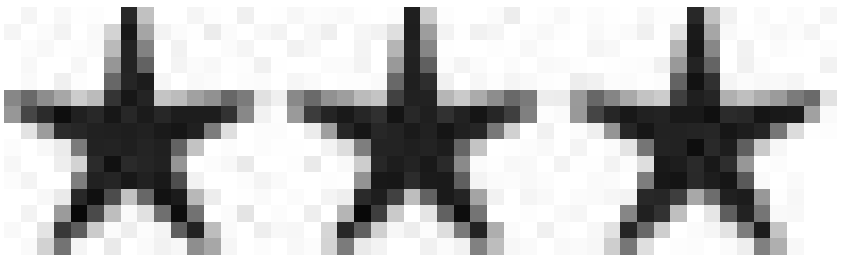
De forma menos extrema, un líder puede tratar de jugar hábilmente con las relaciones humanas, aceptando la disidencia al tiempo que intenta controlarla y organizarla, designando, por ejemplo, a su sucesor o prometiendo un cambio de roles próximo. Nueva admisión de debilidad: imponer la propia ley mediante el artificio o la coerción es ya una duda de sí. Sentimiento ajeno al campeón, un líder de un género particular se dice cándidamente, a través de un razonamiento que le es familiar, que si una vez triunfó en la lucha por la existencia puede volver a poner su título en juego sin temor, estando convencido de que es un ganador «en sí mismo». En lugar de utilizar la potestas para imponerse a sus retadores, el campeón sabe que está naturalmente ceñido de auctoritas, el valor romano de la excelencia que establece legitimidad a quien la posee. Inmediatamente inspira lealtad, sin necesidad de maquinar para

hacerlo, dejando abierto el campo de batalla.

El gesto es arriesgado, ya que nadie es infalible. Esto explica la violencia de la desilusión después de un fracaso, a la altura de la confianza que alguien depositó en sí mismo. Mientras que la gente corriente se acostumbra a la derrota, esa persona excepcional ni siquiera la contempla, y se enfrenta a ella con terrible intensidad cuando se produce.

Pero ¿por qué no se había preparado para ello? ¿Por qué no había previsto que, puesto que había disidencia, esta podía dar la vuelta al orden existente? Porque el campeón ve las relaciones humanas con una mirada limpia, sin segundas intenciones. Lo que no significa que no guarde pensamientos retrospectivos, una lucidez sobre el fondo de las cosas, tras la máscara que muestra. Sabe que hay lucha y la practica por diversión, solo que no considera que pueda perjudicarlo. La competencia no es un peligro, se dice a sí mismo, porque es el orden natural de las cosas.

El campeón personifica este estado de disidencia, ya que permanece sordo al discurso de la colectividad, a los dogmas del vivir-juntos, de la organización colectiva, incluso a las reglas de la lógica práctica que dictan desconfianza hacia el prójimo bajo la apariencia de una moral que pretende amarlo. El líder excepcional no puede escuchar esa racionalidad, y menos aún someterse a ella. Sin siquiera prestar atención, rebelado sin conocimientos, desarrolla su propia norma, su propia ética, donde el otro es incluido como competidor pero nunca como amenaza, donde es aprehendido como oponente pero nunca como enemigo. El matiz es fino pero esencial: es el que existe entre el deporte y la guerra, entre el capitalismo brutal y desmedido y el libre curso de la vida humana.



Nuestras sociedades democráticas, al igual que esos líderes semiastutos que buscan controlar a sus adversarios, han querido organizar la disidencia. Buscaban encajarla en sus lógicas preestablecidas, considerándola como un dato entre otros. Las relaciones humanas jerárquicas y desiguales, así como el inevitable conflicto que se produce en un mundo que no puede negar su arbitrariedad, se gestionan administrativamente y mediante algoritmos. Ahora todo debe estar estandarizado, «protocolizado». Todo debe caer bajo el yugo del Derecho.

El mundo del ciclismo no es excepción a esa tendencia. Dentro de los equipos todas las áreas tienden a estar estandarizadas, desde el entrenamiento hasta la nutrición. Hay ciertas rutas a seguir, más o menos las mismas para cada escuadra. Querer desviarse de ellas es mostrar insumisión, negarse a la integración en el grupo. Creo, sin embargo, que el deporte de alto nivel es precisamente el lugar donde hay que asegurarse de destacar, de dejar atrás la norma…

Un ejemplo: en enero, durante la preparación invernal, todos o casi todos los equipos se desplazan a España para realizar una concentración por la Costa Blanca, en un perímetro de unos cincuenta kilómetros entre Benidorm y Calpe. Esta época del año me deprime. Aparte del entorno (una dispersión de enormes y poco atractivos mastodontes hoteleros, con sus aires de hospital y sus grandes buffets malísimos, paraíso para el turismo de masas de jubilados buscando un poco de calor, en invierno, o jóvenes buscando bebida barata, en verano) es el anclaje en una rutina lo que me desespera. El ciclismo es un deporte que sigue impregnado de viejas costumbres, donde uno se compara con el vecino en lugar de buscar formatos innovadores, donde repites lo que hacían los antiguos sin saber muy bien por qué. Salvo algunas excepciones, durante la pretemporada, todo el pelotón profesional duerme en los mismos hoteles, come lo mismo, hace el mismo entrenamiento, todo al mismo tiempo y durante años. Entonces, ¿cómo pueden diferenciarse una vez que lleguen las primeras carreras? Se podrían explorar otros lugares para estas concentraciones. No está prohibido imaginar formas originales de abordar las pruebas iniciales. Por supuesto que existe riesgo al adoptar nuevas estrategias, pero creo que ese riesgo es, también, el que nos permitirá conquistar los pocos detalles que separan a los primeros de los siguientes…

En carrera también se hace sentir la voluntad de controlarlo todo, especialmente en lo que respecta a cuestiones de seguridad. Las instancias dirigentes regulan cada vez más lo que hacen los ciclistas. Hace poco, incluso, se prohibieron ciertas posiciones en la bicicleta por considerarlas demasiado peligrosas (apoyar los antebrazos en la parte superior del manillar sin sujetarlo, colocarse en el tubo superior del cuadro para ganar aerodinámica). Aparte de la cuestión de lo eficaces que sean estas medidas, muestran también que la gente ya no confía en la sabiduría práctica de cada uno. Esta actitud infantilizadora, paradójicamente, lleva a los individuos a desentenderse de su responsabilidad: puesto que una entidad superior me vigila y regula mi conducta mediante leyes que respeto ciegamente, ya no necesito mantener un nivel mínimo de alerta. Y aquí es donde aparece el peligro.

Imagine todos los movimientos que se producen en un momento dentro de un pelotón de casi doscientas unidades. Una avenida urbana con isleta aparece a lo lejos. Los ciclistas que encabezan el grupo señalan el obstáculo a evitar con un gesto de la mano. Detrás de ellos, algunos corredores se desplazan ligeramente hacia un lado o frenan para evitar la isleta. El movimiento se refleja en quienes se encuentran cerca. Esos que, a veces, basándose únicamente en un ruido anormal de frenos, juzgan si deben o no desviarse un poco. Situaciones como estas pasan continuamente. Incluso a veces otras más inesperadas, como cuando un perro cruza inoportunamente al paso del pelotón, o cuando un bidón lanzado al público rebota en un muro y vuelve casualmente bajo nuestras ruedas. Hablemos incluso de lo que ocurre en la parte trasera de todo, cuando nos dejamos caer a los coches de equipo. Escuchamos las instrucciones y soltamos los frenos para coger poncheras, todo ello mientras el director da información por radio a los compañeros que siguen en cabeza. Si en ese momento, por cualquier motivo, se produce un frenazo repentino en la fila (un espectador que se mueve demasiado hasta el borde de la carretera, un pinchazo a reparar…) debemos ser capaces de reaccionar rápidamente para no acabar con la nariz en la ventanilla trasera del vehículo que tenemos delante. Lo milagroso es que no haya más accidentes, que este ecosistema, donde permanentemente hay peligros, consiga moverse sin demasiadas caídas, regularse a sí mismo, no bajo los efectos de un reglamento que debamos aplicar escrupulosamente, sino por mor de

la inteligencia práctica de los actores[84].

Una sociedad sostenible y sana no puede ser, a riesgo de asfixiar al individuo, ordenada desde arriba, lo que desgraciadamente ocurre a menudo hoy en día en la empresa moderna, donde el empleado es llevado al límite por una estructura que exige rendimiento y productividad, y no lo reconoce como persona. Esto conduce a males conocidos: compromiso ciego con el trabajo, burnout, suicidio…

Una sociedad más auténtica no se basaría en un ideal de dominio, sino que admitiría que es fruto de un enjambre difuso (que es un bosque) de donde a veces surgen seres excepcionales (árboles majestuosos) que, por sí solos y sin darse cuenta, hacen que todo el grupo se eleve. Las grandes obras de la humanidad, ya sean técnicas, artísticas o políticas, emanan de individuos geniales, imprevisibles. No se «produce» un Julio César, un Leonardo da Vinci, un Goethe (o un Anquetil). Este tipo de personas suceden.

Debemos aceptar que no podemos controlar todo. En el ciclismo podemos ver que cada trayectoria es única, que una nación con un sistema de detección y formación ultradesarrollado puede fallar no apoyando a atletas capaces de brillar al más alto nivel, mientras que un país menos estructurado verá surgir a un futuro ganador del Tour.

Volver a empezar con el individuo, en la resolidarización, es desprenderse de esta lógica de fabricación del talento y autorizar la aparición de una originalidad radical. Llamo «campeón» al ser humano que lleva esto dentro, al que triunfa en el campo de batalla simbólico mientras se niega a aprovechar su triunfo para imponer una política a los que ha derrotado. Una decisión extraña y mortificante, porque los derrotados del día verán abierto el lugar de su venganza mañana. Pero el campeón siempre es extraño, y es esta misma extrañeza la que crea su hermosura y su grandeza.

[61]La Política, Libro 2, Capítulo 3.

[62]Sucesora de la mítica Carrera de la Paz amateur, la gran prueba del Este de Europa. N. del T.

[63]Se trata del título de un artículo del ecologista Garrett Hardin publicado en 1968 en la revista Science. Esta noción de «bienes comunes» ha ganado popularidad en los últimos años a raíz de las discusiones que rodean el libro de la Premio Nobel de economía Elinor Ostrom, La Gouvernance des biens communes, Editions De Boeck, 1990.

[64]Esta situación es lo que llamamos un «Óptimo de Pareto», por el nombre de un economista italiano que vivió a finales del siglo XIX y principios del XX y trabajó sobre la justa distribución de los bienes del Estado.

[65]Actúa como «punto de equilibro» del problema, tal y como lo describe el matemático y economista John Nash.

[66]Otro ejemplo: frente a un desplome bursátil, ¿cómo reaccionará el accionista individual? Tratará de vender lo antes posible, acelerando así la caída general. Sin embargo, objetivamente habría sido mejor mantener sus acciones, capear el temporal esperando días mejores

[67]«Après moi le déluge», en el original. Expresión atribuida comúnmente al rey Luis XV. N. del T.

[68]Véase, por ejemplo, el Parménides de Platón.

[69]Arthur Schopenhauer (1788-1860), filósofo alemán, estandarte del pesimismo filosófico. N. del T.

[70]Arthur Schopenhauer, Le Monde comme volonté et comme représentation, Brockhaus, 1819.

[71]Immanuel Kant, Fundamentación de la metafísica de las costumbres, 1785, donde se encuentra esta formulación del imperativo categórico: «Actúa según la máxima que puedas querer que al mismo tiempo se convierta en ley universal».

[72]Fórmula que podemos traducir como «esta cosa, la sociedad, no existe» (extracto de una entrevista para la revista Woman´s Own en 1987).

[73]Referencia a la escultura de Alberto Giacometti (1901-1966). N. del T.

[74]En inglés en el original. N. del T.

[75]Empecé mi carrera en un modesto equipo belga, Wanty-Groupe Gobert, mucho menos respetado en el pelotón que formaciones más elegantes. Así, los jóvenes corredores, «los más pequeños», deben gastar más energía para competir frente a los campeones aguerridos, lo que explica que se instalen sistemas de dominación donde quienes ya tienen todas las bazas tendrán más posibilidades de imponerse.

[76]En inglés en el original. N. del T.

[77]Referencia a la novela de Mathias Malzieu. N. del T.

[78]Michel de Montaigne, Ensayos, «De la Vanidad». Guillaume juega aquí con la homonimia entre «silla» y sillín» en el francés. N. del T.

[79]«Pensée de derrière» en el original, atendiendo a la fórmula pascaliana. N. del T.

[80]En inglés en el original. N. del T.

[81]El reverendo Charles Kingsley (1819-1875) participó en gran medida en el desarrollo de este concepto de «cristianismo muscular». También podemos citar a Thomas Arnold, director de la escuela de Rugby entre 1828 y 1841, como uno de los principales actores en esta construcción de un deporte «cristiano» y «funcional».

[82]Coubertain, Le Sport Suisse, 7 de agosto de 1935.

[83]Citado en Petites Histoires secrètes du Tour…, de Jacques Augendre, Solar, 2015.

[84]Este mismo milagro es contemplado por todos los conductores que circulan alrededor de la place de l´Étoile, en París, donde cada uno logra introducirse en un bullicioso desorden. Ponga usted en lo alto del Arco del Triunfo a alguien responsable de regular el tráfico y

podrá ver cómo se producen interminables embotellamientos.

## REUNIÓN TRAS LA CARRERA

El tema aparece ahora con claridad: la sociedad del pelotón es un espejismo, no hay un todo que preceda al individuo. Si el individuo tiene que alcanzar una dimensión más allá de sí mismo, si tiene que integrar un colectivo, es únicamente a través de un contacto singular interpersonal, necesariamente inestable. Las relaciones entre personas son siempre desiguales, conflictivas y cooperativas, algo de lo que no debemos avergonzarnos, algo que no debemos denigrar revistiéndonos con moralidad.

El hecho de que haya líderes y gregarios, directivos y empleados, que haya, en definitiva, una jerarquía, no debe significar que exista diferencia de valor o esencia, ni que los unos puedan vivir sin los otros. Toda la cuestión se resume a la interacción entre personas, cuestión siempre problemática, trabajo al que debemos volver constantemente.

Los manuales de gestión que son tan comunes hoy en día y que pretenden racionalizar las relaciones humanas afirmando verdades eternas sobre ellas, son engañosos y equívocos. Pero que sea imposible sacar conclusiones definitivas sobre un tema no significa que no deba ser abordado, conclusión habitual de los filósofos que no juzgan digno de estudio lo que es meramente circunstancial, lo que toma prestadas palabras y conceptos de la época y el mundo en que vivimos. La sociedad tal y como la conocemos, es decir la sociedad capitalista, es quizás contingente y ciertamente despreciable en muchos aspectos. Sin embargo, la admiremos u odiemos, existe. Es la experiencia de una mayoría de nuestros conciudadanos, para quienes «la empresa» es el marco, y «las relaciones jerárquicas y de dirección» rutina diaria. Prohibirse estos temas y este vocabulario es aislarse del mundo, lo que solo tiene sentido si de ello resulta un pensamiento poderoso, como cuando Montaigne se retiró a su torre para los Ensayos, o cuando Descartes se aisló en su cocina para las Meditaciones metafísicas. Un hecho raro, debe usted reconocerlo.

Dejemos, por nuestra parte, la idea de un retiro para más tarde, y

preguntémonos sobre el arte de comportarse como líder, reconociendo que solo es posible esbozar algunas pistas, algunas reflexiones dispersas sobre lo que constituye una relación jerárquica sana. Más aún, yo solo puedo sugerir un camino porque, al fin y al cabo, únicamente conozco mi experiencia como líder de mi equipo ciclista. Sin duda no es la experiencia de un campeón, pero sí la de alguien que ha observado a algunos, del pasado o actuales, y se inspira en ellos.

No existe un «buen» líder. O, más bien, el directivo competente es aquel que sabe adaptar su gestión a la situación que enfrenta, a las personas con las que está en contacto. Gobernar (tomando un término de Aristóteles) es una cuestión de kairos, de aprovechar el «momento oportuno». No hay reglas generales, igual que no hay moral universal. Debemos decidir caso por caso, y una decisión que será correcta o efectiva aquí y ahora no lo será al día siguiente o en otro lugar.

Maquiavelo[85], en El Príncipe, su libro sobre el arte del liderazgo, no prescribía nada distinto. Gobernar no es aplicar una cuadrícula preestablecida a los acontecimientos; es adaptarse, reinventarse constantemente según lo aleatorio, porque la vida concreta es así: movediza, azarosa, imprevisible. Lo mismo ocurre con las relaciones humanas, que no obedecen a ninguna ley eterna sino que están en constante cambio, en recomposición permanente. La sabiduría del líder, su virtù[86], su habilidad, consiste en mantener cierta constancia en este flujo. Esta sabiduría es política, en el sentido de que se juzga por su eficacia, indiferente a los medios mientras haya un fin. Whatever works, citando el título de una película de Woody Allen[87]: «¡lo importante es que funcione!», es decir, que se logre éxito y todos los miembros del equipo se sientan cómodos con la forma en que se ha logrado.

Te adaptas a tus compañeros de equipo a partir de lo que eres. Algunos arengarán a sus gregarios con vehemencia y animarán la vida del grupo; otros, más discretos, preferirán inspirar respeto con su comportamiento. Quienes me conocen no estarán sorprendidos si digo que tiendo a caer en la segunda categoría, la de los líderes de sangre fría. Prefiero actuar en lugar de hablar, diciéndome a mí mismo que mis resultados testificarán a favor, incluso aunque

entiendo que mi papel no se limita a ser bueno en la carretera. Además, no dudo en hablar durante las reuniones informativas previas a la prueba o enfadarme cuando lo considero necesario. Pero, con el tiempo, he comprendido que debes hacerlo a tu manera. Querer tomar prestada la ropa de otra persona es forma segura de insinuar falsedad en una relación.

Sin embargo, la capacidad de escuchar me parece una constante. Muchos problemas se resuelven solos. La mayoría de los corredores que están molestos o decepcionados después de una carrera solo necesitan hablar, como el amigo con quien te encuentras en el bar después de un desengaño amoroso y te pasas la noche escuchando. Ser demasiado emprendedor a menudo conduce a lo contrario de lo que se desea: da la impresión de que intenta ponerse en el centro, hacerse publicidad, cuando debería haber sabido dar un paso atrás.

Nosotros, como deportistas, debemos dar la impresión de ser máquinas sin corazón. El público solo ve lo superficial: la rabia por ganar sobre el terreno, el puro rendimiento físico. Ignoran la sensibilidad que se esconde detrás de la cáscara, el poder de todos esos momentos de la vida en común, ajenos a la competición y, sin embargo, conectados siempre a ella. Ya sea en una concentración o en carrera, el equipo se reúne en torno a una cerveza para resolver tensiones, para tomar distancia o para salir de la rutina y crear lazos más fuertes que los meramente profesionales. Esto puede parecer nada en sí mismo, pero es un primer paso hacia la victoria. A lo largo de mi carrera como ciclista he visto a menudo a miembros del staff furiosos subir a nuestro autobús por iniciativa del director del equipo, para verlos, un poco más tarde, salir alegres; y no bajo los efectos del alcohol sino porque se tomaron un tiempo para calmarse, para intercambiar ideas, gracias al pretexto de beber algo. No es necesario que sea una bebida alcohólica. El «coffee ride[88]», pausa para tomar café entre compañeros de equipo durante una salida en bici, es uno de los secretos del éxito. Un grupo aburrido empieza a hablar, impulsado por el mero simbolismo de hacer juntos esa parada.

Evidentemente la buena convivencia no basta. No se puede negar que la cuestión del dinero es importante en el deporte; ningún tabú en ello. El problema del ciclismo, como ya se ha dicho, es que solo

hay un ganador. Solo él recibe honores y favores pecuniarios. Sin embargo no puede ganar sin sus compañeros. Por tanto es normal y esperable que se produzca alguna forma de redistribución, ya sea compartiendo los premios de las carreras (algo casi sistemático en los equipos ciclistas en la actualidad), renunciando a su parte en este repartimiento (práctica llevada a cabo ocasionalmente por algunos líderes para eventos importantes), o enviando regalos a sus compañeros de equipo tras una victoria de renombre, para que «tengan su parte».

Pero, más que el dinero, creo que lo que cuenta por encima de todo es el vínculo personal que se tiene con un gregario. Una palmadita en la espalda y un «gracias» suelen ser más valiosos que cierta prima cedida. Uno no se entrega tanto por un simple colega como por un amigo. Por supuesto la amistad no se puede imponer, pero el respeto podemos dárselo a cada uno de ellos. Saludar a tus gregarios tanto después de un mal resultado como de una victoria, reconocer errores y no poner excusas culpando al equipo, o informar a la dirección sobre un compañero que ha tenido una actuación brillante a la sombra guardando silencio sobre los otros… son, en mi opinión, deberes mínimos de un líder.

Aunque la costumbre de agradecer a los compañeros de equipo su trabajo en las entrevistas posteriores a la carrera puede sonar balsámica para los oyentes, y a veces parece una obligación para quien lo hace, prescindir de ello sería un mensaje inoportuno. Pese a que las frases que se intercambian en el autobús son más valiosas que las pronunciadas ante micrófonos, me parece que hay ciertos códigos que, si no se siguen, corren el riesgo de empañar la estima mutua que deben tener un líder y sus compañeros. Una estima que se construye con gestos sencillos y cotidianos.

Concedo gran importancia al poder de las palabras, considerando que el respeto que debemos a aquellos con los que colaboramos también depende del lenguaje que utilicemos. «Équipier», «coéquipier», ambos términos son tan similares que pueden parecer intercambiables. Solo que, mientras la primera puede connotar cierta forma de denigración, como si el líder condescendiera a mencionar la suerte de quienes le sirven, la segunda coloca a todos en el mismo nivel de valor desde el principio. El superior tiene

posibilidad de elegir los signos: o bien aplasta con todo su peso a sus «subordinados», sus «équipiers» (en ciclismo, la palabra francesa es una de las más suaves; a los corredores en la sombra se les llama «gregari» en italiano, e incluso «domestique» en inglés), o bien les indica, por la fuerza del lenguaje, que la diferencia de posición en la estructura, la empresa o el equipo, no equivale a una diferencia de «calidad de ser», sino que se refiere únicamente a diferencia coyuntural, limitada al marco de la institución donde se desenvuelven los individuos.

El diablo está en los detalles, el genio también. El líder excepcional, el campeón, será quien sepa jugar con finura y naturalidad sobre todas estas pequeñas cosas, sobre el poder de la semántica, sobre los matices de la percepción, para construir un «estar-con» original y auténtico, donde no es él quien desciende hacia el otro, sino quien lo eleva por su altura de miras.

[85]Niccolò Maquiavelo (1569-1527), filósofo político nacido en Florencia, considerado padre de la Ciencia Política. N. del T.

[86]En italiano en el original, haciendo referencia a lo que recoge Maquiavelo en su obra. N. del T.

[87]Estrenada en España el año 2009 como Si la cosa funciona. N. del T.

[88]En inglés en el original. N. del T.

## RESUMEN DE LA CARRERA

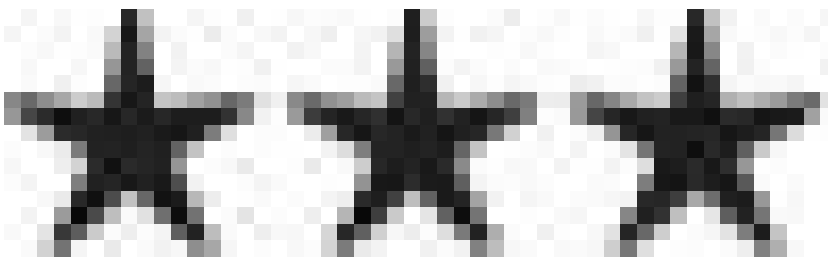
Si el campeón es bizarro, también es raro. Hay muy pocos líderes en la sociedad que puedan elevarse por encima de las masas sin por ello dominarlas (noble posición, privilegio de los grandes). Los que impresionan con sus opiniones elevadas no son raza especial. También ellos están plagados de absurdos: el campeón debería ser quien impone una política al mundo, su política, pero en cambio va por la vida con majestuosa indiferencia, actitud que un día le llevará a la derrota. Qué tonto, ¿no? Todos lo somos tratando de imponer nuestro pequeño poder, luchando con nuestra cotidianeidad y su miseria, acostumbrados a escondernos en el corazón del grupo porque no tenemos fuerza para escapar, condenados a sufrir la ley del colectivo y sus contrasentidos.

Tanto débiles como fuertes, cada uno de nosotros debe soportar las incoherencias de nuestro entorno, de la sociedad que nos rodea; cada uno de nosotros se enfrenta constantemente a nuestras propias paradojas, ya sea en nuestros discursos mostrados, en nuestros pensamientos ocultos o en nuestro comportamiento cotidiano, defendiendo valores que no somos capaces de respetar. A nivel personal una de mis principales contradicciones es que practico un deporte «verde», evocador de un modelo de sociedad virtuoso al que me adhiero y defiendo, y al mismo tiempo cojo el avión más de lo razonable para ir a carreras por todo el mundo, eventos donde me encuentro rodeado por un número asombroso de vehículos motorizados (coches de equipo, motos de la organización, caravanas publicitarias…). Por no hablar de la cantidad de productos de plástico y desechables utilizados en un año por un equipo ciclista (barritas energéticas, botellas de agua, etcétera). Estoy un poco avergonzado de estos compromisos que debo conceder a mis «ideales». No puedo más que vivir con ello.

Campeón o no, la ecuación es sencilla: 1) El ego es lo primero; todo ciclista quiere ganar. 2) El ego no es nada sin el grupo; nadie puede ganar sin compañeros de equipo, el corredor ni siquiera existe sin un pelotón que justifique su existencia.

De estos dos puntos, imposibles de conciliar, se derivan todas las contradicciones. En primer lugar la del individuo, desgarrado entre su legítimo deseo de privilegiarse y la necesidad de formar una sociedad. Y en segundo lugar la de nuestra civilización, enferma de haberse vuelto hiperbólica, de haber perdido toda conexión con lo singular, tal y como demuestran las crisis de la democracia, del conocimiento y del calentamiento global.

El deporte es espejo de aumento con estos dilemas irresolubles, el revelador de nuestras hipocresías. Un discurso que valora lo colectivo al tiempo que da rienda suelta a un hiperindividualismo desenfrenado, que no hace más que ignorar las auténticas aspiraciones de cada individuo. El atleta se encuentra atrapado en pinza frente a estos mandatos contrarios, aplastado por un mastodonte que le niega y al mismo tiempo le arrulla. No sabe si debe someterse por completo a la ley del pelotón o, por el contrario, maniobrar insidiosamente para aplastar a los demás. ¿Inclinarse al sistema o aprovecharse de él? ¿Rodar o no rodar? Este es el gran problema de la modernidad.



Ya no es posible, en el siglo XXI, cerrar los ojos, creer que las cosas se arreglarán solas, confiar en el Estado, la Iglesia, la ley del mercado o la del Pelotón, el alto directivo empresarial o alguna otra superpotencia que se ocupará de organizar el mundo. Estas grandes instituciones se desmoronaron el día que empezó a circular la información. Se mantienen unidas solo por la fe depositada en ellas. Todo el mundo conoce ahora demasiado bien los puntos fuertes y débiles de cualquier sistema general como para dejarse engañar. Cualidades y defectos de los líderes son conocidos. No pueden más que ser desafiados. No podemos seguir aceptando ciegamente la

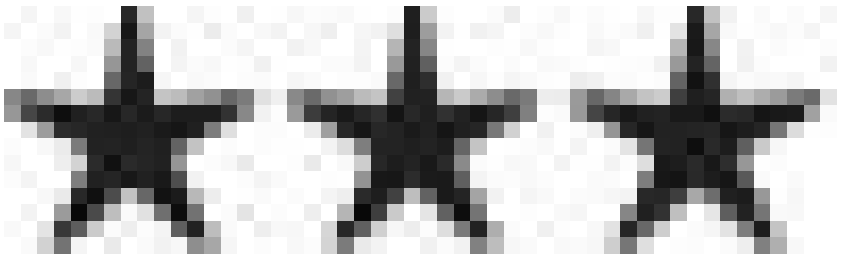
jerarquía. Lo que podría llamarse «el milagro del pelotón», es decir, el hecho de que una organización competitiva y compuesta por muchos individuos se constituya sin una cabeza que la dirija, simplemente porque cada uno de sus miembros cree en la existencia de un orden establecido… ya no es posible. El milagro se revela espejismo. El pelotón explota y se fragmenta.

¿Debemos apostar, pues, por la inmoralidad, alimentarnos de un sistema que nos es indiferente, utilizarlo y utilizar a los otros sin fe ni ley? La idea es insostenible. La actitud egoísta de considerar a la sociedad solo en función de lo que nos aporta, sin compromiso, sin respeto por ella ni por aquellos en los que se apoya, abre camino a todo tipo de excesos. El primero de ellos, en deporte, se llama dopaje. El razonamiento subyacente es como sigue: puesto que ningún valor está fundado, puesto que ningún orden es eterno, ¿qué me impide hacer todo lo posible para que prevalezca lo único que realmente tiene una realidad y un sentido para mí? A saber, yo mismo. La fórmula cartesiana «pienso, luego existo» es aquí falazmente revisitada como «soy, luego debo ganar, ganar a toda costa, ganar sin vergüenza, cualquiera que sea el medio». ¿Cuántos tramposos desarrollan esta lógica en su interior, ya sean deportistas o simplemente estafadores, ladrones, consumidores obscenos de una sociedad por la que no sienten más que desprecio? Olvidan lo principal: el mundo solo se mantiene unido por los valores que proyectamos en él. Cierto, siguen siendo arbitrarios, profundamente contingentes. Pero hacer caso omiso de ellos es negarnos la posibilidad de cualquier mundo, condenarnos a la nada.

Ser lúcido sobre la absurdidad de cualquier orden no nos impide participar en su construcción. Por el contrario, al comprometerse de lleno en la construcción de esas torres sin cimientos que son nuestras organizaciones humanas, uno demuestra su lucidez. ¿La concha está vacía? No importa mientras la mantengamos perfectamente hermética, mientras recubramos su vacío interior con un caparazón hermoso. Esto es lo que consigue a diario el deportista honesto que, con su práctica sencilla y totalmente trivial, reconoce que la vida en sí misma no tiene ningún sentido, pero opta por darle uno. Ya que la vida es una farsa, se dice a sí mismo, más vale que interprete el papel a la perfección, y que le dé a la obra una cierta exactitud. Incluso si nuestra casa no tiene cimientos, al menos

hagamos que sea un bloque sólido y coherente.

El deporte revela todas nuestras contradicciones, ya sean individuales o colectivas. Paradójicamente también puede ser el lugar no de su resolución, sino de su superación. Participar en una carrera ciclista, por tanto, es aceptar las propias incoherencias, incluso afirmarlas, encontrando una razón para ellas. La condición es que se respeten las reglas, sin las que todo el edificio se derrumba, aplastando al individuo bajo el peso de su propia nada.



Es imposible no buscar ser un humano social, imposible no querer mantener las organizaciones con su coherencia interna. Pero podemos elegir entre someternos a esta inscripción en lo colectivo, o ser actores de ello. Ser víctimas de la sociedad como pelotón, o bien elegir ser pelotón.

Ser actor y cocreador de un colectivo no significa plegarse a él, integrarse en el grupo a todo precio. El ego no puede ser superado. Sofocarlo bajo una ideología de cooperación, de compartir, de altruismo es querer apagar lo que está más vivo en nosotros: nuestra individualidad. Por eso, ante los ideales de solidaridad, yo prefiero la noción de «resolidarización», que designa un proceso permanente de reconexión con los otros y con uno mismo, sin excluir la rivalidad fundamental entre los seres.

«El combate del individuo contra el grupo» es un tema común en nuestras mitologías que se puede encontrar en muchos textos fundacionales, en las producciones de nuestra cultura pop moderna y también en la historia del deporte. Nos lleva a pensar que quizá no sea dueño de mi propio rumbo, que la sociedad, el pelotón, el «sistema», me ha construido como soy. Es una tentación para

desentenderse de la responsabilidad, para fundir fácilmente el yo en el colectivo.

La honestidad, la lucidez, el coraje de la resolidarización es asumir que el combate es, antes que nada, interno al individuo, que no le corresponde a nadie más que a mí mismo establecer las reglas de una manera que sea satisfactoria para mí, en un universo de interrelaciones siempre singulares, horizontales, donde los otros tocan también una partitura, y donde cada una de ellas, cada una en particular, debe estar, sin embargo, en armonía.

Entre la entrega libre y el egocentrismo ciego hay un espacio para que el individuo se afirme. Frente a los demás pero también con ellos, enfrentándose a ellos pero también respetándolos. Es en este punto intermedio, en este equilibrio inestable, donde se sitúa el deportista, y el ciclista en particular, cuando busca distinguirse del pelotón y de sus miembros sin aislarse radicalmente. «Victoria sin riesgo, triunfo sin gloria[89]». Sin oponentes, la victoria no vale nada. Sin compañeros de equipo, o sin adversarios que se hayan convertido en aliados por las circunstancias, la victoria es imposible. ¡Individualista no, individueloista seguramente!

El ser humano moderno, el ciudadano de una sociedad democrática, el empleado de un mundo capitalista… ¿no podría tomar ejemplo de este atleta? Como él, tiene que caminar en la cuerda floja entre la preservación de sus intereses personales, la resistencia a los ataques externos y la conciencia de necesidad de una prosperidad colectiva. Debe pensar en su carrera y al mismo tiempo en el éxito de la empresa, salvaguardando su propio bien, pero también el de la comunidad. El juego es difícil, peligroso pero apasionante. No hay táctica «correcta» para el éxito, solo obligación de comprometerse constantemente. En lugar de sorprendernos por las rarezas de nuestro mundo, deplorarlas, enfadarnos con los demás, compadecernos a nosotros mismos o querer controlarlo todo, deberíamos ser capaces de asumir nuestras debilidades, pasar por alto las incoherencias de los otros y aceptar la responsabilidad de acciones que escapan a nuestro control.

Nuestra época está en crisis: la democracia agoniza en tanto que la información se difunde anárquicamente, desdibujando todos nuestros rumbos; mientras, el clima se descontrola y amenaza

nuestra propia existencia. Ante estos tres grandes retos, ante la abrumadora necesidad de conciliar lo singular y lo universal, podemos lamentarnos, o incluso decidir cerrar los ojos. O bien podemos humildemente (pero resueltamente) meternos en la carrera, a nuestro nivel. Una prueba en la que no nos gobernará ningún capitán de ruta, sino nuestra voz interior. Dictará que nos impliquemos en la democracia no para el colectivo, sino para nosotros mismos y a nuestra manera. Nos ordenará emprender los caminos del conocimiento admitiendo, a la vez, que no sabemos nada. Por último, nos exigirá que protejamos la naturaleza no por el futuro, ni por los demás, sino porque una vida donde destruimos la vida es cosa insensata.

Tres ciclistas atacan. ¿Conseguirán organizarse? ¿Se verán atrapados por el pelotón? El resultado es incierto. Apostamos que la carrera será hermosa.

[89]Cita de la obra Le Cid (1636), escrita por Pierre Corneille. N. del T.